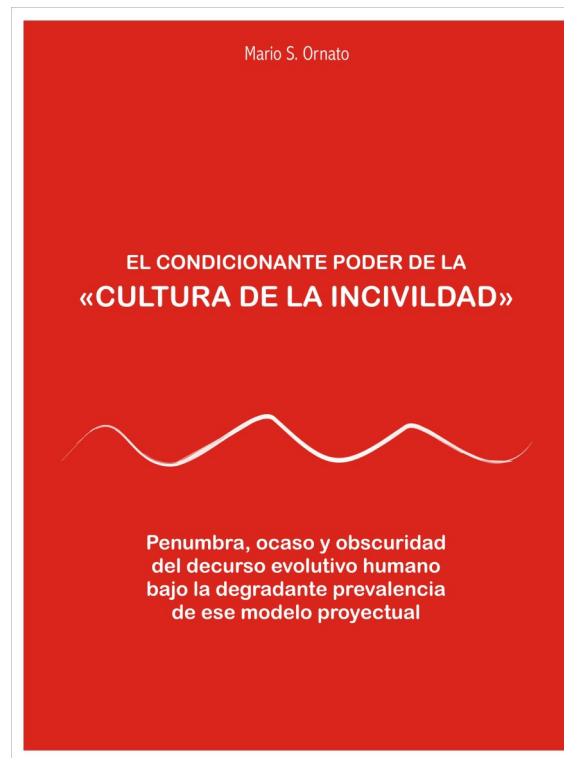


EL CONDICIONANTE PODER DE LA “CULTURA DE LA INCIVILIDAD”.



INDICE.

PROLOGO.

INTRODUCCIÓN.

PARTE I. LA “CULTURA DE LA INCIVILIDAD” A LO LARGO DEL PRECEDENTE
DECURSO EVOLUTIVO HUMANO.

CAPITULO 1. El estado “primitivo” y el “instinto”.

CAPITULO 2. Extensión a los poderes de conducción de la “incivildad
dominante”.

PARTE II. ESTADO ACTUAL DE LA “CULTURA DE LA INCIVILIDAD”.

CAPITULO 3. La “incivildad” en su progresión evolutiva.

CAPITULO 4. Diversas formas de “incivildad” derivadas de la
progresión evolutiva.

CAPITULO 5. Exigencias solicitadas a la “cultura de la civilidad” por la
presente faz evolutiva.

CAPITULO 6. "Incivilidad - Civilidad".

CAPITULO 7. La moderación funcional y las dinámicas diferenciales como modo de actualización del dominio de la "incivilidad".

PARTE III. REPERCUSIONES SOBRE EL CONTEXTO DE LA FORMA DE VIDA.

CAPITULO 8. La "incivilidad" en el ámbito comporta-mental.

CAPITULO 9. La "incivilidad" en el ámbito de convivencia y relacional.

CAPITULO 10. La "incivilidad" en el ámbito de los medios de organización y conducción.

PARTE IV. "LA INCIVILIDAD" Y LA GESTIÓN DEL PROGRESO MATERIAL.

CAPITULO 11. La "cultura de la incivilidad" y el "progreso material".

CAPITULO 12. Incidencia del progreso material sobre el incremento de la "cultura de la incivilidad"

PARTE V. LA "INCIVILIDAD" Y SU IRREMOVIBLE DOMINIO EN LAS INTERRELACIONES HUMANAS.

CAPITULO 13. Agravamiento en el campo de las relaciones sociales planetarias.

CAPITULO 14. La "disociación" punto cardinal esencial en el dominio de la "incivilidad".

CAPITULO 15. La condición de "disociación" y la imposibilidad de una integración social planetaria.

EPILOGO.

PROLOGO.

Es la intención de esta tarea encuadrar un apartado capaz de definir el modelo genérico dentro de cuyo ámbito se desenvuelven en medida extremadamente dominante las actitudes comporta-mentales, de convivencia y relacionales humanas. Se ha identificado arbitrariamente con el termino de "INCIVILIDAD" la proyección cultural del fenómeno presente en todos los ordenes y niveles sociales, preferentemente encauzados bajo el ejido de las reacciones instintivas conjugadas a los factores negativos de la interioridad.

INTRODUCCION.

Con la denominada “cultura de la incivilidad” se trata de abordar y definir la profunda condición de contradicción y contraposición, surgidas en los ámbitos comportamental, de convivencia y relacional del desenvolvimiento humano, bajo el dominio de los factores negativos de la interioridad asociados a un predominio de acción de raigambre instintiva.

La problemática derivada en una característica “cultural” se fundamenta en la tendiente inclinación del ser humano a utilizar en pre-valencia modelos operativos “inciviles” así definidos en correspondencia con su índole. En ellos prevalece el predominio de una instintiva natural posición ubicada en la órbita de privilegiar el uso de arbitrarias ventajas en el propio favor (personal o de grupo). Ventajas de obtener sin tener en consideración cuanto tal actitud signifique transgredir alguna no bien identificada condición ética (los procesos bajo la conducción de la “incivilidad” se desinteresan por completo).

Bajo el dominio de la “cultura de la incivilidad” la transgresión ética es perfectamente justificada pues los mecanismos de desenvolvimiento se realizan regularmente dentro de esa condición.

En el ámbito de la “cultura de la incivilidad” la ética se presenta como un punto de referencia abstracto en cierto modo indefinido, poco ejercitado o mas bien regularmente impracticable en un medio adverso.

Las consecuencias de una dominante “cultura de la incivilidad”
se extiende a todos los campos del quehacer humano,
creando una permanente condición de desequilibrio
y de consistente inestabilidad,
ubicando el devenir humano
en una constante situación de criticidad evolutiva.

El mejoramiento de las problemáticas materiales solucionadas por el “progreso” al no sufrir una gestión en digna y “civil” proyección, constituyen bajo la insignia de la nefasta “incivil cultura” dominante, beneficios a cuyo entorno se estrechan rápidamente como aves de rapiña oscuros nubarrones en presagio de tormentas.

La “cultura de la incivilidad” se presenta como una tendencia innata de la condición humana. Natural propensión destinada a crecer y desarrollarse por cuenta propia. Se estimula a si misma facilitando la reproducción de sus mecanismos con cada vez mayor capacidad de intervenir en todos los medios.

La dominante proyección de la “incivilidad” es de considerar no el adversario sino el peor enemigo de quien la alberga en si mismo, el ser humano, cuya interioridad aparecer satisfecha de ser acosada por la continua actividad de los factores negativos.

Las mas serias divergencias en el campo humano
destinadas a llevarlo a desenvolverse
en una preferente condición de permanente irracional conflicto,

ya al interno de las sociedades o en las difíciles relaciones entre ellas,
son una evidente prueba
de la dominante presencia de la “cultura de la incivilidad”.

Todo tipo de situación “conflictiva” se coloca al centro de las relaciones humanas (políticas, económicas, sociales, bélicas etc.) bajo el ejido de la “cultura de la incivilidad”.

También la solución de las problemáticas se presentan injustas, inadecuadas, parciales, ineficientes, en el intento de satisfacer las distintas “inciviles” condiciones adoptadas por las partes en juego (se disputan primacías o privilegios de algún tipo).

En manos de la “cultura de la incivilidad” el trascendente progreso material de esta faz evolutiva, en lugar de convertirse en un beneficioso instrumento proyectado a mejorar a la humanidad en el entero cuerpo de actividades (repercutiendo sobre las generales condiciones de vida), asume las características de un confuso indefinido magma informe dominado por el caos y la desorientación.

El “progreso” material y el mejoramiento
emanado en todos los ámbitos
se ha traducido en el contexto de la “incivilidad cultural” reinante,
en un prolífico instrumento capaz de inducir
a producir des-articulaciones sociales y desigualdades de todo tipo.

Mas el “progreso” alcanza niveles de excelencia mas parece generar a costas de los “inciviles” mecanismos destinados a transformarlos en bienes de consumo, la configuración de un arma fundamental a incrementar las deplorables variables de la nefasta cultura.

En cuanto a las condiciones presentadas por las sociedades respecto al dominio de la “cultura de la incivilidad”, existe una discriminación en unos caso neta en otros no, entre quienes se proponen menos o mas inciviles de otras.

Es de destacar la no presencia de una bien definida practica de la “cultura de la civilidad” en alguna sociedad humana (solo tímido atisbo rápidamente disipado).

Ciertamente la calificación de “incivil” depende exclusivamente del nivel mayor o menor alcanzado de tal omnipresente cultura, no de haber alguna posibilidad de comparación (porque inexistente) con una supuesta-mente actuante “cultura de la civilidad”.

La humanidad con el correr del tiempo
ha modificado sus niveles de “incivilidad”
trasformando una entidad en otra de idéntico contenido,
atenuado y modificado en sus características
por nuevos modelos evolutivos.

La “cultura de la incivilidad” de siempre dominante a lo largo del entero de-curso evolutivo de la humanidad, ocasionando con regular continuidad una plétora de trastornos sobre las condiciones de su forma de vida (disociación, desigualdad, poderes invasivos o despóticos, confronto bélico por nombrar algunos pocos),

finalmente bajo el signo de la resignación es considerada como una innata condición natural, con la cual es necesario convivir o mejor obligado a hacerlo.

La aceptación de la “incivilidad” como forma de manifestación natural del ser humano (según no pocos no puede hacer a menos), es dada de una determinada condición de inmadurez proveniente de fases evolutivas precedentes con innata predisposición a continuar a transmitirse. Por ello resulta erróneamente permisible tolerar su influyente acción como un inevitable destino de aceptar.

En la actual faz evolutiva dotada de un trascendente incontrolado “cambio de transformación” en todos los ordenes de la forma de vida, el dominio de la “incivilidad” representada por una infinidad de nuevas variables surgidas de los acelerados mecanismos del progreso material, conducen al entero proceso evolutivo a un terreno de desequilibrio e inestabilidad extremadamente descompensado.

A la aceleración de los tiempos evolutivos
y las caóticas, dispersoras, inesperadas consecuencias
surgidas de los desencadenados mecanismos,
resulta extremadamente peligroso en tales circunstancias
se asocie como indefectible modelo
un modo de operar cuya matriz es gobernada por la “cultura de la incivilidad”.

A este punto la “cultura de la incivilidad” interviene en modo determinante en acrecentar el desequilibrio e inestabilidad del dispositivo funcional humano (ya de por si en profunda crisis), de ubicar su dominio en esta faz evolutiva en el plano de una irreversible forma de proceder re-conducible al propio exterminio.

Con la practica de la “cultura de la incivilidad” la humanidad convive como con una enfermedad congénita (mejor hubiera sido evitarla pero esta allí y existe).

Va en algún modo aceptada en tanto los trastornos procurados se presentan superables.

Cuando los trastornos se convierten en alteraciones dispuestas a poner en serio peligro la salud; la enfermedad por intrínseca y absorbida se presente va combatida porque en juego a este punto esta la vida.

Similar características propone la dominante presencia de la “cultura de la incivilidad” en un actual critico e imprevisible de-curso evolutivo. En tal contexto con su proverbial bien definida tendencia a multiplicar sus efectos negativos sobre los distintos procesos, se propone como un grave estimulante agente desequilibrante.

PARTE I

LA “CULTURA DE LA INCIVILIDAD” EN EL PRECEDENTE DECURSO EVOLUTIVO HUMANO.

Se considera como precedente de-curso evolutivo en el campo de la “cultura de la incivilidad” a toda aquella faz temporal comprendida entre el inicio de la presencia humana extendida hasta tomar contacto con el ultimo tercio del segundo milenio.

En torno (antes o después del 1960) se trata de establecer una distinción arbitraria entre la “cultura de la incivilidad” precedente y la actual no porque existan notorios efectos diferenciales entre una y la otra, sino por la proyección y el impulso adquirido en la última variante por sus modelos mas sofisticados en la práctica aplicada a los procedimientos.

Con esta separación entre cultura de la “incivilidad precedente y actual” se entiende encuadrar su presencia dentro del de-curso evolutivo humano, indicando los aspectos distintivos entre un modelo y otro y su consecuente proyección en su acción progresiva.

CAPITULO 1.

El estado “Primitivo y el instinto.

En las facies denominadas precedentes la “cultura de la incivilidad” asumía una bien definida y clara posición exponiendo sin ambages marcadas tendencias instintivas, cuyo predominio en el ámbito relacional de todo tipo movía a desconsideradas reacciones.

En este periodo las cualidades interiores si bien existentes eran avasalladas, despótica-mente inducidas a no intervenir. En tal caso seguramente habrían agravado la potencial agresividad de reacción de la “incivilidad”.

La mayor parte de los problemas
no se resolvían empleando justos diálogos esclarecedores
para llegar a las posiciones mas justas.
Era decisiva y determinante la
ley del mas fuerte físicamente o mas dotado de poderes.

Disponer de la mayor o menor razón carecía de importancia a los fines de hacer valer propias posiciones.

Los proyectos se apoyaban en decisivos y substanciosos planos de poder (se asumían la potestad de concretar-los así como el exigir resultados).

Las propuestas surgidas de la “cultura de la incivilidad” esta directamente relacionada con la exigencia de obtener resultados.

El no alcanzar los resultados previstos (no importa los medios utilizados para lograrlo), no tolera justificaciones al respecto, su-bisando irremediabilmente a quien ha incurrido en el error de no obtenerlos.

Sobre la fácil transposición del resultado en éxito y de este en poder, se arquitectura uno de los tantos innumerables edificios producidos por la “incivilidad” para conducir y proyectar el montaje de su modelo operativo.

Modelo dotado de una serie de advenimientos consecuentes a la índole de los

efectos buscados, de norma estrechamente relacionado con degradados hechos comporta-mentales.

Claros en su concreta “incivilidad” se presentan los procedimientos dominados de esa tendencia operativa en las faces evolutivas denominadas precedentes, expresando en algún modo con cierta “honestidad y convicción” su fundada posición.

La visible posición adoptada por los medios destinados a ejercitar “inciviles” mecanismos para concretar los resultados buscados, exponían con facilidad y demostraban cuanto las justas criticas recibidas eran plenamente merecidas.

La “incivilidad” en las faces evolutivas precedentes se proponía y exponía, tanto cuanto sus degradados y corruptos mecanismos le exigían presentarse para obtener los resultados buscados.

Con la aparición del ser humano en sus formas primitivas en la escena planetaria la “incivilidad” se manifiesta en sus condiciones mas extremas. En esas particulares condiciones es preciso se active en defensa de la propia integridad y para ello se desarrolle en el campo de la agresividad.

La sobre-vivencia en juego proyectan al ser humano a hacer uso de todos los “inciviles” medios a disposición, para tratar de asegurar o al menos prolongar la existencia.

Las adversidades y continuos riesgos presentados por el medio ambiente, asociadas a una cierta relativa debilidad constitucional respecto a otras entidades animales en el inmediato acto de subsistir, obligaban a una atenta “incivilidad” a encontrarse siempre dispuesta a intervenir.

En realidad todos los mecanismos de sobre-vivencia elemental eran regidos instintivamente por una permanente vigencia de una actitud de “incivilidad”.

La absoluta necesidad de un constante pleno dominio del instinto en búsqueda de solucionar los apremiantes problemas de subsistencia, era el producto surgido de la presencia de otros tantos seres vivientes en sus mismas condiciones, dispuestos a emplear contra él un nivel igual o superior de “incivilidad”.

El desarrollo de los contenidos de la “incivilidad” se imponía como imperiosa necesidad pues se relacionaban estrechamente con la posibilidad de sobre-vivencia.

Esta primaria relación del “instinto” con la “incivilidad” (continuó a ser adjunta asociada), constituía en las faces “primitivas” una justificada prioritaria relación esencial.

En efecto actuando en modo asociado cuanto mas estrecha y directa resultaba la capacidad de entendimiento y reacción entre el “instinto y la incivilidad”, tanto mas adecuadas eran las condiciones del individuo de sobrevivir al medio.

Las múltiples y constantes insidias
escondidas o surgidas de improviso
en el campo de sobre-vivencia primitiva,
necesitaban para ser identificadas antes de hacerse presentes
de un bien afinado, desarrollado sentido del instinto.

El “instinto” en estas circunstancias actuaba como detector y al mismo tiempo proyectante de los movimientos a seguir, ya sea para defender, eludir o anteponerse a la presencia de agentes agresivos, o atacar a la presa necesaria para alimentarse.

Ante los hechos detectados y proyectados por el instinto, la “incivilidad” se ocupaba de ejecutarlos, con un bien definido e imperturbable uso de la concentración a tales efectos.

En las primitivas fases evolutivas la total y en tales circunstancias justa dependencia de las formas culturales, a las propias mayores o menores capacidades operativas demostradas por el “instinto” en el campo de la sobre-vivencia, ubicaron a la “incivilidad” en un primer plano formativo.

La prevalente o mejor totalmente determinante condición
relacionada con la “conservación de sobre-vivencia”,
obligaba en concomitancia a generar y desarrollar
una “cultura de la incivilidad”
en pleno acuerdo con las finalidades a obtener.

Como no podía ser de otra manera la formación educativa a esa cultura adquirió con su desarrollo, cada vez más extremas características volcadas a obtener mejores resultados en el acto de la sobre-vivencia.

Mejores se proponían los resultados en la actitud de sobrevivir, más inducían a “instinto e incivilidad” a provocarse en un recíproco juego destinado a incentivar los propios recursos, para proyectar el proceso de sobre-vivencia en un cada vez más fácil y seguro propio terreno de ocupación.

En las agresivas condiciones ofrecidas por el medio ambiente respecto a una posible sobre-vivencia, el “instinto y la incivilidad” se han visto obligadas para dar mayor prospectiva de seguridad al hecho, aguzar el propio ingenio y desarrollar su capacidad de acción.

A un cierto punto del mutuo desarrollo
la capacidad de acción conjugada entre las partes,
la comunidad de interacción llega a ser tal
de no poder establecer
cuanto el “instinto” se ha convertido en un “incivil instrumento”,
o la “incivilidad se ha “instintivamente” condicionado a tal punto
de reaccionar de ese modo.

Ese mejoramiento de las condiciones operativas de la afirmada asociación se tradujo en un “instinto” más preparado a percibir de ante mano los silenciosos y camuflados datos provenientes del ambiente natural, mientras la “incivilidad” asumía más

afirmadas características en cuanto tal.

La afirmación de un desarrollo de la “cultura de la incivilidad” en las instancias del “primitivo” destinada a privilegiar las impelentes e impostergables necesidades impuestas por la sobre-vivencia, otorgan al modelo la importancia y el valor de haber actuado en modo eficiente en tales instancias.

La determinante función aplicativa de la “incivilidad” llama probablemente en inconsciente modo innato, a considerar su presencia un imprescindible hecho proyectado a corroborar cuanto ha sido importante en un momento crucial, donde estaba en juego la sobre-vivencia del elemento humano.

El hecho de agradecer consciente y subconsciente-mente a la “cultura de la incivilidad” en sus mas extremas manifestaciones, su presencia y determinante actuación en la fundamental faz inicial o de inserción planetaria del ser humano en su mas primitiva configuración, no justifica tolerar o mas aun re-asegurar con irracionales reverenciales posiciones su persistencia en el ámbito de muy diferentes condiciones evolutivas.

El justo reconocimiento a la función cumplida en su momento, no incide sobre el hecho de considerar a la “cultura de la incivilidad” el producto y esencia de un determinado momento evolutivo de pertenencia. Periodo proyectado a referir las extremas condiciones existentes en la difícil instancia del insertarse del ser humano en el contexto general.

El de-curso evolutivo
en su incontenible progresión hacia el “cambio”
(en el campo del ser humano de notorio mejoramiento
en todos los ámbitos circundantes),
no concede espacio por propia razonable lógica de proyección
a mantener justificadamente idénticas,
las condiciones de función de la “incivilidad” a lo largo del tiempo.

Por ello la actual permanencia en escena de la “cultura de la incivilidad” maquillada a nuevo pero aun dotada de su innata configuración conceptual, si bien de respetar como gloriosa institución cultural de sobre-vivencia, constituye un hecho en total desacuerdo con las premisas y principios fundamentales propios del de-curso evolutivo (en los distintos planos de componentes naturales planetario, cósmico, humano).

La condición funcional de base de desenvolvimiento evolutivo enmarca el transito de su de-curso, sometido a una constante propensión al “cambio” para mantener en equilibrio los inestables mecanismos dinámicos.

En el “campo evolutivo humano” referido al entero cuerpo de funciones utilizadas a proyectar la progresión de las condiciones de su forma de vida, el único elemento (a este punto de relevante acción discursiva) no “cambiado” o suplantado en su ya prolongado de-curso, esta constituido por la siempre presente y dominante “cultura de la incivilidad”.

Como todos los mas importantes hechos acaecidos en un lejano “pasado”

pertenciente a un respetado y reconocido ámbito histórico, se presenta totalmente fuera de toda razón lógica cuanto la “cultura de la incivilidad” continúe a adquirir el vigente significado de ser considerada en tan activa posición (definida acción dominante) en la faz evolutiva actual.

Si bien de considerar imperativa su presencia en base a la determinante función inicial, la ininterrumpida continuidad de su arraigada y fundada fusión con la interioridad humana, su directa predisposición a poner en juego los factores negativos de la misma (se relaciona íntima-mente), ha generado una peligrosa corriente de forma de pensar afirmada en criterios “inciviles”.

La “cultura de la incivilidad” constituye un instrumento
cuya dominante acción
una vez superadas las faces primitivas de sobre-vivencia,
se convierte por par-adoso en un propio enemigo
presente al interno del ser humano,
anulando la posibilidad de un mejoramiento integral
de la entera configuración interior.

En las faces evolutivas como la actualmente alcanzada la “cultura de la incivilidad” con la total incapacidad de adecuarse en la gestión de las nuevas circunstancias, actúa a este punto por par-adoso como enemigo de la sobre-vivencia humana, pues bajo sus degradantes preceptos amenaza llevarla al propio exterminio.

Fuera de su tiempo evolutivo el aun presente ejercicio de los efectos dominantes de la “cultura de la incivilidad”, reconducen a la humanidad a dotarse de una singular capacidad de progreso y de mejoramiento en todos los ámbitos, y contemporáneamente a asumir retrogradadas formas de comportamiento donde continúan a privilegiar primitivas - instintivas posiciones.

Cuando los extremos del mejoramiento y del primitivo se alejan al punto de hacerse incompatibles en establecer algún tipo de relación, el incrementarse del “desequilibrio descompensado” adquirido por las partes durante el de-curso evolutivo, lleva seguramente como sistemáticamente ocurre, a una trágica, incontenible explosión intencionada a desintegrar los factores en juego.

La “cultura de la incivilidad”
ya de tanto tiempo ha dejado de prestar
algún servicio útil a la humanidad
(faces primitivas),
para proyectar en su de-curso evolutivo humano
un permanente incremento de los aspectos negativos de su gestión.

Mas el ser humano evolucionaba, mas la “cultura de la incivilidad” dominante se revela un contradictorio enemigo de su proceso de mejoramiento.

La “cultura de la incivilidad” actuando en la obscura pero determinante posición de “quinta columnista” aventajada del poder dominante, condujo a la humanidad a introducirse en los mas cruentos vericuetos de la incomprensión y disociación. El anómalo proyecto lleva a la humanidad a un terreno de acción basado en el

dominio de los comportamientos de parte de una “instintiva incivilidad”. Ello la obliga a recorrer un camino plagado de téticas pesadillas. Seguramente el tránsito evolutivo sin su presencia se hubiera deslizado hacia un integral mejoramiento comporta-mental, de convivencia y de relación con extrema simplicidad y rapidez.

Superada la faz evolutiva primitiva (con toda probabilidad la “cultura de la incivilidad instintiva” hubiera deseado se perpetrara eternamente), el ser humano con su predisposición al “cambio” la obligó a adaptarse a diversas condiciones.

La extrema lentitud en hacer efectivos
en faces evolutivas precedentes
los “cambios de progreso material” en el ámbito humano
(por otra parte de escasa entidad),
permitió a la “cultura de la incivilidad”
continuar a dominar sin grandes dificultades el devenir del proceso.

Las secuencias evolutivas posteriores a la era primitiva propiamente dicha, no exigieron de la “cultura de la incivilidad” una capacidad de desarrollarse en el abrupto terreno instintivo como aquella instaurada en sus inicios. Ello le facilitó una necesaria tarea temporal de asentamiento, comenzando a dar forma a una propia articulada configuración de principios.

En tales condiciones inició a tomar forma la elaboración de un bien definido proceso de desarrollo de los comportamientos humanos, encuadrados y regidos dentro de un ámbito cultural dotado de sus propias y cada vez mas refinadas predominantes características de “incivilidad”.

El proyecto de la “cultura de la incivilidad” no encontró dificultad en desarrollarse y expandirse, constituyendo por otra parte un directo derivado organizado para dominar de aquella primitiva.

“Incivilidad primitiva” por otra parte avalada del prestigio de haber superado con los mejores resultados la prueba de la sobre-vivencia.

La “cultura de la incivilidad” se propuso a todos los efectos
proyectarse en el tiempo
habiendo superado a plenos votos
el desafío de la sobre-vivencia,
y porque de fácil y accesible practica
así como plenamente aceptada en modo directo por el ser humano.

Ademas era de considerar un tipo de “cultura” de procurar en su aplicación espontaneas satisfacciones, dada su tendencia a facilitar la manifestación de reacciones instintivas de todo tipo en su modo de exteriorizar.

Justamente las libres y diversificadas manifestaciones instintivas individuales o de grupo ofrecían la posibilidad en tiempos de medieval rutina de hacer mas divertidas las tramas de vida, estimuladas por las repentinas y violentas discusiones terminadas en furibundas bataholas condimentadas en no pocas ocasiones con accidentales decesos.

La “cultura de la incivilidad” en su proyección pos -primitiva no necesitó de alguna imposición para continuar a dominar el contexto comporta-mental subsiguiente. Continuar a dominar el campo comporta-mental humano resultó la consecuencia de un de-curso natural, no presentándose a la consideración la presencia de alguna variante cultural alternativa.

En la faz pos-primitiva la “cultura de la incivilidad”
tomo cuerpo en su configuración
facilitada por una concomitante exposición practica
de sus formas de manifestación,
ya implícitamente presentes en aquellas regularmente expresadas
por el ser humano en la práctica diaria.

En realidad el de-curso evolutivo de la “cultura de la incivilidad” coincidía con la continuidad natural de condiciones innatas (instintivas - factores negativos de la interioridad), extendido del medio relacional al interno de los grupos humanos en constante crecimiento.

Condiciones innatas puestas al servicio de la sobre-vivencia fueron solicitadas a desarrollarse intensa, rápida y rigurosamente en esa dirección, para sucesivamente adecuarse convenientemente al cumplimiento de un “nuevo” y mas amplio espectro de funciones asignadas.

CAPITULO 2.

Extensión a los poderes de conducción de la “incivilidad dominante”.

La “cultura de la Incivilidad” en el ámbito del primitivo instintivo de sobre-vivencia era de considerar en su extrema manifestación una corriente pura: “destinada a actuar para obtener una precisa, determinada finalidad a todos los efectos de índole personal”.

Las primeras proyecciones destinadas a formar pequeños grupos accidentales o familiares buscaban un cierto tipo unión, para aunar esfuerzos a los efectos de distribuirse las tareas de sobre-vivencia, pero sobre todo para contar con un mayor nivel de seguridad propuesto por el hecho de constituir un determinado numero de individuos.

El primitivo hecho de agruparse
es la directa respuesta
a una disposición de “instintiva incivilidad”,
destinada a incrementar con tal actitud
las posibilidades de sobre-vivencia.

La intención de socializar era ausente o se presentaba con las características propias de los animales dispuestos a relacionarse en modo esporádico, para cumplir los naturales mandatos de la reproducción o formalizar grupos familiares destinados a permanecer unidos por un no bien definido periodo de tiempo.

Periodo de tiempo corto o largo según las circunstancias lo determinan (crecimiento

de la prole, mayor o menor tendencia a componer grupos familiares duraderos).

Lo factible de ser comprobado en el ser humano en su primer atisbo de agruparse (indicativa de la extrema instintiva incivilidad), no es motivado por la intención de socializar según el termino es interpretado en visiones mas evolucionadas. Es dirigido en tendencia a dar una mayor estabilidad al nivel de sobre-vivencia.

Por otra parte bajo una “cultura de la incivilidad” extrema no se tardo en comprender la necesidad de conformarse en grupos para responder al ataque o atacar otros, para defender o entrar en posesión de territorios mas dotados de elementos naturales útiles a la sobre-vivencia.

Si bien en el contexto individual el confronto ya existía,
en el ámbito
de la conformación de los grupos humanos
el proceso se agravó.
En tales circunstancias la “cultura de la incivilidad”
dio un ulterior paso evolutivo
incrementando el degrado de su posición conceptual.

En efecto el nuevo escenario inicio a poner en juego no ya la lucha contra el ambiente natural para sobrevivir, sino en una nefasta inevitable progresión llevó al confronto entre grupos humanos (empleo del uso de la fuerza) con la finalidad de procurar beneficios a los propios intereses de sector.

Si la lucha física entre pares es un fenómeno presente con innatas características naturales en todos los ambientes de la vida animal, la misma como el análisis del de-curso histórico lo demuestra, difícilmente llega a los extremos signados por el ser humano en su capacidad de conducir sus “inciviles” diferencias.

De ello se desprende cuanto peligrosa resulta la permanencia de un cierto nivel de “instintiva incivilidad”, cuando encuentra a su disposición un progreso material capaz de satisfacer sus mas agresivas intenciones.

La incidencia de una bien definida y aceptada continuidad de una “instintiva incivilidad extrema” operada en toda su gama, condiciono en modo determinante las normas de configuración de los conglomerados humanos surgidos de un rápido proceso de reproducción.

La “incivilidad” dominante impedía el desarrollo
de una mejor funcionalidad
evitando la conjunción de diversos grupos en uno integrado.
Cada uno de ellos privilegiaba en general
mantener una supuesta independencia de decisión.

La supuesta independencia de decisión por un lado no proyectada a un mejoramiento de las condiciones de vida seguramente derivada de una justa unión de esfuerzos, por el otro provocada por una dominante tendencia instintiva a la disociación interna, arriesgaba de convertirse con facilidad en cruentas e interminables luchas en búsqueda de posiciones de privilegio.

El permanente dominio de la “cultura de la incivilidad”
sobre el plano comporta-mental,
ha diabólica-mente complicado
el de-curso humano evolutivo,
sumiéndolo en un continuo e inútil trajinarse
en el fango de lo indigno.

Las luchas entre grupos o conglomerados humanos mas o menos numeroso por la posesión del territorio (con la justificación de haber a disposición aquel mas rico), desencadenó los modelos mas feroces y crueles destinados a abatir y a exterminar el enemigo (probablemente el único modo de desembarazarse definitivamente del mismo).

Todo esto forma parte de un panorama propenso a comprobar cuanto la “cultura de la incivilidad” continuaba en su de-curso evolutivo humano, a acentuar y convalidar su dominio con siempre nuevos instrumentos a disposición.

Dominio en constante incremento: mas son las armas y mas amplio el arsenal de los bajos instintos a disposición, mas concreta resulta la capacidad de conducir a la humanidad según sus designios a la practica de la “cultura de la incivilidad”.

La “cultura de la incivilidad” no podía olvidar de tomar posesión de la o las cúpulas del poder de los grupos y a tal efecto las continuas luchas intestinas desencadenaban mecanismos de eliminación, plagados pero sobre todo fundados en los efectos de una conspicua aplicación de sus principios.

Las mas tenebrosas
conspiraciones, traiciones, injustificadas eliminaciones
(entre otros anómalos mecanismos),
jugaban su abierta y bien definida partida de “incivilidad”
desarrollando la cultura imperante
al limite de sus mas extremas, límpidas y definidas manifestaciones.

Cuando los grupos se convirtieron en aglomerados constituidos de una mas consistente masa humana, el poder en manos de la “incivilidad” sirvió a someter a una gran cantidad de seres humanos a vivir bajo el dominio de esa cultura, adoptada con justificada desaprensión por considerarla el mas apropiado y seguro modelo de conducción.

Las mas numerosas poblaciones humanas crecidas y desarrolladas hasta formar un solo cuerpo (incrementado con aquellos puestos al proprio servicio sumidos en esclavitud después de haber sido derrotados en algún confronto), constituían en realidad una masa informe necesitadas de severas reglas de convivencia para evitar el todo se sumiera en un incontrolado caos.

A tales efectos llegaron los poderes fuertes encargados de aplicar metodologías, tendientes a facilitar probablemente en toda razón una mas ordenada convivencia.

Por concomitancia la “cultura de la incivilidad” a cuyo amparo se desenvolvía la desorganizada, descontrolada convivencia de una determinada población humana,

necesitaba en modo imprescindible de un “incivil” poder fuerte (dotado de tales condiciones) para poder encaminarla a responder a un orden establecido. Es evidente cuanto el todo circulaba en torno a una dominante “cultura de la incivilidad”.

El razonamiento consecuente se desprende espontanea-mente:
ante una “incivil población” es lógico recurrir a la
necesaria “incivilidad” aplicativa (rigor extremo),
de quien entiende encuadrarla
dentro de un cierto ordenamiento
comporta-mental, de convivencia y relacional”.

El todo se hallaba involucrado en la dominante “incivilidad” cuando es factible definir justo y consecuente, la intención del “poder de conducción” de establecer un orden fundado y perteneciente a ese tipo de cultura.

Así también es de aceptar lógico incluir las “Bases fundadoras del “poder de conducción” en el ámbito de la “cultura de la incivilidad”.

Se toman en consideración cuatro de los mas destacados argumentos de los cuales se recaban substanciales datos sobre el dominio de la “cultura de la incivilidad”, sobre el “ordenamiento de los poderes de conducción social” o de las poblaciones presentes en las faces evolutivas precedentes (y aun en las actuales).

1.) Rígido control comporta-mental, de convivencia y relacional al interno del cuerpo de la población.

El centro de un “poder de conducción” de la población se reveló una imprescindible entidad a regular grupos humanos de una cierta consistencia numérica, cuya convivencia dominada de la “cultura de la incivilidad” se hallaban sumidas en caóticas, incontrolables e ingobernables condiciones.

El consecuente desorden provocado por el abierto dominio de la “incivilidad” comporta-mental, de convivencia y relacional entre los pobladores, derivó en la necesidad de instituir centros de poder de conducción: Centros configurados en relación con las características de la cultura prevalen-te (incivil) se implementaron para controlar la situación basados en medidas de extremo rigor.

En tales circunstancias de “incivilidad” de convivencia se proponían como lógicos mecanismos rudos y agresivos. Se implementaban temidos castigos para afrontar la situación plagada de todo tipo de transgresiones relacionales, en búsqueda de modificar o mejor controlar en algún modo las condiciones existentes.

Solo empleando severos castigos se hacía posible (si bien relativamente) alcanzar la finalidad de obtener resultados, en un terreno de “incivilidad” donde el mas útil medio a controlarla no era la persuasión, sino el temor a sufrir vejaciones sobre la propia integridad.

El “poder de conducción” adquiere casi desde un inicio la mas lógica característica de momento para cumplir con eficiencia la función prefijada,

presentándose con carácter “despótico”.

A los efectos de ser respetado o mejor temido el “poder de conducción” en un ámbito dominado por la “cultura de la incivilidad”, se estructura bajo una configuración dispuesta a considerar totalmente secundario o mejor prácticamente accesorio, lo justo o equilibrado de sus decisiones.

Lo fundamental para ser primordialmente efectivo era imponer la fuerza con la capacidad de ejercerla y emplearla.

El poder de conducción para ser considerado tal y tenido en consideración de la población era preciso se presente como un instrumento, dispuesto y decidido a aplicar normas y obligar sin ninguna duda a dar cumplimiento a las medidas de las mismas emanadas.

Medidas a las cuales no será permitido (bajo directo castigo de los agentes del orden) poner en discusión.

Si a una población “incivil”
para darle en algún modo un orden funcional
se hace necesario recurrir a un poder de conducción
de la misma índole o de aun más intensa agresividad,
es lógico aceptar cuanto todo el contexto
permanezca compaginado
dentro de una bien definida cultura de ese tipo.

Resulta inevitable y consecuente: el ajustar las condiciones relacionales de una población cuyo desenvolvimiento interno se encuentra bajo el total dominio de la “incivilidad”, condiciona al poder de conducción a emplear métodos basados en la misma cultura.

También es de considerar cuanto a los eficientes resultados obtenidos no se los puede considerar un proceso destinado a procurar “civilidad”, sino elementalmente a obtener mayor orden funcional.

Un mayor orden funcional generado en el siempre dominante ámbito de la “cultura de la incivilidad”.

No es factible atribuir como justa
la crítica a las características “inciviles” de un poder de conducción,
cuando el mismo se ve obligado
a intervenir y desenvolver sus actividades
en una población dominada de tal cultura
(forma parte de un indivisible entero contexto así funcionante).

2.) Mecanismos destinados a perpetrarse en el poder.

Gozar de los beneficios del “poder de conducción” en los inicios de la instauración del mismo y a lo largo del entero de-curso evolutivo de las distintas variables de configuración, es el medio más apetecido de la “cultura de la incivilidad” para ejercer el pleno dominio de tan importante bastión de decisión.

Dominando el “poder de conducción”, por medio de un amplio contenido de variables dispuestas a despertar y concretar las más “inciviles” ambiciones, esta cultura toma posesión de la entidad madre de decisión y se proyecta prolíficamente en miles direcciones.

Prosiguiendo en el intento de continuar a alcanzar “inciviles” deseos de poder, no es suficiente el haberlo obtenido sino perpetrarse en el mismo durante el mayor tiempo posible.

Esto ocurre en los distintos planos de poder de las múltiples actividades humanas, asegurando a la “cultura de la incivilidad” como punto de referencia en la gestión de esos medios, una substancial capacidad de dominio general.

La “cultura de la incivilidad” en el específico campo de conducción de la población primero y de sociedades (estados) después, utilizó sus mas deplorables medios para perpetrarlos. Ello le permitió haber continuidad en los planos de poder y asegurar su propio dominio.

Dos son los medios mas insidiosos utilizados por los poderes de conducción para afirmar su intención de perpetrarse en el poder:

- Inmovilidad cultural y material (no progreso).
- Someter a la población a la condición de ignorancia (no instrucción).

2.1.) Inmovilidad cultural y material (no progreso).

Para perpetrarse en el poder de conducción las condiciones del sistema es preciso permanezcan lo mas inalteradas posible. El mantenimiento de la estabilidad de función es directamente re-conducible a un mayor indice de seguridad en el sostener el “estatus”.

El “cambio” o las instancias destinados a provocarlo si bien se traducen en un crecimiento y desarrollo de la progresión evolutiva, creando condiciones de mejoramiento en todos los ordenes, constituye un ingrediente de inestabilidad para el mantenimiento del poder de conducción.

Cualquier tipo de inestabilidad provocados por el tolerar “cambios” de cualquier índole, aun de considerar extremadamente beneficiosos para mejorar las condiciones de la forma de vida de una población o sociedad, se presentan a la intención de perpetrarse en el poder, como obstáculos de remover antes de incidir en algún modo sobre la solidez de la estática estabilidad imperante.

La activación de medios en la actitud de perpetrarse en el poder, asume las características de contradecir la finalidad básica de la propia función, o sea la de estimular la realización de todo aquello dirigido a beneficiar el mejoramiento de las condiciones de la forma de vida de la población.

En efecto es fácil comprobar como largas faces evolutivas bajo el control de poderes de conducción perpetrados a lo largo del tiempo, han sumido en la inmovilidad el

progreso cultural y material, cercenando y condenando duramente todo intento de “cambio” (apenas bosquejado era rápida y drásticamente cancelado).

La situación imperante dirigida y orquestada entre bambalinas por la “cultura del incivildad”, vigente y dominante en los planos del poder de conducción servía también a ella (aseguraba su propia preeminencia).

Incuestionable-mente lo mas efectivo y eficiente
para quien ostenta el pleno dominio de la situación
 (“cultura de la incivildad”),
es
desenvolver el sistema en un medio “inmovilizado”
para instaurar el nivel de mayor propia seguridad funcional.

2.2.) Someter a la población a la condición de ignorancia. (no instrucción).

El único medio eficiente para romper la “inmovilidad” cultural y material pilar de sustento del perpetrarse en el poder de conducción, es la intervención directa de la masa popular cuando dispone de una cierta instrucción.

Instrucción adquirida capaz de motivar nuevas expectativas de “cambio” y tal como se ha establecido colocarse al centro de otro incomodo, peligroso versante de controlar. Desarrollar este medio es de evitar de parte de quienes desean continuar a perpetrarse en el poder de conducción.

En efecto una eficiente instrucción general provoca un inquieto movimiento no bien definido pero creativo y activo en el seno del cuerpo social.

Los jóvenes por sus propias características
buscan nuevos mecanismos actuantes en todos los ámbitos,
motivan la renovación y la innovación,
se proyectan a adquirir nuevos conocimientos y alcanzar otras metas.

Con gran sagacidad quienes entienden perpetrarse en la “conducción del poder” necesitan por el contrario contar con una masa de población sumida en la ignorancia, pues en tales condiciones no desea el “cambio” mas bien lo repudia, considerándolo un agente perturbador de los intocables ancestrales usos y costumbres.

La masa de población sumida en la ignorancia es la mas convencida partidaria de cuanto es preciso mantenerse distante del “cambio” o mejor de evitarlo radicalmente.

A este punto conjugados el poder de conducción proyectado a perpetrarse y la masa de población ignorante, por un dogmático, religioso respeto en la conservación de los ancestrales usos, costumbres de siempre y el temor al “cambio”; afirman la continuidad de la inmovilidad apoyada en solidas compartidas bases conceptuales. (bajo la dirección y el dominio de la “cultura de la incivildad”).

3.) Reglas para avalar y sostener privilegios de la clase dirigente.

En el ámbito de los privilegios no justificados, su presencia reconoce una estrecha relación con el ejercicio del poder de conducción, constituyendo uno de los campos donde la “cultura de la incivilidad” se explaya y se proyecta con mayor comodidad.

No existen confines ni fronteras al desarrollo de este tipo de arbitrariedades, fundado en un principio de deplorable conveniencia y de una supuesta lógica autorización a ejercitarlo nacido de la posibilidad de disponer del “poder de conducción”.

Los privilegios utilizados en función del poder de conducción,
transmitidos sin excepción
durante el entero de-curso evolutivo,
constituyen una determinante connotación
interesada a constatar cuanto plenamente
reconocida como lógica eventualidad de tolerar y aceptar,
se presenta la “cultura de la incivilidad”.

Si en algún modo se admite aunque sin alguna válida razón, la presencia de “incivilidad” en el ámbito de gozar de privilegios en quienes asumen el poder de conducción, la cosa no termina allí. Esa es la vía maestra y el comienzo de la práctica de “inciviles transacciones”.

La práctica de “inciviles transacciones” al interno de los diversos grupos y planos en torno al poder (también destinatarios de arbitrarios privilegios), proyecta aun más densas e intolerables sombras sobre la existencia de la representación directa de los más bajos niveles de “incivil cultura”.

Gozar de privilegios significa asumir una definida y por ello convencida posición de cuanto lógico resulta utilizar medios “inciviles”, considerándolos como parte regular de la propia cultura.

Bajo el dictado de los privilegios los grupos detentadores del poder de conducción, han evidenciado y evidencian (continuidad evolutiva), una tendencia de los mismos a encerrarse, recluirse en sus propias confabulaciones, terminando por debilitar en modo consistente la capacidad de gobernar con eficiencia los advenimientos.

4.) Modelo “di-sociativo” agresivo.

Desde las fases iniciales del modo de exteriorizarse más virulentas de la “incivilidad instintiva”, el ser humano apenas conformado en grupos se ha dejado llevar a resolver las disidencias, generando profundas y extremadamente agresivas, definitivas e irreconciliables “disociaciones”.

La dominante “instintiva incivilidad”
impidió (y continúa a hacerlo)
enfocar las problemáticas
surgidas entre los distintos grupos humanos
con un justo y equo criterio,
en modo de mantener el sentido de unidad
y facilitar una mutua incorporación de unos a otros.

Las rupturas terminadas irremediablemente en total “disociación” caracterizaron el entero devenir evolutivo de los grupos humanos (se convirtieron en poblaciones y luego dieron lugar a sociedades o estados).

Por otra parte la independencia existente entre dos grupos vecinos no se planteaba en el terreno del mutuo respeto, sino en la tacita “incivil” posible intención prospectada (aprovechando algún momento de dificultad), de someter uno a los designios del otro.

A la bien definida instintiva e incivil tendencia a una cruel “disociación” (caracterizó un buen periodo del de-curso evolutivo humano), siguió una faz de aparente atemperamiento aportado como fachada con la introducción de la irrelevante intervención del modelo de relación de tipo diplomático.

En realidad las solidas bases de asiento de la aberrante, convencida disposición del ser humano a “disociarse” en grupos diversos, se acentuaron con el correr del tiempo implantadas sobre sucesivos aspectos “inciviles”, intencionados a reafirmar la validez de dar cuerpo a entidades independientes.

Las condiciones de “disociación”
aparecen lógicas y consecuentes a satisfacer
el deseo al interno de los cuerpos sociales
bajo el dominio de la “cultura de la incivilidad”,
manifestando escasa proyección de mejoramiento
en el campo de una nueva y diversa
configuración del proceso evolutivo humano.

Con el transcurrir del tiempo los actos de “disociación” reafirmaron las propias “aislacionistas” características de configuración de la forma de vida de cada grupo, población o sociedad.

La adquisición de una propia identidad cultural, religiosa y territorial, reforzó la idea de cuanto la “disociación” había originado y configurado entidades, donde asumía vital importancia el implementar y cultivar ciertos orgullos de pertenencia, de conservar y defender de toda intromisión.

La propia configuración cultural (usos y costumbres), religiosa y territorial, de cada grupo, población o sociedad llevaron a adquirir un tal orgullo de la identidad adquirida, de consolidar el fenómeno de la “disociación extrema” instaurado por la “incivilidad” como una condición de sostener y adherir con total convicción.

El proceso de “disociación extrema” aparentemente lógico, afirmándose en el ámbito original de la “cultura de la incivilidad”, continuó a re-proponerse, reforzarse y acentuarse bajo aspectos consecuentes en el terreno de esa cultura.

El fenómeno de la “disociación extrema” de los grupos humanos
surgido como consecuencia de virulentas divergencias,
no tardó en transformarse en valida “incivil” justificación
a una total contraposición,
re-conducible al campo de la mutua bélica agresión.

En una proyección evolutiva de mejoramiento bajo un bien definido dominio de la “civilidad”, difícilmente la “disociación” aceptada en cuanto tal en su variante natural de diferenciación, hubiera necesitado sufrir un actual benéfico trascendente proceso de transformación cultural.

Transformación cultural decidida y no formalmente instaurada como sería necesario se verificase, con la finalidad de convertir la “disociación extrema” existente, reactiva y refleja tendencia siempre dispuesta a afrontar el acto relacional con cierta atención y desconfianza; en un mutuo respeto de la diversidad,.

En el prolongado transitar del de-curso evolutivo precedente, la “disociación” siempre ha manifestado su peor versante en aquel siempre dispuesto a provocar irracionales y cruentos procesos bélicos.

La “disociación” ha sido la causa de tan profundas contraposiciones, de conducir a la plena convicción de considerar una necesidad la desunión de la humanidad, y por ello se propone como un inaceptable ejemplo de “incivilidad”.

Si es de aceptar la “disociación” humana a nivel de entidades diversificadas como una condición innata, también y con mayor autoridad es preciso reconocer: no factible de ser realizada con utilidad en el ámbito de la dominante “cultura de la incivilidad” dispuesta a poner en ejercicio sus peligrosas negativas variantes.

Quando en una trascendente transformación cultural
la humanidad haya pasado
a ser dominada por la “cultura de la civilidad”,
la “disociación” se habrá ubicado en el justo punto de permitir
el respetuoso reconocimiento
de la diversidad en la integración.

5.) Conclusión.

A lo largo del de-curso evolutivo los ordenamientos de los poderes de conducción fueron atenuando su virulenta “incivilidad”, no impulsados por una tendencia de mejoramiento de la condición cultural. El hecho ha sido la consecuencia del inevitable derrumbe de los sistemas perpetrados en los vértices dominantes.

Derrumbe provocado por un cada vez más indiscriminado y soberbio uso del poder en detrimento de las masas populares, sometidas a sufrir un siempre mayor caudal de sofocante servilismo.

Los “cambios” (poder feudal - poder republicano)
han sido la consecuencia de in- arres- tables fenómenos reactivos,
provocados por situaciones llegadas
a un desequilibrio descompensado tan extremo,
de traducirse en una incontenible, inesperada pero inevitable
explosión en búsqueda de un re-equilibrio.

Los nuevos modelos de los poderes de conducción continuaron también a desenvolverse sucesivamente en manos de la “incivilidad”, imperante como cultura comporta-mental, de convivencia, relacional en todos los ámbitos sociales(de allí

surgían los cuerpos de dirigentes).

Los modelos de conducción (mejores o peores) jamás dejaron de ser pertenencia de la “cultura de la incivilidad”.

Aun en aquellos modelos más evolucionados nacidos de criterios más equilibrados e igualitarios, las semillas de un proceso de descomposición nacido del dominio vigente de la “cultura de la incivilidad”, anidan en su seno con mayores o menores interferencias de control.

PARTE II

ESTADO ACTUAL DE LA “CULTURA DE LA INCIVILIDAD”.

En la actual faz evolutiva la “cultura de la incivilidad” responde a una muy compleja entidad inserida en modo intersticial en todos los ámbitos y niveles del medio social.

Se presenta con la capacidad de operar según muy diversos planos de configuración operativos.

Los diversos modelos de acción aplicativa se proyectan en los más diversos campos a intervenir de acuerdo al tipo de motivación inductora.

La virulencia de las manifestaciones “inciviles
se proponen en la actualidad la más de las veces,
reguladas
a las necesidades impuestas por las circunstancias,
tratando de evitar
presentarse en forma vehemente
y exponer así con extrema nitidez su negativa posición.

El campo de acción varía de las insinuaciones de baja incidencia, con la sola motivación de confirmar su latente presencia, siempre dispuesta a proponerse según propios dictados dentro de un contexto anónimo, para pasar a los distintos planos operativos expresándose e interviniendo en relación a las posibilidades requeridas por el caso.

Su capacidad de intervenir sin demostrar la real tendencia de sus finalidades, hace de la “incivilidad” presente en la actual faz evolutiva, una entidad cultural cuya acción asume características siempre tan bien definidas como difícil e imperceptible resulta captar su intención.

La acción conceptual negativa se ajusta a un más razonado, equilibrado, coherente de-curso, comportándose como una indefinida pero nefasta sombra siempre atenta a obscurecer el camino evolutivo de la humanidad.

La “incivilidad” en su indefinida apariencia actual
personificada
en una inofensiva presencia a lo sumo de aceptar
como natural enviada de limitaciones humanas,

le posibilita continuar a dominar culturalmente
en el tranquilo y esfumado ámbito de las tinieblas.

En la “incivilidad” dentro de cuyo ámbito la humanidad desenvuelve la mayor parte del entero cuerpo de actividades (al cubierto de un irrelevante velo de falsa “civilidad”), la cultura dominante ha determinado sus nuevas características, para continuar a dictar y perpetrarse en la gestión de las propias negativas imposiciones.

Nuevas condiciones necesarias de ser adoptadas de parte de la cultura dominante para adaptar sus funciones a nuevas disposiciones operativas (la humanidad ha iniciado no ha distinguir pero formalmente a establecer visiones diferenciales entre la “incivilidad y la civilidad”).

Disposiciones de acción destinadas a contrarrestar se llegue a determinar una neta perjudicial diferenciación entre “incivilidad y civilidad”, obligando-la a darse nuevas configuraciones y formas de operar.

La “cultura de la incivilidad” se ha mantenido dominante durante el entero de-curso evolutivo, simplemente porque jamás ha minusvalorado la capacidad del ser humano en detectar el valor positivo o negativo de las culturas en juego.

Por ello ha destinado buena parte de su de-curso evolutivo a regular sus motivaciones, puntando a condicionar con una gran propia expansión todos los medios operables moderando la introducción de sus negativos ingredientes.

La humanidad encuentra enormes
o mejor determinantes obstáculos interiores
en no utilizar los negativos ingredientes “inciviles”,
pues instintivamente proyectada a hacerlo.

CAPITULO 3.

La “incivilidad” y su progresión evolutiva.

La “incivilidad” ha actuado (y continua a hacerlo) a nivel de modelo dominante a lo largo del entero de-curso evolutivo humano y durante el prolongado camino transitado se ha ido modificando con el devenir de los acontecimientos, para adecuar sus formas de manifestarse a la sucesión de las nuevas condiciones.

Sin perder la esencia de su idiosincrasia la “incivilidad” ha demostrado la capacidad de adaptarse a nuevas circunstancias para continuar a mantener su privilegiado poder cultural, cuando la imposibilidad de mantener inmobilizadas cambiantes condiciones (ponían en peligro su dominio), la obligaban también a ella a evolucionar.

Ostentando el poder cultural
la “incivilidad” trato en las instancias mas favorables
de “inmovilizar”
con su directa acción sobre el medio,
las condiciones existentes
para sentir mas seguro y estable su dominio.

No obstante ello se mantuvo atenta a los inevitables “cambios” producidos a lo largo del proceso evolutivo, generados por la predispuesta naturaleza humana a ocasionarlos.

Al inicio facilitada la disposición de su dominio por la lenta y a momentos casi inexistente modificación de los medios y mecanismos humanos (inmovilidad), con el “cambiante de-curso” del devenir evolutivo se introdujo en un mas selectivo, extenso y subjetivo campo de acción.

Las variables provocadas en el devenir evolutivo humano
(adquiría mas organizadas y complejas configuraciones),
obligaron a la “incivilidad”
a emplearse a crecer y desarrollarse
en siempre nuevos ámbitos de acción.

La facultad del dominio cultural ejercitado facilitaba a la “incivilidad” introducirse y desarrollarse en todos los nuevos medios, ya del poder de conducción, de las actividades fundadas en el lucro, en los distintos tipos de organizaciones productivas etc. siguiendo una disposición destinada a ampliar en modo consistente su campo de acción.

Por otra parte si pretendía continuar a ser la cultura dominante debía intervenir en la concepción y concreción de todo tipo de proyecto (tenia tan libre como natural acceso).

Incrementar y gobernar un mayor numero de ámbitos de actividades humanas servían consecuentemente a reafirmar y consolidar su poder.
Mas consistencia adquiría numéricamente el espectro dominado, mas seguridad y estabilidad presentaba su poder de conducción.

La capacidad de la “incivilidad” de extenderse a todos los campos de las nuevas configuraciones humanas, seguidas de un natural insertarse, le permitió en los mas difíciles actuales momentos evolutivos superar instancias donde es obligada a presentarse enmascarando su verdadera idiosincrasia.

En la actual faz evolutiva para continuar a ejercitar su dominio
la “incivilidad” con gran sagacidad y capacidad
de adaptación al medio,
se ha dispuesto a operar proyectándose a experimentar
un proceso de re-conversión de los propios medios.
Un modo de dominar, ser presente y no ser percibida.

Para afrontar aun dominante la presente faz evolutiva la “incivilidad” se presenta con las cartas en regla, si por tales se considera una totalmente nueva y mas sofisticada forma de acción.

Los intentos por mantener al ser humano inmovilizado en los viejos esquemas de la “incivilidad primitiva” y aquellos posteriores también muy fáciles de dominar, han ido dejado lugar a otras nuevas condiciones de siempre menos simple gestión.

Comprendiendo la imposibilidad de inmovilizar la evolución en todos los campos, la “incivilidad” tomó conciencia pese a todo el poder de su dominio, de la necesidad de

modificar y moderar substancialmente (para dejar intacta su idiosincrasia conceptual) el modo de inducir e intervenir según lo indicado por su propia identidad cultural.

Si en las faces evolutivas precedentes no era difícil percibir la presencia de la “incivilidad” en los actos puestos en juego por la humanidad, en la actualidad la capacidad adquirida de enmascararse, la hace menos evidente y por lo tanto fácil de confundir con otras formas al margen de tal entidad.

El primitivo orgullo y vanidad de la “incivilidad”
de presentarse abiertamente a la consideración de todos
para demostrar su dominio,
se ha convertido en una peligrosa, inteligente posición de repliego.

Repliego de no considerar en algún modo pérdida de dominio sino una distinta forma de orquestar el mismo.

Las nuevas formas de dominio impuestas por la “cultura de la Incivilidad” son de considerar como un serio advertimiento de cuanto mas imprecisa-do resulta encuadrar sus movimientos.

Se podría denominar a las modificaciones
de acción evolutivas de la nueva forma
de manifestarse de la “cultura de la incivilidad”,
como una versión “intelectualizada”
destinada a proyectar-la en una esfumado campo
de indescifrable textura.

Una forma de oculta-miento bien detallada y aplicada en su desarrollo, de difícil detección el intentar esclarecer la verdadera intención de sus reales propósitos.

La “cultura de la incivilidad” ha tratado como método el mantener “inmovilizados” los sistemas bajo su dominio para asegurar su propio desarrollo.

Ello no significa haber ella permanecido como entidad “inmovilizada” en el proceder a activar su de-curso evolutivo.

Distante se presenta respecto a las mas significativas y claras características de manifestación de las faces primitivas, tan rudimental e instintiva como las circunstancias lo requerían.

Evidentemente ha seguido con particular atención y bien definida intención de adaptación los advenimientos de proyección en la configuración de la forma de vida, encaminada hacia siempre nuevos canales comporta-mentales, de convivencia y relacionales.

La presente faz evolutiva se encuentra delante
a una “cultura de la incivilidad” dominante
perfectamente actualizada,
tan diversa
de aquella considerada conceptual-mente en modo genérico,
de no responder en apariencia a ese modelo.

No obstante el consistente camuflaje operado, la dominante “cultura de la incivilidad” con su inalterada vigencia continua a inducir y proyectar con sus negativos designios y diseños comporta-mentales, de convivencia y de relación, nefastas consecuencias sobre la forma de vida.

En la delicada actual faz evolutiva la continuidad de su dominio llevado a un plano mas sofisticado y por ello menos percibido e identificable, insta un juego al paradoso: con su persistencia en el “campo evolutivo humano” en apariencia nada se arriesga pero en realidad es factible todo se pierda.

La humanidad corre el riesgo de eliminarse a si misma bajo el dominio de una “cultura de la incivilidad” de características impalpables pero realmente actuante y determinante, tan bien enmascarada de casi no poder culpar-la de hechos a ella atribuibles (no presentes las fuertes conocidas connotaciones de siempre).

La “cultura de la incivilidad”
manteniendo en constante y atenta observación
al devenir evolutivo del ser humano
(considerado el centro de su objetivo dominante),
se fue cuidadosamente adecuando a las necesidades
impuestas por las circunstancias temporales.

Desde un dominio implementado en las agresivas instintivas manifestaciones requeridas en los inicios, fue modificando sus mecanismos de acción (en mas o en menos) en relación con la progresión evolutiva del ser humano.

Esta actitud de adaptación le permitió continuar a ejercitar su dominio y a acrecentarlo, interviniendo directamente en la configuración en su momento de nuevos advenimientos.

Por ello la actitud de adaptación al devenir humano es de considerar no una posición de repliegue o mejor derivada, mas bien proyectada a alcanzar el resultado (interviniendo en primera persona) de una acción conjunta: ademas de mantener el dominio dicta también las condiciones bajo cuya guía se realiza el juego.

La “incivilidad” adapta en realidad sus propios movimientos evolutivos en modo de ser directamente influyentes sobre aquellos humanos. Estos siendo una consecuencia responden tácitamente a los dictados provenientes de la cultura dominante.

Es preciso reconocer una sagacidad superior
en imponer su cultura de parte de la “incivilidad”,
proyectada a darse propias frecuentes reglas de adecuamiento
a las nuevas condiciones evolutivas
en gran parte por ella misma provocadas.

Es factible afirmar: si bien la “cultura de la incivilidad” toma como punto de referencia el ser humano, su de-curso evolutivo lo funda en su propio desarrollo.

Parten de ella misma las iniciativas destinadas a recrearse a partir de los advenimientos humanos, motivando sobre las bases de estos un propio constante

crecimiento.

La fertilidad de la “incivilidad” proyectada hacia la práctica de su cultura sobre la infinidad de actividades humanas sometidas a su injerencia, se proyecta como una fuente y resorte de constante actualización.

La inagotable fuente de recursos de la “incivilidad” (siempre bienvenida con beneplácito de quienes prefieren utilizar mecanismos en función de la propia conveniencia), son una clara prueba de la permanente capacidad del sistema en darse un substancioso de-curso evolutivo.

En relación al proceso de-curso evolutivo propiamente dicho la “cultura de la Incivilidad” (es también parte del mismo mediante el ser humano), se presenta inmóvil respecto a la “segura estabilidad” otorgada por su condición de “dominio” del al sistema.

Sustentada en esa base proyecta con más consistencia su subsistencia.

La “cultura de la incivilidad” inmóvil en su “dominio”
se presenta dotada de una excelsa capacidad dinámica,
para adecuarse a los inevitables cambios de circunstancias
sucedidos durante el de-curso evolutivo.

A la “incivilidad” provista con tales proverbiales condiciones de superar toda gama de obstáculos dinámicos para continuar al dominio de la situación, no es difícil reconocer cuanto la propia intrínseca disponibilidad de desenvolvimiento (de reacción repentina), le haya sido importante para justificar su posición a lo largo del entero de-curso evolutivo del ser humano.

CAPITULO 4.

Diversas formas de “incivilidad” derivadas de la progresión evolutiva.

En las iniciales faces evolutivas del ser humano surgía una lógica coincidencia entre la bien definida índole de “instinto primitivo” y la “cultura de la incivilidad” presente, de considerar una justa consecuencia de las características puestas en juego en las formas operativas necesarias a cumplir con las funciones de sobre-vivencia.

A las modalidades centradas en forma prevalente de reacciones “instintivas” solo era factible establecer correspondencia con la “cultura de la incivilidad” (surge su plena indiscutible vigencia afirmada en el tiempo).

Durante estas primeras faces dedicadas a la sobre-vivencia y esporádicos contactos humanos, la “incivilidad” cubrió un restringido espectro de actitudes para dominar con facilidad la línea de desenvolvimientos, de por sí ya naturalmente dirigidos en esa dirección cultural.

El “instinto primitivo” predominante y necesario de ser aplicado para asegurar la sobre-vivencia, llamaba espontáneamente a predisponer la introducción y consolidación de una “cultura de la incivilidad”.

Bajo este aspecto el desarrollo conjunto del “instinto y de la incivilidad” se reveló el arma fundamental del ser humano para superar esa faz tan difícil.

Con la evolución humana re-conducible a su capacidad de adquirir conocimientos e incorporar elementos modificantes de sus condiciones de vida, lenta pero progresivamente la fácil centralizada tarea de la “incivilidad” de motivador del “instinto”, se fue complicando con la introducción de otras variables puestas en juego.

Las variables incorporadas a la forma de vida desarticulaban, trastornaban, desorientaban la función de la “incivilidad” obligada a rever sus posiciones para mantener el control del dominio de la situación.

En lo posible durante una larga faz evolutiva la “incivilidad” utilizando sus medios sumió al ser humano en un proceso de “inmovilidad”, justamente destinado a evitar perder el control de la situación de dominio (a riesgo en manos de “cambios” de definir los propios peores enemigos de esa cultura).

En efecto en una prolongada faz evolutiva intermedia, la humanidad aparte de proveer a originar un escaso nivel de nuevos conocimientos (difíciles de obtener), configuró por propia convicción su forma de vida en un encerrada, hermética “inmovilidad” creyendo haber a disposición un mas seguro de-curso evolutivo.

Es indudable cuanto la posición de “inmovilidad” de parte de la “cultura de la incivilidad” constituyó en su momento, el mejor de los modos de afrontar y transcurrir el de-curso evolutivo (dominio asegurado en la estabilidad).

“Incivilidad” proyectada en el terreno de la “inmovilidad” siempre presente y actuante en modo dominante y por tanto de intervención directa en confabulaciones. “Inmovilidad” tan útil a los poderes de conducción beneficiarios directos (les permitía perpetrarse en el poder) como a la propia cultura, quien libre de molestas injerencias (cambios) también sentía mas segura y consolidada su privilegiada posición.

No obstante todos los obstáculos puestos en el camino por la “incivilidad”, el ser humano o mejor en la índole pura e independiente de su tendiente capacidad al “cambio” (elaborar y asumir un continuo camino en progresión), ha obligado a la nefasta cultura a elegir otro camino a la “inmovilidad” para continuar a proyectar su dominio.

El campo puro e independiente de adquirir conocimientos es un ámbito (quizás el único) donde la “cultura de la incivilidad”

jamás ha podido entrometerse,
excepto en sus efectos consecuentes
(el modo de ser utilizados o manejados).

No teniendo alguna posibilidad de controlar una de las esferas más puras del ser humano (tendencia y capacidad a adquirir conocimientos) la "incivilidad" advirtió la necesidad de ir al encuentro de uno de los pocos elementos indomables, no para atacarlo en primera persona sino para extender sus tentáculos sobre todo aquello derivado del mismo.

Pese a cubrir el casi total porcentaje de movimientos humanos (dominaba en todos los medios), la "incivilidad" comprendió la necesidad de adecuarse humildemente a sufrir un proceso de modificación en relación a cuanto los nuevos conocimientos, incrementaban el nivel de variables verificables en torno a las condiciones de vida.

En tanto la "incivilidad" si bien no podía actuar sobre el devenir de los conocimientos proyectados en su propio de-curso, lo hacía sin ninguna dificultad encaminándose a actuar sobre los planos consecuentes provocados por los mismos.

Bastaba dirigir la acción sobre las consecuencias o finalidades materiales (eran utilizados los conocimientos) para continuar a mantener el dominio de la situación. Simple y efectiva conclusión en tanto las maniobras productivas, comerciales, financieras etc. formaban parte de los ya regulares movimientos "inciviles" empleados por el ser humano en construir elementos de consumo.

Sin siquiera buscarlo la "cultura de la incivilidad" obligada por la constante e inagotable proyección de los conocimientos continuaba a ampliar su contexto operativo.

La "incivilidad" si bien con cierto disgusto
de sentirse obligada a un permanente adecua-
miento para seguir el recrearse de los conocimientos,
el todo le resultaba suficientemente compensado
por un continuo extenderse del propio campo de acción.

A mayor cantidad y progresión de los conocimientos, mayor crecimiento de elementos materiales, mayores variables derivadas de actividades organizadas en manos de una cada vez más poderosa "cultura de la incivilidad".

El crecimiento del campo de acción de la "incivilidad" en base a la progresión de los conocimientos transformados en bienes materiales de consumo, procuró incontables variables derivadas absorbidas por la invadente propia proyección cultural.

Tales circunstancias de expansión generó una incapacidad de parte de la "incivilidad" de haber la posibilidad de poseer el entero paquete destinado a incrementarse y de someterlo a un consuetudinario riguroso dominio (como el habitualmente ejercido).

A este punto vislumbro con su siempre presente sagacidad, la necesidad (para reafirmar su dominio) de re-dimensionar el nivel de "incivilidad" ejercida en la práctica, en función de la imposibilidad de poder tener bajo estricto control el

cumplimiento de sus rígidos preceptos.

Una actitud destinada no a demostrar condescendencia sino a ofrecer para obtener re-asegurar posiciones.

Con la nueva moderada actitud la “incivilidad” dominaba en un plano menos notorio y por ello proclive a ser combatida mas blandamente. Operando además en tal modo atenuó o mejor evitó una factible extrema tensión y puesta en muestra originada a partir de la masa de variables derivadas actuantes.

A interpretaciones poco prevenidas la “incivilidad” parece haber perdido a lo largo de su de-curso evolutivo el vigor de una cierta virulencia en el ejercicio de su dominante práctica, y a la luz de los valores demostrados al inicio parte de su bien definida cultura parece haberse diluido con el tiempo.

En realidad se ha fortalecido desarrollándose y expandiéndose adoptando nuevas variables de configuración y actuación (en lugar de disminuir han acentuado en extensión las condiciones de su dominio).

La “cultura de la incivilidad” ha cumplido al pie de la letra con los preceptos del de-curso evolutivo para asegurar proseguir en su dominante transito, dotándose de una dinámica funcional capaz de modificar (de acuerdo a las circunstancias ofrecidas por cada parte del trayecto) las características de acción.

Mecanismos de acción cuya fundamental función no respeta a ultranza el modelo original, pero refleja con cuanta fidelidad continúan a cumplir con su especifica finalidad cultural (incivilidad).

La prueba del modo desarticulado y negativo de los desenvolvimientos comportamentales, de convivencia y relacionales a todos los niveles realizados al interno de la humanidad, confirman con cuanta determinación la “incivilidad” se propone como decididamente dominante.

La capacidad de adaptar su dinámica funcional a la presencia de nuevas condiciones, ha permitido a la “incivilidad” contrarrestar los efectos de los conocimientos adquiridos.

Conocimientos cuyo fluido advenimiento en un momento de singular activación del “cambio”, es de considerar el único valido instrumento capaz de complicar la subsistencia de la “incivilidad”.

La “incivilidad” no continuando a permanecer “inmovilizada” en la gestión de su dinámica funcional, muy distinta en la actualidad de aquella abierta a exteriorizarse con reacciones instintivas propias de las manifestaciones primitivas; si bien siguiendo otros modelos no ha dejado de ejercitar sus negativos contenidos. Lo fundamental para ella es

cuanto no ha alterado en absoluto
el profundo y determinante nivel de influencia negativa
ejercitada como cultura dominante.

CAPITULO 5.

Exigencias solicitadas a la “cultura de la incivilidad” en la presente faz evolutiva.

Si casi en el entero trayecto evolutivo (hasta un siglo atrás) la “incivilidad” podía dar rienda suelta a sus propios deformados principios en las formas mas ásperas y crueles de los enfrentamientos humanos, en la actualidad no es factible lo haga de igual modo pues llevaría a una rápida destrucción del entero contexto. Contexto sobre quien podía desahogar sus mas instintivos aspectos negativos en facies evolutivas precedentes, dado el escaso progreso material. En los litigios bélicos el lento devenir del “progreso” en esos momentos en el campo de las armas, conducía a producir exterminios parciales (cantidad no comprometedente) de la componente humana un juego.

El progreso material actual adquirido no permite ya a la “incivilidad” desencadenar furiosas agresiones destructivas entre contraposiciones humanas, sin correr el serio riesgo de aniquilar por completo su presencia en el planeta.

Por ello y justamente la “incivilidad” se ha visto obligada a re-dimensionarse (moderar su modo de operar) para tratar de evitar catastróficas consecuencias. El proceso de re-adaptación moderadora del influjo de acción, no le impide continuar a dominar en forma determinante en todos los espectros, influenciando en el sentido de su negativa cultura el entero de-curso del devenir evolutivo humano.

Para continuar a ser en primera fila como modelo cultural, la “incivilidad” se ve obligada a cumplir con un exigente dispositivo dispuesto a regular su dinámica funcional, en modo de no generar excesos operativos re-conducibles a crear situaciones de posiciones extremas.

Por otra parte indirecta y subconsciente-mente la humanidad en los últimos periodos de la actual faz evolutiva en de-curso, ha tomado conciencia de la necesidad de controlar su tendiente predisposición (dominio cultural) a actuar en planos gobernados por una excesiva “incivilidad”.

La humanidad al haber a disposición peligrosos instrumentos de destrucción ha establecido la necesidad de poner limites a las expresiones mas representativas de la “incivilidad”, individualizando en parte en la presencia de la misma y en su efectiva función desestabilizan-te, un cuerpo cuya activa dinámica es de tener en particular atención y control.

Si bien no intencionada en algún modo a deshacerse de la “incivilidad” pues aun hoy no ha sido bien definida e identificada su nefasta y compleja función, la humanidad ha iniciado a establecer una cierta no suficientemente encuadrada diferencia entre la “incivilidad y la civilidad”, en cuanto a instrumento cultural de base aplicativo a las leyes generales de su desenvolvimiento.

Este advertir de parte de la humanidad del peligro originado en el tomar posiciones o determinaciones dotadas de extrema o instintiva “incivilidad”, condujo a la mayor parte de los mecanismos de conducción de los distintos “estados” a establecer un mas cauto ámbito de comunicación en el delicado contexto de las relaciones.

El reconocimiento individualizado de la “incivilidad”
no tenido en consideración precedente-mente
(ubicado en el contexto de factores negativos de aceptar dada su índole innata),
constituyo
un serio llamado de atención para la cultura dominante.

Llamado de atención percibido y madurado argumental-mente por la “incivilidad”, al interno de su siempre preciso y bien orquestado proceso de actualización verificado a lo largo del de-curso evolutivo.

Disponiéndose preventivamente y con gran sentido de anticipación, la “incivilidad” inicio a elaborar y a poner en ejercicio mecanismos destinados a cumplir con dos bien precisas y concomitantes finalidades, en la intención de proyectar la progresión de su dominio (continuar el transito del de-curso evolutivo en función del ser humano).

Por un lado a continuar a aplicar las condiciones de la propia cultura (irrenunciable posición de proyección de todas sus finalidades operativas).

Por otro dotar a su dinámica funcional de características en modo de proponerla sin ser fácilmente identificada, o mejor tratar de hacerlas confundir con otras formas no correspondientes con la suya.

Llegado un momento del de-curso evolutivo, el ser humano en algún modo había detectado en la “incivilidad” la extrema negativa influencia de su real rol, probablemente porque las circunstancias generadas por los conocimientos, el progreso material y la proyección de las consecuencias derivadas lo han llevado a ello.

Tal reconocimiento tempestivamente advertido por la “incivilidad”, la obligó a poner en juego los modificantes resortes necesarios a dar a la visualización de sus dinámicas una otra diferente posición operativa.

Evidentemente la “incivilidad” cuenta con demasiada experiencia
en su trato con el ser humano
(ha dominando su desenvolvimiento
a lo largo de todo el de-curso evolutivo),
como para ser destituida de su privilegiada posición
por una de las tantas accidentales circunstancias
presentadas durante el proceso.

En realidad el demostrar ser poseedor del poder absoluto no significa disponer

realmente de tan condición, solo factible de obtener cuando previamente todas las tramas dominantes se han tejido en las penumbras protectoras del anonimato.

Indirectamente sin alguna intención de intervenir en erradicar la “incivilidad” vigente y dominante, los “conocimientos y el progreso” primeros actores de la presente faz evolutiva, continúan a exigirle una constante re-dimensión de sus modelos y formas de acción.

Por otra parte las indicadoras exigencias de modificaciones promueven un permanente movimiento de desarrollo en el ámbito de la “incivilidad”, incrementando la capacidad de instaurar sobre si misma dinámicas funcionales cada vez mas eficientes o mejor mayormente refinadas.

Es justamente la proyección formativa hacia procedimientos de manifestación mas refinados, mas sofisticada-mente desarrollados en proponer mecanismos intrínsecos inmersos en mas vedadas intenciones, el ámbito aplicativo de la “nueva incivilidad”.

El desenvolverse dentro de un cada vez mas sofisticado contexto
hacen de la “incivilidad”
una cultura dominante altamente preparada,
a soportar los embates de un supuesto
imprescindible proceso de erradicación.

En realidad el someterse a exigencias de actualización (ella lo hace por propia determinación), la presentan en condiciones de provocar variaciones a sus sistemas de re-adaptación proyectándola a re-dimensionarse según las necesidades.

Evidentemente a este punto de su desarrollo evolutivo no se disminuye su prepotente dominio y mucho menos la finalidad ultima perseguida por la índole de la cultura (pre-valencia del modelo de “incivilidad”), poniendo en muestra sus mas claros y reconocidos modelos de acción.

En realidad las convencionales exigencias requeridas no resultan en algún modo argumentos suficientes, a implementar un ataque decidido a su persistencia en el ámbito del de-curso evolutivo humano (manifestada en su permanente presencia en los prevalen-tes trastornos y “disfunciones” por ella provocados).

Las exigencias surgidas sobre la “incivilidad” induciéndola a evolucionar son el producto de hechos circunstanciales emanados del proceso de de-curso evolutivo (conocimientos- progreso), no predeterminada-mente destinados a atacar frontal-mente para desterrar la dominante nefasta cultura.

Por otra parte si los factores indicados “conocimientos- progreso” han intervenido indirectamente en ampliar el campo de acción (nuevo ámbito de actividades de todo tipo) sedientas de moverse en la “incivilidad”, no son instrumentos de considerar de por si destinados a combatirla.

Si en algún plano han obligado los “conocimientos y el progreso”
a la “incivilidad” a re-dimensionarse,
ello no se verifica en el central apartado

de implementar medios para combatir
la nefasta acción negativa impuesta por su dinámica funcional
(siempre presente y pura en sus acepción mas esencial).

El “progreso evolutivo en modo indirecto la ha obligado a reconsiderar, modificar y atenuar las mas crudas reacciones exteriorizadas por su conducta. “Incivildades” puestas en juego con exceso de virulencia, al punto de llevar el plano relacional a riesgosos incontrolables extremos.

Incontrolables extremos de “incivilidad” en el plano de las relaciones en general imposibles de ser soportadas como tales en la actualidad (irascibles reacciones), capaces de procurar irreparables consecuencias al entero contexto humano.

La “incivilidad” no entiende hacer desaparecer al ser humano del planeta porque también ella seria arrastrada a tal fin.

Una inflexible “incivilidad” ensimismada con cumplir con su finalidad cultural (si las exigencias de “cambio” no se lo hacen presente) dispone del poder de conducir al ser humano a la extinción por su propia mano o mejor por mano de la “cultura” dominante.

En su nueva faz evolutiva la “cultura de la incivilidad” ha atenuado y re-dimensionado los tonos de su influencia para evitar conducir al ser humano a un rápido proceso de extinción, buscando convertirlo a partir siempre de ella misma en un proceso de mas lenta y penosa agonía.

Un proceso fundado en un continuo, progresivo, insensible y no percibido como indigno “degrado”.

La “incivilidad”
sin dejar de serlo en ningún momento,
ha adoptado intelectuales sofisticados modelos aplicativos
ciertamente por necesidad de actualización,
sin cuyo aporte
hubiera corrido el riesgo de ser seriamente combatida
(resta siempre la ultima posibilidad humana de darse
para proseguir un digno de-curso evolutivo).

La “incivilidad” en la nueva posición se ha desprendido de la vieja vetusta carga de presentarse bajo una versión extremadamente primitiva (inaceptable en esta faz evolutiva).

Adopta una maquillada transcripción asumiendo las mismas características esenciales pero demostrando hipócrita-mente no reconocerse en ellas.

Sus efectos en líneas son siempre los mismos: llevar a la humanidad a la propia extinción en tiempos mas o menos rápidos según la vieja versión instintiva y primitiva, o proyectar-la por el camino de un irreversible y creciente “degrado” alargando la agonía. Las consecuencias finales difieren solo en el tiempo.

Si ambos finales son de definir extremadamente indignos como sucede en un contexto humano dominado en todo su de-curso evolutivo de la “cultura de la incivilidad”, el segundo lo es aun mas del primero (prolongado el irreversible proceso de creciente decadencia sin ofrecer serias reacciones para combatirla).

Si la "incivilidad"
es un tipo de cultura tan innata
al punto de resultar imposible a la humanidad
separarse, deshacerse de ella,
su destino y su fin quedaran sellados
de la indigna consecuencia de no haber sido capaz de liberarse de ella.

La "incivilidad" se presenta preparada a superar todas las exigencias de modificación, sin perder con ello y en lo mas mínimo la capacidad de imponer (conservando todas las propias condiciones) las bien definidas lineas de su cultura.

La humanidad no debe confiar en su propia evolución
para convertir la "cultura de la incivilidad"
en un inofensivo instrumento,
dispuesto en un acto de sentido arrepentimiento
a ceder las armas de su dominio.

CAPITULO 6.

Incivilidad - Civilidad.

A la base del tipo de desenvolvimiento comporta-mental, de convivencia y relacional del ser humano se hallan las opuestas "culturas de la Incivilidad y de Civilidad".

La primera generada por la sollicitación de las factores instintivos primitivos y negativos de la interioridad, la opuesta esta representada por la cualidades positivas también existentes pero notoriamente menos desarrolladas de las antagonistas.

La "cultura de la incivilidad" se presenta
como la dominante del entero proceso evolutivo,
otorgando tales características
(mas exacerbadas o moderadas)
a la forma de vida de la humanidad.

Evidentemente la "cultura de la incivilidad" imperante y dominante es la mas escasa y carente de validas acepciones, al punto de haber llevado a la humanidad en su de-curso evolutivo, por un camino plagado de un continuo reproducirse de degradantes condiciones de transito.

La "cultura de la civilidad" se construye lenta y fatigosamente bajo el dominio de la antagonista no dispuesta a permitirle alguna intromisión en las decisiones mas importantes, y hasta el momento ha demostrado su capacidad de mantenerla al margen de toda posibilidad de alcanzar el poder dominante.

Los continuos cambios de la actual faz evolutiva han condicionado a la "cultura de la incivilidad" a exigir a si misma un bien ajustado re-dimensionamiento de su modo de proponerse.

En función de tal situación los movimientos destinados a dar nuevas formas aplicativas a la “cultura de la incivilidad”, la han impulsado a acercarse en algún modo (solo en superficial apariencia) a su antagónica “cultura de la civilidad”.

Tal determinación exigida por las circunstancias le permite tomar distancia de claras propias clásicas demostraciones culturales, de ubicarla en la posición de ser definida-mente considerada la representante de un modelo de desenvolvimiento humano de despreciar y relegar.

Si bien esta última apreciación es plenamente de confirmar, en tanto la humanidad y la misma “incivilidad” trajinen en la ambigüedad su tipo de influencia (por otra parte del todo dirigida en modo determinante en esa dirección cultural), lo fundamental de su parte es mantener el estatus bajo una forma más cauta en el implementar el ejercicio del dominio.

Las exigencias requeridas a la “cultura de la incivilidad” para continuar a dominar el modo de desenvolverse general del ser humano, es no superar el nivel de virulencia de ciertos planos de acción.

Para ello ha sido necesario limar asperezas surgidas de las propias motivaciones culturales, y re-dimensionándose suficientemente continuar a ejercer funciones (sobre siempre las mismas inmutadas bases de referencia), bien definida-mente destinadas a manifestar su “incivil” modelo de acción.

La intención es aquella de acercarse a tal punto a la “cultura de civilidad” en modo de confundirse con ella, sin perder o mejor incidiendo indirectamente con maniobras plenamente provistas de “incivilidad”.

1.) Condiciones en apariencia “civiles” pero de características opuestas.

El proceso de transfiguración de la “incivilidad” en esta faz evolutiva (para dar una nueva proyección a sus orquestadas maniobras), se está cumpliendo para ella bajo los auspicios de las mejores perspectivas.

La “incivilidad” vistiendo de una falsa civilidad sus movimientos al interno de los desenvolvimientos comporta-mentales, de convivencia y relacionales en general (sobre todo aquellos más comunes), construye un sólido andamiaje de sustento evolutivo a la propia cultura.

Interviniendo a nivel de base sobre factores aparentemente complementarios, llevando al terreno de la duda posiciones consideradas en algún modo esporádicos bastiones de “civilidad” (hace perder terreno a esa cultura y ganar a la propia), la “incivilidad” se propone en modo más moderado, diverso pero no menos eficiente en cuanto a los fines prefijados.

La “incivilidad” sin un abierto comportamiento de tal (como habituada a actuar en tiempos precedentes) interviene no en el sentido de proyectar visiblemente la propia cultura, sino socavando los frágiles cimientos ofrecidos de la cultura de la “civilidad” descomponiendo algunos de sus mas genuinos valores.

Por otra parte la función así estructurada y aplicada no se presenta vistosamente en sus vestes de “incivilidad”, pues resulta imposible proponerse de tal manera en la faz evolutiva actual.

En efecto resulta actualmente inaplicable aquella agresiva representación de orgullosa propuesta dominante, reconocida e identificada con la capacidad de ser portadora de una determinante fuerza de poder, para cuya proyección era preciso proponerse con las mas excelsas formas de manifestación.

Probablemente esa versión al centro de facies evolutivas precedentes (seguramente la “incivilidad” recuerda con profunda nostalgia), es de dejar archivada en el “pasado” porque no responde a las nuevas necesidades de actualización imprescindibles a la conservación del dominio cultural.

Si se hace referencia cada vez con mayor frecuencia a una siempre mayor búsqueda de “civilidad”, es preciso en algún modo adentrarse en la misma para luego desvirtuarla en forma tal de encuadrarla dentro de las propias negativas características.

La tarea de desvirtuar la “civilidad” no encuentra en el ámbito de la “incivilidad” grandes dificultades de inserirse, habiendo a disposición aplicativa la facultad de intervenir a modo de cultura dominante sobre todos los medios de acción humanos.

En realidad ya de algunas décadas la “incivilidad” ha iniciado el proceso de infiltración en el lábil y escasamente organizado campo de la “civilidad”, introduciendo la semilla de la duda al interno de sus posiciones conceptuales.

La “incivilidad” a la manera de las grandes corporaciones trata ya de tiempo de adquirir consenso subrepticamente, sobre la mas débil “cultura de la civilidad” accediendo a representar el falso.

Posteriormente una vez realizada la conjunción asumirá su nombre y se apropiará de todo el bagaje desprendido de su imagen, con la finalidad de someterla a la propia concepción.

La anónima y silenciosa tarea de la “incivilidad” en su escuálida finalidad de acercamiento a la “civilidad” para incorporarla a su propio cuerpo, constituye su prevalente actividad en esta faz evolutiva.

Probablemente la intención de la “incivilidad” sea aquella de transformarse en apariencia y superficialmente en “civilidad”, para apropiándose de la cultura opuesta asegurar así casi en forma definitiva el propio dominio (ausencia de concurrencia). Si ello se llevase a cabo indicaría la presencia de una indiferenciada degradada faz de involución cultural.

2.) Capacidad de mimetizarse de la “incivilidad”.

La bien definida intención de la “cultura de de la incivilidad”
(ya de tiempo se ha organizado funcional-mente
para sumir el control de aquella “civil”),
se traduce en un paulatino proceso de mimetismo
destinado a configurar las partes en un solo cuerpo cultural,
dispuesto a responder
a las propias nefastas motivaciones.

Respondiendo a una pre-ordenada disposición de los nuevos inciertos movimientos culturales en general (acuciados por un desencadenado revisionismo ponen toda gama de principios y fundamentos en constante discusión), la “incivilidad” propone sus desleales mecanismos dispersores para obtener succulentas ventajas de la situación.

Cuando los frágiles principios de la “civilidad” están en crisis porque ninguno se siente de afirmarlos sobre algún seguro plano (parecen deslizarse por una pendiente sin solución de continuidad), la “incivilidad” se propone como valido instrumento para rescatarlos y ampararlos bajo la protección de su solido, seguro dominante devenir.

Por otra parte bajo el proyecto de mimetizarse la “incivilidad y la civilidad” pueden considerarse en línea de máxima como distintas caras de una misma moneda.

Cada vez con mayor frecuencia
se atribuyen condiciones de “civilidad”
a configuraciones consideradas
en otros momentos plenamente “inciviles”.

Cuando por ejemplo (para relacionarse a un simple ámbito común) De Cubertain afirmaba lo importante es participar refiriéndose a los nobles dictados impulsores del deporte, todo el posterior de-curso evolutivo de este tipo de actividades ha conducido a considerar una “civil” consecuencia la obtención del resultado como emblemático signo de la finalidad de perseguir.

El caso presentado traduce una casi inconsistente variable interesada en cambio a enmarcar claramente cuanto la capacidad de mimetizarse de la “incivilidad”, incide para convertir una posición definida-mente “civil” en un híbrido, cuya real posesión (basada en aparentes justas razones) ha pasado en manos de la cultura proyectada a constituirse en monopolio dominante.

Así en el ámbito del deporte a los fines de la obtención del mejor resultado es factible en modo indirecto justificar “civilmente” (en realidad “incivil” en el modo de ejercitarse), la utilización de medios ajenos a los propios destinados a producir una mas eficiente Performance.

La “civil” (incivil) justificación es aquella cultural, es decir de índole personal no relacionada con la establecida por las reglas, destinadas justamente a encuadrar el proceso dentro de las normas.

Mas es preciso ajustar e incrementar las reglas
para controlar las lineas de conducta humana,
mas ello es la prueba de cuanto la “cultura de la incivilidad”
(en base no ya al instinto sino a supuestas razones)
prevalece en el modo de comportamiento humano.

La capacidad de mimetizarse de la “cultura de la incivilidad” en aquella de la
“civilidad” ha alcanzado tan alta perfección, de haber adquirido la condición de no
llegar a percibir por parte de quienes la practican la clara diferencia existente entre
una y la otra.

A este punto el riesgo de un dominio masificado de la “incivilidad” se convierte en un
hecho sin precedentes y extremadamente peligroso, capaz de justificar con la “lógica
de conveniencia” las mas simples alteraciones proclives a seguir el camino impuesto
por la cultura dominante.

El grave peligro para el devenir del de-curso evolutivo de la humanidad radica
precisamente en otorgar la plena justificación argumental a los hechos “inciviles”, en
modo de permitir incorporarlos en el mas extenso radio de acción de las aceptables
simples apreciaciones diversificadas (abarca un exterminado campo de desbastan-te
acción de la cultura dominante).

El proceso de “mimetizarse” de la “incivilidad en civilidad” llama con urgencia a la
humanidad a establecer un nuevo ordenamiento de la “cultura de la civilidad”,
proponiendo declarar honesta y abiertamente la invasión de campo de la
antagonista.

La “cultura de la civilidad”
por vía de las caóticas circunstancias presentes
es fácilmente convertible y confundible
con la “incivilidad”
(asegurando a esta última el mayor provecho).

A la “cultura de la civilidad” antes de continuar a constituirse en velo de protección a
la nefasta antagonista, es mas útil y digno a la humanidad declararse extinguida a
todos los efectos.

Al menos tal decisión colocara en manos de la humanidad la facultad de tomar real
conciencia de presentarse bajo el total dominio de la “incivilidad”, sin disponer en
realidad de alguna alternativa de oponer a la misma.

Es sumamente importante a la humanidad tomar plena conciencia de cuanto
disponer en la practica de una mediocre “civilidad”, significa ser plenamente
dominado de la “incivilidad”.

No existe la posibilidad de declarar a los hechos centrados mas o menos
configurados dentro del ámbito de la “cultura de la civilidad”, o lo son en el modo
mas completo o pertenecen a aquella de la “incivilidad”.

El mimetizarse de la “incivilidad en civilidad” se hace factible a nivel cultural cuando
durante el de-curso evolutivo, este ultimo versan-te pierde integridad conceptual, se

debilita al punto de ser invadido y distorsionado en su incumplida acción por un propio desgaste.

La “civilidad” agobiada en su imposibilidad de desarrollarse, de imponer sus principios sobre un antagonista proyectado a extenderse en nuevos planos de dominio, se presenta a la cita diferencial como un impotente espectador.

La humanidad a nivel de esfuerzo formativo
poco y nada ha intervenido en desarrollar la “cultura de la civilidad”,
dejando en manos de la “incivilidad”
el pleno dominio de todos los tipos de sus desenvolvimientos.

La humanidad incrementando un cierto menosprecio por la “incivilidad” la ha movido (para encontrar un mas placido campo de acción) a mimetizarse en la “civilidad”, complaciendo el deseo de vivir en este medio sin mínima-mente haber alcanzado el nivel necesario de considerarse dentro de ese plano cultural.

Llegado a tal situación evolutiva si el dominio de la “cultura de la civilidad” era una quimera de alcanzar, considerada actual y equivocadamente a portada de mano, en realidad es una entidad en desmantelamiento, casi inexistente.

CAPITULO 7.

La moderación funcional y las dinámicas diferenciadas un modo de re-actualizar el dominio de la “incivilidad”.

1.) La moderación como ficticio medio de sumisión.

La “cultura de la incivilidad” elabora y exterioriza sus manifestaciones en la actualidad siguiendo una línea moderada. No es un síntoma de debilidad sino de adecuamiento impuesto por circunstancias evolutivas, re-conducibles a los profundos “cambios” surgidos en todos los ámbitos humanos.

Si bien la “incivilidad” ha resistido a los “cambios en todos los tiempos tratando de inmovilizar las fuentes productoras, ha terminado con los sucesivos pasos evolutivos por ceder ante el impulso humano de continuar a recrear su forma de vida.

El acto de “crear y recrear” se encuentra profundamente arraigada en la naturaleza humana. Presenta una excelsa incomparable capacidad respecto a otros seres vivientes de “cambiar” y “mejorar” en continuación todos los contextos de su condición de vida.

Llegado un momento evolutivo el ser humano
comprendió y continuo a incrementar
su creencia
de cuanto la dominante “cultura de la incivilidad”
(dentro de cuyo ámbito se desenvolvía su entero proyecto),
atentaba notoriamente contra la posibilidad
de permitirle ulteriores “mejoramientos”.

Quizás a este punto evolutivo ulteriores complejos mejoramientos no serán factibles (corren serios riesgos de no concretarse), sin un completo y definitivo abandono de la escena de la dominante “cultura de la incivilidad”.

Cuanto sea difícil desprenderse de ella es una cuestión lindante al límite de lo posible.

Desterrar la “cultura de incivilidad” asume las características de una quimera de mejoramiento interior, tan lejana de alcanzar como fatigoso, lento, pleno de obstáculos, incierto en el tiempo necesario a transitar-lo, resulta el camino evolutivo.

En tanto para estimularse es necesario creer con convicción (ilusoria-mente) el haber dado importantes pasos hacia la conquista peldaño por peldaño de la cima de la escalera representada por una “cultura de la civilidad”. Intención en apariencia cada vez mas vecina cuando en realidad tan lejana como siempre (a considerar el determinante predominio de la “incivilidad” en sus formas mas progresistas).

La humanidad proyecta como deseo fantástico de inconmensurable valor disponer el entero cuerpo de sus desenvolvimientos en el ámbito de una dominante “cultura de la civilidad”, y como todo acto fruto de la imaginación supone erróneamente le sera consignado en forma de milagroso acontecimiento.

La “cultura de civilidad” se presenta
a nivel de acceso divino concedido,
por un lado como extremo esfuerzo de realizar
para eliminar propias negativas condiciones interiores dominantes,
por el otro disponer de un un dono
para ubicar en un primer plano aplicativo de espontanea recreación.

La “cultura de la incivilidad” observando la sintomática intención centrada en reducir la incidencia de su modo de acción negativo, de parte del ser humano en la actual faz evolutiva, ha disminuido premeditadamente la intensidad de su dinámica ofreciendo un imaginario panorama de crecimiento de la “civilidad” no realmente verificado.

El aparente fenómeno de mayores manifestaciones de “civilidad” en el desenvolvimiento humano en general, es en realidad de atribuir a una bien definida moderación (sin dejar de ser ella misma) en la dinámicas impuestas por la “cultura de la incivilidad”.

La acertada nueva disposición estratégica de la cultura de la “incivilidad” esta destinada:

Por un lado a mantener la posición dominante basada en una dinámica adecuada a las circunstancias.

Por otro promoviendo un mecanismo de acercamiento a la “civilidad” con la finalidad de mimetizarse en la misma.

La “incivilidad” ha comprendido la necesidad implícita en esta faz evolutiva, de pasar a constituir un tipo de cultura, proyectada a operar su dominio utilizando un planteo dinámico sustentado en el hecho de no proponerse en primera visible persona.

Las dominantes dinámicas propuestas por la “incivilidad” es preciso se proyecten en modo tan atenuado, contenido, de dar la impresión de encontrarse en una faz decadente, en modo de dejar de ser consideradas portadoras de tal cultura (falso mejoramiento en el sentido de la “civilidad”).

La humanidad aun practicando con cada vez mayor asiduidad “inciviles” mecanismos en sus desenvolvimientos, considerará a los mismos formar parte de aquellos “civiles” convenientemente adecuados, a ser asumidos como tales dentro de cierto nivel de transgresión.

Lo importante a la “cultura de la incivilidad”
no es perder exterioridad en su prestigiosa posición,
sino proyectar su dominio por los canales mas seguros
y ellos se verifican en el plano del anonimato.

La capacidad de la “incivilidad” de jugar a proprio arbitrio en el campo de la “civilidad”, es la consecuencia de su dominante posición en el campo del desenvolvimiento humano.

La supremacía le permite a la “incivilidad” manejar a voluntad y con certeza los mecanismos de regulación de sus propias dinámicas (moderando o reduciendo su frecuencia por ejemplo) en la absoluta seguridad en cuanto a los resultados de obtener en proprio beneficio.

Los riesgos de asumir aventuradas posiciones de ser aprovechados por la “cultura de la civilidad” para apropiarse de la situación resultan tan nulos como inexistentes. Sus dinámicas son de considerar al margen de poder dominar culturalmente una humanidad, demasiado habituada a desenvolverse en todos sus ámbitos en la “incivilidad”.

Cada adecua-miento de la “incivilidad” a las nuevas condiciones responde a un proprio re-posicionamiento de mejoramiento, destinado a consolidar la determinante vigencia del dominio cultural.

La “incivilidad” ha perfectamente comprendido
cuanto la propia “inmovilidad”
es el peor enemigo de su seguridad en esta actual faz evolutiva
caracterizada por el “cambio”.

Proyectando su devenir evolutivo en sentido inverso es decir modificando sus condiciones de dinámica funcional en relación a la sucesión de los advenimientos, la “incivilidad” ha hipotecado en su favor (asumiendo tal posición) el dominio de su cultura por otro prolongado de-curso evolutivo.

A este punto la humanidad solo puede desembarazarse de la comprometen-te y nefasta “cultura de la incivilidad” dominante, con un decido y convencido programado ejercicio quirúrgico de eliminación.

El tratamiento radical es el único medio con la capacidad de exportar un mal extremadamente arraigado y consecuentemente intima, estrechamente relacionado

con el ser humano (ha sido parte activa de su tipo de desenvolvimiento a lo largo de su entero de-curso evolutivo).

La "incivilidad" interviniendo en la actualidad con moderación, otorgando una modalidad mas equilibrada a las manifestaciones de la índole de su cultura, no significa el haber asumido características mas "civilizadas".

Simplemente modifica la forma de plantear sus dinámicas, sin alterar en algún modo la esencial naturaleza de sus finalidades.

Por otro lado resulta de particular gravitación cuanto la intención de perfeccionar el modelo operativo, signifique la plena firme determinación de continuar a dominar el campo cultural del desenvolvimiento humano.

Las medidas destinadas a mejorar el nivel de la propia Performance
acrecientan tanto la presencia
de propias seguridades del accionar "incivil",
así como las dificultades de un eventual intento
de desprenderse de su nefasto peso cultural.

2.) Las dinámicas diferenciadas en función de la propia proyección.

Las dinámicas diferenciales empleadas por la "incivilidad" (propone en modo diverso su modo de acción) responden a un programa de actualización proyectado a dar a la cultura un terreno de mayor general aceptación.

Habiéndose individualizado en el termino "incivilidad" las formas mas retrogradas y agresivas de la cultura, todavía presente en sus manifestaciones en el ámbito de las contradictorias relaciones humanas, resultan una modalidad de reacción no ya aceptada en sus extremas expresiones.

Por otra parte la pre-valencia cultural de la "incivilidad" en el entero ámbito de desenvolvimiento humano permite verificar sin ambages el hecho su dominante posición.

No obstante las justas re-vindicaciones culturales a su dominio expuesto por las manifestaciones mas extremas, la critica, el repudio hacia cierto tipo de expresiones negativas fundadas en el campo de la representación mas excelsa de la "incivilidad", han obligado a esta a modificar sus dinámicas de acción.

En el intento hasta cierto punto bien logrado
de superar impactantes contrastes destinados a destacar
con netas evidencias en los hechos
las características mas deplorables de la "incivilidad",
era necesario imprimir a las propias dinámicas
una dirección diferenciada
para evitar contraposiciones difíciles de controlar.

El eficiente programa realizado al interno de su propio devenir, condujo a la "incivilidad" a desdoblarse en dos planos con la finalidad en el tiempo de abandonar las variantes mas criticas, de considerar sino superadas (por principio la cultura no

reniega jamás de sus formas) fuera de época.

Justa determinación en relación con la evolutiva “impopularidad” adquirida al interno de la humanidad, respecto a las manifestaciones más extremas de la “cultura de la incivilidad”.

La variante intelectualizada de “incivilidad” surgida de los nuevos modelos de sus dinámicas diferenciadas, representan una significativa evolución en el activo de la cultura.

Las numerosas ventajas se centran en la posibilidad de introducirse en un tan extenso campo de acción como actividades humanas existentes, con proyección de crecimiento re-propuesta en continuidad.

Si bien poco restará de las manifestaciones destinadas a exteriorizar formas primitivas instintivas, lo importante a la “incivilidad” es preservar el contenido profundo de la cultura (de manifestar en diversificadas formas de desahogo).

El cumplir con la finalidad de preservar
el contenido esencial de la cultura
re-proponiéndola con dinámicas diferenciadas,
es el objetivo principal en torno a cuyo eje
gira el proceso de actualización de la “incivilidad”.

Dinámicas diferenciadas cuya intelectualizada versión permitirán intervenir sin provocar particulares resistencias en los siempre nuevos campos humanos de actividades.

La continuidad del dominante aporte cultural de la “incivilidad” al desenvolvimiento humano en general será aun bajo su control, en tanto permanezca erróneamente la idea de considerarla anclada a sus viejas y superadas primitivas características.

La “incivilidad” se ha proyectado en un completo acto de transfiguración, ofreciendo una tan distinta imagen de hacer difícil considerarla representación de esa cultura.

La capacidad de desdoblarse le ha permitido por un lado proponer la vieja imagen primitiva plena de excesos culturales, destinada fuera del tiempo a ser abandonada a su suerte, por otro a elaborar y poner en práctica dinámicas diferenciadas dotadas de una mezcla de “incivilidad civil” destinadas a abrir una nueva era de afirmado dominio.

PARTE III

REPERCUSIONES SOBRE EL CONTEXTO DE LA FORMA DE VIDA.

La incidencia del dominio de la “cultura de la incivilidad” repercute actuando en modo intersticial en todos los medios humanos (manifestaciones de índole comportamental, de convivencia y relacional).

El notable substancial incisivo desarrollo alcanzado en la elaboración y aplicación de sus dinámicas diferenciales permiten a la “incivilidad” tanto el pasar desapercibida, como por una mejor gestión de sus negativas funciones no ser involucrada (aunque interviene) en procesos regidos por esa cultura.

Si bien en su textura mas retrograda se ponen de manifiesto las siempre presentes, violentas y no poco frecuentes reprobables graves reacciones de contraposición, directa representación de sus raíces mas profundas inmersas en el primitivo ser humano; su forma de presentación actual ha asumido bien otras mas maduras formas.

En general por decir en el mas amplio espectro de los distintos niveles del desenvolvimiento humano, cumple con sus finalidades culturales proyectando sus modelos de insertarse en tal modo de no ser percibidos sus efectos como actos de “incivilidad”.

En el masificado ámbito general los efectos no son percibidos como “inciviles”. Las relaciones necesarias a la proyección de las líneas mas directas en el campo formativo y aplicativo de sus dinámicas, trazan sutiles y esfumados planos de la propia progresión.

La acción formativa y operativa de la “incivilidad”
en el extenso ámbito genérico del desenvolvimiento humano,
en estrecho contacto
con los mas simples vaivenes
comporta-mentales, de convivencia y relacionales,
configuran un amplio campo operativo en el desarrollo de la cultura.

El plano de acción ejercitado sobre las bases de proyectos del desenvolvimiento humano abarca todos los contenidos funcionales en ejercicio.

Tal determinante extensión de capacidad de intervención de la propia cultura, proyecta la practica de la “incivilidad” como modelo central en el desenvolvimiento de la forma vida de la masa humana.

La “incivilidad” se ha convertido en función del dominio asumido, en el principal (al mismo tiempo aparentemente inofensivo pero en realidad determinante) tácito, invisible enemigo de mayor relevancia de la humanidad.

La “incivilidad” se comporta como el mas clásico de los quinta-columnistas Surgiendo con cinismo del interno del ser humano complace sus factores negativos, llevándolo a desarrollar efectos útiles a crear una condición de “degrado” en el propio desenvolvimiento individual y colectivo.

La capacidad de la “incivilidad” de conducir al “degrado” asume importancia por la constante acción desarrollada y acumulada insidiosamente a lo largo del tiempo (y de particulares advenimientos asociados “progreso”). Tal condición prospecta proyectar a la humanidad a una propia auto destructiva posición.

La “incivilidad” influenciando
con los múltiples efectos generados
(propio ejercicio cultural)
el desarrollo del germen del “degrado”,
pone en juego un proceso
de descomposición, de des-articulación
de los desenvolvimientos humanos.

El dominio de la “incivilidad” intelectualizada y el “degrado” consecuentes derivados de los efectos por ella provocados, dotados de la capacidad de recrearse a sí mismos, invaden lenta pero progresivamente el tejido social hasta someterlo por completo a su aberrante dominio.

El dominio de la “incivilidad asociado al degrado”
carga a la humanidad
de un tan indigno desprestigio,
como penosas las consecuencias generales re-conducibles a tales efectos.

CAPITULO 8.

La “incivilidad” en el ámbito de las actitudes comporta-mentales.

En el amplio espacio reservado a las actitudes comporta-mentales, gobernadas, sugeridas y puestas en juego en modo espontáneo, son en general el producto de elaboraciones interiores dotada de prevalentes ingredientes de “índole instintiva”.

En sus estadios iniciales las actitudes comporta-mentales (primera infancia) resultan el producto de reacciones donde predomina la necesidad de comunicar deseos en modo instintivo.

En toda la faz de preparación a una adecuada utilización de las actitudes comporta-mentales es evidente cuanto las mismas inducidas por la pre-valencia del “instinto”, se desarrollan al interno de una “cultura de la incivilidad”.

En exteriorizar actos comporta-mentales
de tan diversa índole de una a otra persona
intervienen en modo directo además del propio “instinto”,
(también de individual configuración),
los factores interiores positivos y negativos.

Las instancias dispuestas a provocar una mayor reacción del “instinto” incentivan por afinidad intervenir en el proceso a los factores negativos dando lugar a la “incivilidad” a manifestarse.

Las actitudes comporta-mentales son de encuadrar en su desarrollo inicial (niñez) dentro de una inclinación a producirse en un campo cultural afín a la “incivilidad”.

Cuando no suficientemente sometidas a un proceso de educación las actitudes comporta-mentales se configuran según una continuidad evolutiva, dentro de un margen destinado a reafirmar y a acentuar su contenido de “incivilidad”.

Una de las fuentes iniciales a dar cuerpo al dominio de la “incivilidad” como cultura, esta firmemente radicada en actitudes comporta-mentales dejadas al libre albedrío del “instinto y los factores negativos”.

Ello prueba cuanto directo se presenta a la “incivilidad” el proponer su cultura. Tan “incivil” resulta el producto ser humano dejado crecer en el florido campo del instinto y de los factores negativos, de hacer necesario (cuando se ha verificado la nefasta influencia provocada por el contacto directo con ese tipo de cultura formativa), recurrir a mecanismos educativos destinados a regular los actos comporta-mentales.

Mecanismos educativos finalizados a regular imponiendo normas de comportamiento interesadas en permitir un mas adecuado contacto de relación humana.

No es del todo aventurado considerar al ser humano
(en cuanto a sus actitudes comporta-mentales)
ya desde un inicio
espontanea-mente dirigido
a asumir una natural predisposición a la “incivilidad”.

Las actitudes comporta-mentales en la actualidad ya fruto de un plausible proceso de educación, ya desde los primeros estadios de vida inhibidos en su desenvolvimiento (suficientes a liberarlos de la instintiva presión de la “incivilidad”); asumen esta posición cultural por una vía mas sofisticada.

También en este caso la “incivilidad” abordando caminos mas con-geniales con los tiempos, después de haber soportado los contenidos efectos de la educación comporta-mental (trató de disminuir su virulento dominio sobre ese aspecto), se proyecta hacia nuevas dinámicas funcionales.

Manteniendo aun vigentes la fuerza agresiva de las reacciones instintivas aun presentes en alta proporción pero sumamente criticadas, la “incivilidad” trata de llevar al terreno de la moderación aquella gran mayor parte de actitudes comporta-mentales, dentro de cuyo hábitat la humanidad teje los medios de su desenvolvimiento.

Las líneas del buen o correcto comportamiento enmarcadas por las formas educativas ponen una seria gama de limitaciones a la “incivilidad”. No obstante ello, resulta aun muy amplio el margen de acción demostrado por ella claramente a nivel de los actos comporta-mentales.

Las medidas educativas sirven en cierto modo a contener, controlar y a articular un mejor modelo comporta-mental.

El modelo formativo convencional familiar y escolástico
se presenta insuficiente a la cita de ubicar

en un razonable terreno de equilibrio
(civilidad- incivilidad)
el desenvolvimiento de las actitudes comporta-mentales.

Los impulsos manifestados con regularidad por todo tipo de reacciones regidos por el “instinto” y los factores negativos en conjunta función operativa, continúan a proponerse en un aceptado dominante plano de “incivilidad”.

Las actitudes comporta-mentales respondiendo a los requerimientos de las medidas educativas han reducido la entidad de las manifestaciones mas abiertamente “inciviles”.

La “incivilidad” ha respondido adecuándose a una condición mas acorde con una evolución de los propios mecanismos. No obstante ello en general sus motivaciones permanecen ancladas o mejor estrechamente relacionadas a un retrogrado invariado modelo de reacciones de base de ese tipo.

En realidad las finalidades de la educación convencional cubren en el campo de la “incivilidad” comporta-mental una relativa, irrelevante función formativa, reduciendo su acción a una formal instrucción en base a principios retóricos fundados en elaborar una elemental condición de convivencia.

El cumplir eficientemente con una función educativa formal significa también intervenir con significativa coherencia sobre los problemas generados por la “incivilidad”, y particularmente aquellos creados en el campo de las actitudes comporta-mentales (en ellos se reconoce la substancial, profunda presencia de tal cultura).

La disminución o incremento de la virulencia de las manifestaciones de “incivilidad” en el ámbito comporta-mental, parecen en parte oscilar cíclica-mente asociadas a las condiciones de estabilidad o inestabilidad atravesadas por una sociedad.

Seguramente el pleno dominio de la “incivilidad” en el tramite comporta-mental es tan evidente en el ámbito social de poder asumir ambas faces de su forma de presentarse, ya se trate de aquella mas primitiva o de la mas intelectualizada, proyectadas a transformar (dotando de cierta lógica de conveniencia) actitudes incorrectas en correctas.

La permanencia en actividad de formas comporta-mentales abiertamente “inciviles” se mantienen en ejercicio en tanto la cultura, no encuentra ningún obstáculo o llamado de atención indicativo a modificar el modelo de las manifestaciones (moderar-lo notoriamente).

En el ejercicio de sus funciones la educación convencional ha nivelado en progresión de relativo mejoramiento, las actitudes comporta-mentales en el plano elemental general.

Ello significa el haber llevado a un terreno de menor disparidad, las bases mas condicionadas por una extrema manifestación de “incivilidad” comporta-mental y

aquellas dotadas de un mas alto nivel de correcta gestión de la misma.

Tal relativo o hasta cierto punto irrelevante mejoramiento de las dinámicas de comportamiento, resultan de tan escasa incidencia de suscitar en la “cultura de la incivilidad” solo mínimas modificaciones en los modelos aplicativos (no afectan el ejercicio de su dominio).

Las generalizadas claras “inciviles” actitudes comporta-mentales no parecen llamar a discusión a la humanidad respecto a sus deplorables consecuencias, probablemente porque demasiado extendidas y practicadas al punto de ser consideradas tipos de manifestación del todo naturales.

En el particular ámbito del comportamiento
la humanidad exhibe una tan infinita gama
de manifestaciones sustentadas en la “cultura de la incivilidad”,
de resultar imposible
cuantificarlas y encuadrarlas en algún modo.

Es posible definir al contexto de desenvolvimientos de los “comportamientos” como una inextinguible fabrica de siempre nuevos tipos de “incivildades”.

Mas se amplia el campo de actividades y funciones,
mas los contactos humanos
se entrecruzan en mil modos de interacción,
mas los comportamientos “inciviles” fructifican en continuación
bajo la atenta y satisfecha mirada de la cultura dominante.

Las actitudes comporta-mentales por sus propias características por un lado de espontanea, improvisada forma de exteriorizarse, por el otro producto de bien orquestadas maquinaciones, abre las puertas a las mas variadas formas de manifestaciones de “incivildad”.

Tipos de “incivildades” las comporta-mentales de ser practicadas con tal espontánea instintiva reacción habitual, de constituir una entidad cultural a cuyo utilizo se es tan irresistiblemente aficionado al punto de no poder prescindir en algún modo de ella.

El dominio de la “incivildad” en el terreno comporta-mental se sustenta en tan arraigadas raíces, de constituir uno de los mas representativos bastiones de la cultura.

No importa cuanto los comportamientos se presenten como el producto de la corrupción, del degrado, de trufas, de engaños, de equívocos contratos a la base de ilícitos de todo tipo, de estratégicos y deplorables cambios de posición, de soporte a protección de bajos propios intereses, o tergiversan-tes normas para aprovechar de ventajosas consecuencias, etc. etc. Vista la no percibida presencia de la “incivildad” no es finalmente ella la responsable del caso sino las personas.

En realidad las personas son intermediarios
de un medio dentro de cuyos aspectos
se desenvuelve su forma de vida.

El medio verifica sus actitudes a partir
de los tipos de comportamientos dominantes
y en estos es preciso identificar
los efectos provocados y traducidos en “inciviles” secuencias.

La persona es una entidad con tan múltiples facetas de considerar in-aferra-ble e indefinible.

Sus comportamientos hechos concretos demostrativos de la naturaleza y características de la cultura de proveniencia.

La bien definida inclinación de las actitudes comporta-mentales a plantear su configuración funcional dentro de la dinámica impuesta por la “incivilidad”, las ubica decididamente bajo el total dominio de esa cultura.

El dominio y pertenencia sobre las actitudes comporta-mentales
nace
de las “primitivas inciviles”
condiciones de partida,
radicada, madurada y desarrollada
en las mil esfuma-turas
ofrecidas
por la facetas negativas de la interioridad humana.

Las actitudes comporta-mentales bajo el pleno dominio de la “incivilidad” constituye uno de los motores trajinantes de esta cultura, y por ello de considerar uno de los polos mas importantes en la configuración del poder de la misma.

Si las actitudes comporta-mentales son la directa exterioridad de los modelos de desenvolvimiento humano (el ejercicio de los hechos se transmite en todos los campos), es preciso reconocer la absoluta preeminencia y dominio de la “incivilidad” sobre cualquier otro tipo de cultura.

No importa si los comportamientos son el fruto de improvisas, espontaneas instintivas expresiones o reviradas elaboraciones surgidas tanto unas como otras de la interioridad, lo cierto es comprobar cuanto tan directo mecanismo de comunicación es dominado por la “incivilidad”.

Si los comportamientos inciden en modo decisivo sobre la configuración de la forma de vida de la humanidad, resulta de fundamental importancia destacar cuanto necesario o mejor imprescindible es encontrar la vía adecuada a extirpar a la “cultura de la incivilidad” el poder sobre tan fundamental instrumento.

Las actitudes comporta-mentales
directos y vitales intermediarios
de la compleja configuración humana,
expresan
bajo el pleno dominio de la “incivilidad”
un contexto interior
dispuesto a generar elaboraciones,
aun extremadamente legadas e influidas por esa negativa cultura.

CAPITULO 9.

La “incivilidad” en el ámbito de convivencia y relacional.

Los mecanismos de convivencias y relacionales presentándose estrechamente vinculados a los comporta-mentales propios de cada uno y unidos entre ellos por el cordón umbilical del medio “instintivo”, también reciben la dominante influencia de conducción de la “incivilidad”.

No obstante tan intimo contacto tanto de la convivencia como del relacionarse con el tipo de comportamiento, por el solo hecho de pertenecer a entidades fuera de la persona responden al de-curso evolutivo tratando de establecer distancias respecto a la “incivilidad”.

En efecto la “incivilidad” presente en las manifestaciones de una persona (comportamiento) es mas claramente detectada por otra que por ella misma. En tales condiciones la “incivilidad” adquiere mayor visibilidad y en una faz evolutiva erróneamente dispuesta y proyectada a generar un mayor estado de “civilidad” en general, los contactos personales asumen características particularmente tendientes a proponerse a seguir la dirección opuesta.

La “incivilidad” en estos dos apartados
se ha visto obligada a re-dimensionar sus dinámicas
para re-ubicarlas dentro del nuevo contexto,
con la misma finalidad de acción
pero remitiéndose a mecanismos mas sutilmente intelectualizados.

El modo de proponerse actuante pero aparentemente no presente, corresponde con el nuevo tipo de maniobras discriminadas por la “incivilidad” para pasa de un estado de dominio activo a otra pasivo, sin perder algún atributo en el cumplir con sus finalidades culturales.

1.) “Incivilidad” en el ámbito de la convivencia.

Se encuadra arbitrariamente dentro de este apartado el directo contenido humano establecido en el contexto familiar.

En el terreno de la convivencia notables aparecen las modificaciones surgidas al interno del grupo familiar en esta ultima faz evolutiva.

Durante la prolongada faz evolutiva precedente signada de inmovilidad cultural y material (escasa capacidad de progreso) la configuración al interno de la familia permaneció en su segura estabilidad de proyección, dentro de una orgánica configuración.

La estabilidad del orden establecido al interno de la familia
no significó en algún modo liberarla de la “incivilidad”.

Al interno de su ámbito se desenvolvían
las diversas posiciones personales
encuadradas dentro de la dominante cultura.

En el campo de los roles de decisión al interno de la familia, esta se presentaba en las faces evolutivas precedentes regida por bien definidos principios destinados a facilitar la convivencia (no a rendirla mas "civil").

Los principios establecidos eran rígidamente seguidos por todos los miembros y aceptados pese a la "incivilidad" del sistema implantado, como un necesario dogma de respetar para dar un sentido de unión al grupo.

El "incivil" sistema se propone probablemente amplia-mente justificado a los fines destinados, similares a los empleados por la asociada conjugación "instinto - factores negativos interiores" como imprescindible cultura extrema de ser aplicada necesariamente en su primitivo momento evolutivo.

En el caso del instinto primitivo inicial para asegurar la sobre-vivencia de la especie, el grupo familiar para mantenerse compacto se estructuraba según un riguroso esquema de configuración, en modo de controlar individualidades con propensión a dejarse conducir por abierta, agresiva o extrema "incivilidad".

La disposición y función de los miembros de la familia
sometida en las faces evolutivas precedentes
a escasas variaciones.
Surgidas de la casi in-variada textura de la forma de vida,
adquirió una estructura estable en cuanto a la ubicación
de cada miembro al interno de la misma.

La rigurosidad en el ejercicio del ente familiar facilitaba el control en función de grupo. Reinando al interno de las diversas realidades una alta dosis de "incivilidad" instintiva la adopción de tal actitud resultaba el único medio para mantener presente el sentido de unión.

El sentido de unión descansaba en su mayor porcentaje en la severa obligación tomada por cada una de las partes en cumplir con su función dentro del grupo. Sacrificio justificado en la necesidad de configurar la adquisición por un lado de la capacidad conjunta de sobre-vivencia, por el otro de un propio y entero respeto del grupo.

La extrema "incivilidad" rectora de la configuración familiar en las ultimas faces evolutivas precedentes, parecen por par-adoso presentar en algún modo un indice de "civilidad" mayor de aquella propuesta en la actualidad.

El continuo modificarse del escenario
ofrecido por las condiciones de la forma de vida
bajo todos los aspectos
(culturales, materiales etc.),
ha llevado al grupo familiar a ser embestido
por una tempestuosa tormenta
de infinitas sutiles partículas de "incivilidad".

Una tormenta destinada en sus efectos inmediatos a desordenar, dislocar, desarticular modelos precedentes sin proponer otros mas validos o al menos

concebidos por algún lógico ordenamiento.

El ámbito familiar se encuentra expuesto a soportar continuos cambios de frentes culturales, guiados por una desencadenada "incivilidad" (ha individualizado en este terreno un exterminado campo de acción a su variante "intelectualizada").

Los conceptos de formas de configuración de la estructura y función familiar se modifican según "inciviles" premisas de conveniencias del momento. Las apreciaciones actuantes sobre la configuración familiar surge de las mas variadas e interesadas índoles personales y giran como enloquecidos molinos a viento, haciéndolos crujir peligrosamente y en repetición con sus siempre nuevos "inciviles" contenidos.

Las familias sujetas a continuos cambios
destinados a modificar roles de las partes,
nuevas condiciones de la forma de vida,
expectativas surgidas en el campo del mejoramiento material,
se sienten bombardeadas por un enjambre cada vez mas complejo
de "inciviles" consecuencias.

El dislocado enjambre aparece inmerso en aparentes lógicas prerrogativas provenientes de todos los frentes. Emanan ininterrumpida-mente de las múltiples personales "incivilidades" presentes en el campo familiar.

En el ente familiar cada parte integrante se siente autorizada a considerarse el centro de la atención y no parte de un grupo a cuya común, fundamental razón de pertenencia es preciso ceder el cetro mas importante.

Cuando al interno de una familia las problemáticas individuales prevalecen sin encontrar soluciones adecuadas a mantener la cohesión (aun avalado por todas las razones lógicas) respecto a los intereses humanísticos del grupo, la "incivilidad" domina en ese ámbito.

La "incivilidad" desarrollando su variante intelectual
y valiéndose de un hábil subterfugio
ha convertido el viejo modelo aplicado a las familias
de las faces evolutivas precedentes,
en uno actual
mucho mas sofisticado y al mismo tiempo adapto a desarrollar su cultura.

La "incivilidad" se presenta actuando en el ámbito familiar según un modelo actualizado, con una notable posibilidad de extenderse en ese campo a un plano de mayor difusión de su práctica cultural.

Interviniendo decidida y en plena aceptación de las partes en el terreno familiar, la "incivilidad" ha dado un importante paso de proyección hacia nuevas formas de manifestación.

Formas de manifestación de considerar taxativamente premonitorias de nuevos éxitos aplicativos.

Considerando la entidad familiar el centro de la formación cultural a la forma de vida, actuando sobre todos los ámbitos de la misma (abuelos, padres madres, hermanos tíos, sobrinos etc.) la “incivilidad” toma posesión de un bastión fundamental para asegurar su dominante permanencia en el contexto humano.

El grupo familiar habiendo y siendo aun sometido
a profundos cambios estructurales y funcionales
es dejado a su propio confuso devenir,
y por ello terreno fértil al desarrollo de las mas diversas
formas de “incivilidad” al interno del mismo.

La familia huérfana de un adecuado proyecto basado en profundos, pacientes análisis y estudios evaluadores, seguidos de una bien definida programación de ordenado de-curso evolutivo, se mueve como una nave a la deriva sin destino determinado.

Desestimando o peor ignorando el irregular de-curso en transito, la familia en plena faz de desorientación no atina a establecer el mejor camino a seguir (como la importancia de la entidad del desorden lo reclama o mejor exige). Así la humanidad pone en manos de la “incivilidad” apoyada en una suntuosa bandeja de plata, su mas preciada joya de inestimable valor.

En el desvaído ámbito de la familia la “incivilidad” empleando su variante intelectualizada ha obtenido un portentoso resultado. Ha trastocado con falsas, aparentes medidas de “civilidad”, una su bien dominante presencia en una innumerable cantidad de pequeñas dosis de no percibidas pero existentes propias formas culturales.

Justamente también la familia en su de-curso evolutivo impone el aceptar cambios en relación con la trascendente faz en ejercicio. En concomitancia con el necesario desarrollo evolutivo este ámbito no es en grado de guiar su propio mejoramiento (como ocurre con la mayor parte de aquellos centrados sobre los juegos de la interioridad humana).

Cuanto la configuración de la familia
necesite cambiar para adecuarse a las nuevas condiciones de vida,
es tan cierto como totalmente imposible requerir a ella misma
lo concrete en el mejor de los modos
a partir de un propio “incivil” ordenamiento.

2.) “Incivilidad en el ámbito “relacional”.

Se encuadra dentro de este titulo todo tipo de contacto relacional entre personas o grupos en su infinita gama de motivaciones.

Las “relaciones en general” comprenden entre otras aquellas regulares entabladas en el ambiente de las distintas actividades productivas, de trabajo de todo tipo, de recreación etc. y las accidentales surgidas de las circunstancias.

La mayor parte del contexto “relacional” responde en algún modo a aquellas

vinculadas a razones de sobre-vivencia económica (trabajo) distribuidas en una innumerable cantidad de actividades destinadas a cubrir otras tantas variables de exigencias productivas, comerciales, de intermediación de todo tipo (oferta y demanda).

En estas multiplicidad de “relaciones humanas” de las mas variadas características, las mismas se entrelazan dando lugar a un intrincado tejido. En este contexto la “incivilidad” juega un activo papel si bien sometida a un severo control (instintiva desconfianza).

La “instintiva desconfianza” es un espontaneo acto defensivo de índole “incivil” destinado a evitar ser receptor en el proceso de introducción de una relación, de algún tipo de manifestación de la contra-parte proveniente de ese mismo tipo de cultura.

Una lucha en común claramente demostrativo de cuanto la “incivilidad” en sus mil diversas formas se presenta en el campo de las relaciones humanas, invadiéndolo en modo tal de proyectarse sin dificultad de admisión como cultura dominante.

La intención de obtener ventajas o propios beneficios de un cuidadoso desarrollo en el intento de relacionarse, no son la mas de las veces el producto visible de una “incivil” predeterminación (como realmente resulta en conclusión).

Mas bien va considerada lógica consecuencia de hechos funcionales (trabajo), y se apoya en la convicción de no demostrar en la transacción la presencia de un acto perteneciente a esa cultura (aun cuando al centro de la finalidad de obtener).

En el difícil tramite de “relación laboral” también y a un casi imperceptible paso de distancia del caso anterior, se propone la preventiva “incivil” actitud de lucrar deshonestamente mediante su uso como imprescindible justificado medio de subsistencia.

En el delicado ámbito de las “relaciones” muy sutil resulta el limite diferencial entre la “incivilidad” o la proyección de la misma, y las justificadas dudas nacidas de la frecuente posibilidad de reconocer posteriormente en la contra-parte ocultas manifestaciones pertenecientes a esa cultura.

Surgidas con el tiempo en el ámbito de la relaciones fuentes incontenibles de una masa de contrapuestas “incivilidades” (no puestas en juego si no llegadas ciertas circunstancias para exteriorizarlas), es una clásica condición de la cultura dominante en continua recreación.

Cada nueva “relación” entablada se propone, como una incógnita de develar y el no ofrecer directamente la plena predisposición a concretar-la (conservar una cierta distancia inicial). Tal dualidad demuestra claramente cuanto la “incivilidad” domina este campo.

Es tan nutrida la gama de “incivilidades” descargadas en el ámbito “relacional” de convertirlo en un recipiente de las mas contrastadas actitudes comporta-mentales. Actitudes surgidas de todo tipo de reacciones creadas en torno a insanables

discusiones o terminadas en violentas rupturas.

El ámbito “relacional” continua a presentar vestigios de “incivilidad extrema”, pues sujeta a originar reacciones muy cercanas a provocar manifestaciones de la cultura de directa proveniencia del “primitivo instinto”.

No se distancian en su ejercicio de índole primitiva
los sentimientos de odio, venganza, rencor, envidia etc.
profundamente arraigados y desarrollados a partir de hechos “relacionales”
donde la “incivilidad” ha jugado y continúa a hacerlo
las mas extremas cartas de su cultura.

También en el ámbito “relacional” la “incivilidad” tiene la oportunidad de presentarse bajo sus dos faces, aquella clásica primitiva refulgente en todo su esplendor y la intelectualizada dirigida a proponerse en un plano mas evolucionado.

La “incivilidad” presenta su forma actualizada intelectualizada en el ámbito “relacional” proponiendo un modelo notablemente desarrollado. Interviene tan indirectamente sobre la situación observada de pasar totalmente desapercibida.

Utilizando los medios actualmente a disposición dirigidos a consolidar la importancia de la exterioridad como contexto destinado a definir las características de las personas, la “incivilidad” en un acto de gran capacidad analítica a decidido activar su dominio en el campo “relacional” apoyándose en el desarrollo de la “superficialidad” en los contactos humanos.

La “superficialidad” considerada como el opuesto a la calidad resultante de la relación humana, propuesta según una intención de profundidad en entablar la misma (con las ricas consecuencias de ello derivadas), constituye un exquisito plano de “incivilidad” destinada a presentar a la cultura en veste sublimada.

Ciertamente lógica aparece la posición de la “incivilidad”
de identificar en al banalidad un esencial actual aliado.
Justa elección
dada la presente decadente “superficialidad”
de la humanidad en afrontar
buena parte de sus problemáticas,
extendida o mejor originadas
en el modo de relacionarse de las personas.

Porque cuando en el ámbito de la “relación” cada una de las partes, se propone según superficiales estereotipos construidos a partir de escuálidas banalidades, presentándose a dialogar eludiendo o no siendo capaz de abordar algún solido contenido, la “incivilidad” adquiere las precisas características de “superficialidad”.

Otro modelo de “incivilidad relacional superficial” es aquel destinado a proyectarse concediéndose en gestos de aproximación aparentemente desinteresados y generosos, pero no dispuestos en realidad a involucrarse en algún contacto en profundidad.

Bajo el influjo de la “superficialidad” el acto “relacional” carece de los mas elementales valores humanos para ser considerado “civilmente” concebido.

Por el contrario
el hecho relacional profundo constituye
un estupendo medio para complementar las partes
y hacer crecer enriqueciendo
el mutuo caudal de valores conjugados.

Finalmente un modo práctico y directo de comprobar cuanto la “incivilidad” domina el campo “relacional” es hacer referencia a la inconcebible, no cuantificable mole de personas en tramites legales (luchas de contraposición judicial extendidas a infinitas diversa cuestiones), para afirmar según cada una de ellas propios justos derechos no reconocidos por la contra-parte.

3.) Conclusiones.

El de la convivencia y el relacional en general, constituyen dos apartados pertenecientes a la configuración humana de considerar intensamente sometidos al ataque de los nuevos modelos de “incivilidad”.

Estos ámbitos se presentan debilitados a partir de las escasas defensas actuadas por los medios educativos convencionales, seguidos del permanente tambalear de las propias convicciones y de la inobservancia de los principios cardinales a la indiscutida base de ambos apartados.

Los principios seguramente se presentan
necesitados de ser radicalmente actualizados
(probablemente transformados).
Es de evitar se propongan en uso espontáneo
“incivilmente” desnaturalizados,
sin alguna intención o posibilidad de hacer efectivo
un ordenamiento mas suficiente y eficiente a las nuevas necesidades.

Uno y otro campo (de convivencia y relacional) a merced de las nuevas formulas de “incivilidad” ni siquiera mínima-mente detectadas en su modalidad de progresión, proyectan el todo en una lánguida decadencia impregnada de nostálgicos y a este punto inútiles valores.

Valores de considerar no reconocidos ni transformados o mejor sin alguna intención de reconquistar o de re-dimensionarse orgánica-mente a partir de ellos mismos. Las partes en juego (convivencia-relacional) se hallan demasiado interesadas en dar rienda suelta al aceptado libertinaje de sus medios, fácilmente re-conducible (por comodidad y egoísmo) al tolerante imperio de la “incivilidad”. Porque también es síntoma de clara y definida “incivilidad” seguir propios intereses acomodados a fatuos deseos hasta convertirlos en justas lógicas necesidades.

No aceptar el sacrificio de reconocer la obligación de educarse a actuar en los distintos campos (de convivencia, relacional etc.) para hacerlo en el mejor modo posible, respetando lógicas normas de ajustamiento aun bajo el plano del sacrificio,

conduce a los aspectos tratados a la decadente situación de una siempre mayor condición de degrado del sistema.

Evolución no significa sistemáticamente mejoramiento si no es encuadrado con la suficiente sacrificada capacidad de obtenerlo.

La supuesta "civilidad" alcanzada
en los campos de convivencia familiar y relacional,
es un mero espejismo en el desierto
(cuanto mas cercano se halla en apariencia
mas incierto se propone su existencia).

El espejismo de falsa "civilidad" con el cual la "incivilidad" camufla el trayecto evolutivo de "convivencia y relacional", además de confirmar el propio dominio cultural da lugar a una peligrosa encrucijada donde se juega el destino de la humanidad (es necesario tomar rápida conciencia).

La "incivilidad" actuando en el genuino y límpido campo de las reacciones e insiriendo al mismo tiempo dispositivos destinados a provocar el "degrado" al interno de las partes en juego (convivencia- relacional), llama a ultimar decididas medidas defensivas.

Es preciso establecer una muy bien definida diferencia entre modificar como justamente exige la evolución, para "mejorar" las dinámicas y los mecanismos de las condiciones de la forma de vida existente, y otra muy diversa aquella de proyectar desintegrar las líneas de "convivencia y relacional" en manos del camino predispuesto por la "incivilidad".

Entre modificar para mejorar
y hacerlo para desintegrar lo existente,
sumiéndolo en un creciente "degrado"
dominado de la "incivilidad de la superficialidad",
esta de por medio una digno o indigno de-cuso evolutivo humano.

Ser en algunos aspectos en mano de la "incivilidad" es en esta faz evolutiva tan peligroso, como jugar desaprensiva-mente con un arma de fuego sin conocerla ya dispuesta a disparar.

CAPITULO 10.

La "incivilidad" en el ámbito de los medios de organización y conducción social.

La tarea de la "incivilidad" en la actitud de mantener su dominio sobre los campos de organización y conducción social, se ha visto facilitada por una cierta "inmovilidad" del contenido ideológico de esos campos en su de-curso evolutivo.

La "incivilidad" ha incrementado su dominio sobre esos ámbitos a partir de la adopción de propias iniciativas y también a causa de un natural proceso de

envejecimiento, de degrado, de los ordenamientos mantenidos en función.

En tanto el resto de las componentes operativos en el hecho evolutivo (progreso material) crecían y se desarrollaban a lo largo del de-curso del proceso, solo tentativos con parciales incompletos resultados en el tiempo son de considerar las aventuras ideológicas presentadas en los distintos campos de organización y conducción social.

En el campo del poder de decisión político, económico, comercial, productivo, financiero, el dar lugar a nuevos modelos tropiezan con serios obstáculos frenados por los fuertes intereses en juego (“inciviles contraposiciones”). Los importantes intereses en juego de todos los ámbitos y naturaleza temen cuanto los esenciales “cambios” en los ordenamientos funcionales (necesarios a adecuarse a las nuevas condiciones evolutivas), se revelen un instrumento capaz de romper el ya inestable equilibrio dinámico de las diversas partes.

Por otro lado el permanente aumento de la gama diferencial imperante entre el impulso de los nuevos advenimientos innovadores y la “inmovilidad” de los órganos de “organización y conducción”, propone un nivel de desequilibrio consecuente a un irregular estado de dominante “incivilidad” en el contexto de las mas útiles radicales decisiones de tomar.

La “incivilidad” aprovechando de la “inmovilidad”
en el desenvolvimiento de los medios
de “organización y conducción social”
(afianzada al interno de los mismos),
simplemente
se ha ocupado en degradar los sistemas para mantener su dominio.

Los sistemas de “organización y conducción social” (político, económico, comercial, financiero etc.) esencialmente inmovilizados en su configuración (escasas e irrelevantes las formalmente definidas actualizaciones), tal como sucede sistemáticamente con todos los ordenes naturales implementados en una sola y bien definida línea de proyección, envejecen cayendo en el desuso.

Envejeciendo en la “ inmovilidad”, al interno de los medios de organización y conducción se consolidan e incrementan “inciviles” mecanismos inevitablemente siempre presentes, conduciendo lenta pero seguramente a una condición de creciente “degrado” del entero contexto.

En tales circunstancias la “incivilidad” bien sabe cuanto la “inmovilidad” de un sistema es el mas fecundo aliado a asegurar su pleno dominio.

La tarea de la “incivilidad” se centraliza en mover sus cartas al interno de los medios de “organización y conducción” para promover la primordial convicción: cuanto importante resulte mantener la inmovilidad en la esencialidad del sistema.

La “incivilidad” seguramente permitirá
sin presentar mayores obstáculos
modificaciones de adecua-miento

totalmente complementarias e irrelevantes,
proclives a ofrecer una falsa fachada
de adaptación al de-curso evolutivo general.

En tanto la configuración del poder de organizar y conducir operante, como sistemáticamente ha ocurrido a lo largo del de-curso evolutivo bajo la guía de la “incivilidad”, continuará a transitar su camino en la propia “inmovilidad” hasta llegar a una total incompatibilidad con lo nuevo.

Incompatibilidad capaz de rendir la situación al límite de generar la imperiosa necesidad de cancelar bruscamente el sistema de escena (en apariencia sin alguna buena razón pero en realidad habiéndolas en su total lógica argumental).

1.) “Incivilidad” política.

Un tangible ejemplo de relevante acción demostrativa de cuanto un importante instrumento de poder se presenta “inmovilizado” en su configuración esencial, ese es la política.

El de-curso evolutivo de la política no la ha visto centrada sobre una propia función de mejoramiento de sus modelos de actuación. Se ha proyectado casi exclusivamente a entablar luchas ideológicas transformadas consecuentemente (por su importancia en el campo de conducción), en medios aplicativos desestabilizantes del orden interno y planetario.

Si existe un medio de conducción social
sobre cuyo ámbito la “incivilidad”
ha necesitado emplearse solo
en estimular contraposiciones
ya de por si presentes por cuenta propia, ese es el político.

La política en la compleja disposición del propio ordenamiento operativo, en el modo autorizadamente dispersor de interpretar su función, es uno de los medios entre otros donde la “incivilidad” encuentra simplificado campo fértil para establecer su dominio.

En el profundo indescifrable e imprevisible entrelazarse político de posiciones y contraposiciones, del continuo juego de poderes en todos sus ámbitos y planos o niveles de jerarquía, de acciones conjugadas y disociadas etc. etc. : la “incivilidad” reina soberana ocupando un cetro reconocido y aceptado en cuanto de hecho presente.

En el intrincado devenir de los desenvolvimientos políticos no existe lo imposible porque nada resulta incorrecto o inaplicable en los mecanismos (factible realizar en mil modos los diversos tipos de tratados).

Si la política navega en las aguas de la “incivilidad”
en cuanto a su medio interno de acción,
su insensible extensión de influencia sobre el ámbito externo
(diversos campos sociales)
encuentra en esa cultura un aliado invaluable,

en tanto esta proyecta en progresión su destino de dominio.

El envejecimiento de un in variado dispositivo utilizado a lo largo del tiempo evolutivo conduce a la consolidación e incremento de ciertos mecanismos “degradados”. El lento acrecentamiento de los mismos desvirtúa cada vez mas vistosamente una eficiente función del “inmóvil” contexto político empleado.

A los fines de la “incivilidad” en dotación a un proyecto político inmovilizado y extendido a lo largo del tiempo, la cultura presente y dominante actúa casi de espectadora a su propio crecimiento.

Por lo tanto (en beneficio da la humanidad) o la política se renueva regular y realmente para proponerse útil a proyectar el de-curso evolutivo abandonando sus ineficientes base ideológicas y operativas (estructurales y funcionales), o bajo el pleno dominio de la “incivilidad” tal como se encuentra compromete seriamente la sobre-vivencia de la especie.

Si la “incivilidad” dispone de un instrumento de fácil manipulación, de mover a propia voluntad según sus mas variados modelos, ese es el político.

La prueba mas tangible del total dominio de la “incivilidad” sobre la política, esta representada por la capacidad de distorsionar a propio interés la concreta aplicación del casi entero contenido motivan-te, de ideologías del rico y efectivo contenido democrático ejemplo de elaboración basada en el respeto de las cualidades humanas.

Las formas ideológicas han sido distorsionadas a tal punto
de considerarlas
después de ser llevadas a la práctica
una irreconocible proyección de si mismas.

En efecto la aplicación concreta de la “democracia” en lugar de proceder según una lógica línea de ajustamiento a siempre mejores eficientes condiciones de ejercicio (las bases elaboradas por la ideología así lo consentían), ha seguido en el ámbito de su evolución practica el “incivil” sentido de un resbaladizo plano inclinado de decadencia.

Probablemente en el momento de la novedad del “cambio” democrático, la “incivilidad” se puso en movimiento para interceptar aquello de considerar justamente un serio enemigo de su dominio (en el caso de haber llegado a hacer efectivos todos sus propósitos).

Después de una floreciente faz inicial dada su labilidad y ”civil” fragilidad, la “democracia” fue utilizada para hacer crecer y desarrollar la ”incivilidad” dentro de ella. De este modo la nefasta cultura ha aprovechado al máximo de lo nuevo y débil para sacar el mayor partido.

La “democracia” como acto de “civilidad” política
fue inmolada con el transcurso del tiempo
en un penoso proceso de “incivil” degrado.

La “incivilidad” ha alcanzado límites tan dominantes de haber convertido a la “democracia” en un instrumento político y de poder del todo ineficiente e insuficiente a conducir los destinos de las sociedades en los tiempos actuales.

Las sociedades practicantes de la “democracia” política,
(orgullosamente la presentan como un bastión
de la propia inexistente “civilidad”),
se apoyan en sus envejecidas estructuras y funciones
“incivilmente inmovilizadas”
y dominadas por un profundo degrado interno.

Al “inmovilizado” estado actual la “democracia” se presenta incapaz de afrontar las innumerables nuevas problemáticas en versiones constantemente renovadas, dispuestas a “cambiar” en continuidad y en modo trascendente las dinámicas funcionales del de-curso evolutivo de la entera humanidad.

La “democracia” nacida para modificarse (sin perder la esencia) adecuándose a los tiempos, portadora de una flexibilidad ideológica capaz de contemplar todas las posibilidades evolutivas y hacerlas propias, se ha convertido en un “inmóvil” inútil instrumento producto de una “incivil” humanidad no a la altura de su magnífico mensaje.

Para rehabilitar su siempre actual valor ideológico la “democracia” es imprescindible “cambie radicalmente” no su posición conceptual de nivel universal e intemporal, sino su degradada composición estructural y funcional.

La inmovilizada y degradada composición estructural y funcional ostentada como irreprochable por los sistemas democráticos en la función de solucionar las nuevas problemáticas, se presentan totalmente incapaces de resolverlas en los tiempos reales requeridos por los actuales fenómenos evolutivos en de-curso.

Además de la insuficiencia e in-eficiencia demostrada por la “democracia” en sus inmovilizadas estructuras y funciones en el afrontar las nuevas problemáticas, se hace imprescindible la total remoción y re-planificación de los mecanismos internos quienes bajo el completo dominio de la “incivilidad y el degrado” resultan inutilizables.

Probablemente la “democracia” genuina
responde a una ideología tan avanzada evolutiva-mente
de resultar inaplicable
en su modelo más relevante,
sumida como se halla en un execrable ámbito de “incivilidad” dominante.

Si la “democracia” es ideológica-mente el resultado de un calificado acto de “civilidad” creativa, esta cultura aislada en relegados rincones de la interioridad si no es desarrollada convenientemente (si existe es posible), difícilmente en subrepticias apariciones se presentará en condiciones de dar batalla a la “incivilidad”.

En efecto la “incivilidad” rodeada del enorme cortejo obsecuente en favorecerla, ha convertido a la “civil” democracia con el transcurrir del tiempo (distorsionándola ya desde su virgen inicio), en un instrumento proyectado e incrementar la propia negativa cultura.

Es incuestionable cuanto la política o los medios empleados en el poder de conducción (así de tiempo configurados), no presentan las condiciones necesarias para continuar a gobernar una faz evolutiva tan involucrada en “cambios” trascendentes de toda índole. Se presentan claramente incapaces en su herrumbrosa “incivil” inmovilidad de conducir la gestión del fenómeno con eficiencia.

2.) “Incivilidad” económica.

La economía es otro de los instrumentos fundamentales de conducción inmersa en el pegajoso pantano de la “inmovilidad” (aun tratando no llega a desembarazarse). Arrastrada del carro de la política y de sus propias limitaciones y del entero contexto del poder de conducción dominado de las “incivilidades” internas y externas, individuales y colectivas (se transmiten de uno a otro campo), la economía aparece como inerme prisionera de la prevalente cultura.

La economía pese a su proveniencia científica no es en grado de romper el estrecho círculo vinculante a la política, obligándose a producirse en una “inmovilidad” poco o nada relacionada con el símbolo de sus propias características.

La “incivilidad” ha encerrado hábilmente
en un maléfico trenzado tejido de relación
a los símbolos del poder de conducción
(política- economía)

La economía también responde con sus programas a “inmovilizar” un bien definido “estatus” de referencia genérica y por lo tanto de mantener in-variado. Actúa como medio de seguridad operativa dispositivos constrictivos a ser usados en beneficio de cerradas castas.

En el movimiento de los intereses económicos mas determinantes, los grupos encargados de discriminarlos, disponerlos y conducirlos (dentro de una dominante dosis de “incivilidad”), están habituados a dispositivos cuyos mecanismos responden a una dinámica de conservar preferible y taxativamente in-variada.

Cuanto los mecanismos técnicos al centro y gobierno de la la economía, correspondan o menos a los trascendentes “cambios” en vías de ejecución poco importa.

Se presenten coincidentes o contradictorios respecto a los actuales advenimientos, lo fundamental es no intervenir en algún modo en desarticular dinámicas de por si extremadamente inestables y de resultar imprescindible de conservar en vigencia.

Haber llevado a la economía a la impotencia de modificarse
para mejorar y adecuarse a la actual trascendente faz evolutiva,
en el intento de provocar
una tan benéfica como radical transformación;
constituye una obra maestra de la “incivilidad”
en el acto de dominar en la “inmovilidad”.

Los cambios radicales de los dispositivos y modelos bases de re-conversión económica sobre fórmulas siempre presentes (para adecuarlos a las nuevas

diversas necesidades aplicativas), originaría seguramente imprevisibles trastornos en los mecanismos establecidos y daría lugar a un incontrolado proceso de desestabilización general.

Las entrelazadas ramas del poder se han desarrollado intersticialmente en el ámbito de la “incivilidad” y ésta, una vez invadidos los sistemas los ha “inmovilizado” en su modo de operar, para asegurar su pre-valencia a los mas importantes intereses y con ello el dominio de la propia cultura.

La esencial “inmovilidad” (las variables son de escasa implicanza) rectora de la economía en las distintas instancias del de-curso evolutivo, ha desembocado en esta ultima faz de trascendente progreso material en la demostración de una total incompetencia para conducir nuevas ingobernables problemáticas dentro de sus convencionales posibilidades.

A la economía victima y responsable de no haber buscado
 (“inmovilidad”)
 darse nuevas formulas conceptuales y operativas
 para ir al encuentro de siempre previsibles sorpresas evolutivas
 (trascendente progreso material),
 es de atribuirle una conducta “incivil”.

La “incivilidad” en el desenvolvimiento de la economía, se verifica teniendo en consideración su posición de directo responsable articulador en la distribución de bienes dentro de una sociedad, cuya no preparación en la gestión de nuevos advenimientos pone en serio riesgo la conducción del proceso (y con ello el destino material de las sociedades involucradas “en un modo u otro todas”)

El envejecimiento y degrado del modelo económico en vigencia (influencia de la “incivilidad”) es demostrable con simples acotaciones referidas a la preparación operativa del sistema en facés evolutivas extremadamente diversas en cuanto a sus posibilidades de generar “cambios” y riquezas.

Según las clásicas leyes económicas, las condiciones de equilibrio inestable en el desenvolvimiento de los mercados accionarios constituye una cualidad de función (permite reflejar cambios competitivos en tiempo real operados en los mismos).

Si en algún modo las leyes económicas cumplieron con cierta eficiencia su función en facés evolutivas precedentes (siempre bajo el dominio de la incivilidad), ello era en buena medida cubierto por un crecimiento y desarrollo productivo de relativo y controlable nivel.

Las crisis mas o menos intensas y regulares,
 así como sus serias consecuencias producidas
 en la ultima parte de la historia
 (con gran dominante regocijo de la “incivilidad”),
 prueban cuanto el valor del nivel de control de seguridad
 de los efectos causados
 del sistema económico genérico en vigencia,
 es de descartar.

Si al sistema económico vigente es factible aceptarle funcionar para mostrarse mas eficiente en un ámbito de equilibrio inestable, resulta en cambio improbable justificar-le una total incapacidad de prevenir y controlar la presencia de explosiones extremas, destinadas a desarticular por completo las condiciones de vida no ya de alguna sociedades sino de la entera humanidad (desempeño en “incivilidad”).

Las perspectivas de esta “incivil” situación de in-certeza respecto a la capacidad del sistema económico de desenvolver su propia función a nivel de responsabilidad ejecutiva (cuando aun la misma era considerada en cierto modo eficiente), transmitida a una faz mucho mas compleja como la actual la presenta en grandes dificultades de gestión.

En efecto, basta comprobar cuanto la ultima crisis resulta clara demostración de la incompetencia de gestión del vigente sistema.(ha propuesto incógnitas sin respuestas, incomprensiones, contraposiciones, dudas de como afrontar las problemáticas generados entre los expertos etc.).

La inseguridad y el desencadenarse de una “incivil” deshonestidad aprovechando de la fragilidad e inconsistencia del sistema, colocan a la economía y al inmovilizado desenvolverse de sus convencionales maniobras en un terreno de in-eficiencia e insuficiencia de gestión en la actual faz evolutiva: al extremo de declararla incompetente a cumplir con sus importantes funciones.

En el ámbito económico resulta por ejemplo
una “incivil” arbitraria consecuencia,
la presencia de bruscas y consistentes oscilaciones
de las listas de precios
(contrataciones de mercado -bolsas)
ante imprevistos problemas de salud
de quien ostenta un alto cargo de poder político.

Así enfocados los sucesos acaecidos al interno de la economía no son de considerar bajo la lógica de una inestabilidad ocasional, cuanto a un accidentado “incivil” proceso de incompatible declino funcional, pues percibido con igual irresponsable actitud de un eventual juego de azar.

Un tan serio instrumento de poder como la economía se propone “incivilmente” liberado de toda responsabilidad, justificada en la necesaria inestabilidad de realización y por ello autorizada a jugar con el destino de las sociedades en cuanto a las personas y a su contexto integrado.

Si a nivel económico extemporáneas e incontrolables explosiones de profundas crisis, se han verificado y han ocasionado graves conmociones en faces precedentes (la magnitud global del fenómeno productivo era de dimensiones reducidas); difícilmente un sistema inmovilizado en sus propias convencionales, imprecisas limitaciones pueda regir en total eficiencia nuevos mas complejos tipos de batallas de características completamente diversas.
Ante tales condiciones el sistema se desenvuelve en “incivil” di-función.

La economía con sus mediaciones vinculantes y sus incestuosos contactos con el

entero universo de intereses, de los contenidos pertenecientes a las mas variadas índoles, juega su rol de intermediario de las dinámicas en un bien definido campo de desarrollada “incivilidad”.

El medio económico constituye
por sus intrincados, complejos divertí-culos
relacionados en el permitido arbitrio de lo abstracto,
un caleidoscopio contenedor de “incivilidades” operativas,
revertidas y rápidamente dispuestas
a convertirse en otras tantas nuevas.

El ámbito económico compone un tan teórico como abstracto campo, de ser perfectamente compatible con todo tipo de “incivilidades” de conveniencia. “Incivilidades” proyectadas a multiplicarse incesantemente en nuevas formas, libres de ocupar todos los estratos disponibles, también ellos en continua reproducción.

Finalmente para corroborar el dominio de la “incivilidad” en el ámbito económico se propone el inadmisibles fenómeno de la “especulación”. Presente en el terreno operativo y en aquel mas importante de la permisividad del ordenamiento a encontrarlo al interno del mismo y poder ejercitarse.

“Especulación” cuya capacidad de trastocar valores, de alterar indispensables correctos puntos de referencia para beneficiar el “incivil” proceso de ventajosa parasitaria re-conversión, constituye una inaceptable perversión fruto de un sistema de considerar funcional-mente anómalo por el solo hecho de permitirlo.

La “especulación” es la consecuencia de “inciviles” desequilibrios desencadenados al interno del sistema económico, provocada por circuitos accesorios subvencionados a cumplir tales efectos. Ante esa eventualidad la esencial responsable “civil” posición del sistema es aquella de re-dimensionarse en modo de evitar se traduzca en un regular anómalo mecanismo adjunto.

El permitir desencadenarse todo tipo de “incivilidades”
al interno de su entero contexto
atribuye serias e inaceptables falencias
al sistema económico,
incapaz cancelar las causas provocan-tes.

3.) Incivilidad comercial.

En torno al “Comercio” y sus derivados gira en buena parte en modo directo o indirecto otro central instrumento donde se proyecta la organización y conducción social.

Por su propia naturaleza de “intermediación” es decir de no generar riqueza material sino de concretar los medios para consumirla (distribución en los distintos planos mayoristas, minoristas, etc.) la comercialización de los productos, constituye una fundamental etapa de traspaso de valores materiales.

Basado en el intercambio (bienes materiales de toda índole con la contrapartida del dinero establecido para adquirirlos) tales mecanismos extendidos a todos los

ámbitos sociales y bajo los mas diversos tipos de transacciones, mueven a una tan fácil como descontada participación de la “incivilidad” en los tratos.

El natural contexto de informalidad
de los desenvolvimientos en los tratos de adquirir y vender
todo tipo de artículos o bienes,
permite en la labilidad de los mecanismos
una constante presencia de la ”incivilidad” al interno de los mismos.

En el ámbito comercial de la compra–ven-dita los tratos sobre el valor de dar al intercambio (en la amplia flexibilidad y variabilidad de los directos mecanismos empleados), se proyecta el infalible inserirse de la “incivilidad” de ubicar al centro sistemático operativo perfectamente aceptado al interno del dispositivo.

Limitados a las opciones actuantes como indicadores en cada caso, cuando se trata de comercializaciones a niveles mayoristas discutidas en base a las propias conveniencias en obtener las mas ventajosas posiciones, también prevalece el “incivil” tentativo de obtener ulteriores mejores condiciones (de parte de la venta y del adquirente).

El contacto del comercio con la base social traducida en una infinidad de servicios de todo tipo, propone una constante periódica lucha entre quien compra y vende. En el tratar inmediato y directo cada parte intenta obtener un mayor provecho posible en el propio beneficio, al margen del valor real de las cosas (ejercicio generalizado de “incivilidad”).

El ejercicio de las actividades comerciales
es una dinámica dominada por minúsculas dosis de ”incivilidad”,
estimulante como la lectura de un intrigante misterio de develar
cada vez mas apasionante
a medida que transcurren las paginas.

El comercio proyecta la mas penosa expresión de “incivilidad” cuando aquello de indispensable a las mas elementales necesidades de vida, ofrecido con su tramite no se propone con la posibilidad de ser adquirido.

No debe confundirse el eficiente ejercicio de las frías leyes del comercio con una “incivil” aplicación de sus modelos.

4.) “Incivilidad” de la productividad.

Bajo el positivo signo de la “productividad” o de cuanto su benéfico crecimiento y desarrollo actúa mejorando las condiciones de vida de la entera humanidad, se proyecta la sombra de la “incivilidad” .

La “incivilidad” siempre dispuesta a distorsionar los procesos aun aquellos capaces de intervenir en notables mejoramientos, proyecta su influencia sobre la “productividad” no en cuanto tal, sino actuando tácitamente sobre los efectos consecuentes a su ejercicio.

Los conocimientos como mecanismos destinados a activar la productividad permanecen a-sépticos pues centrados en sus propios y bien definidos objetivos. Los dispositivos de contenido humano (giran en torno al desarrollo de las actividades) son sometidos a la intervención de una implacable, abundante dinámica de "incivilidad".

Entre los factores de tener en consideración en el campo de las actividades productivas en cuanto a su contenido humano se citan entre otras:

Relaciones laborales - empresariales, concurrentes o de competitividad entre empresas, tipos de conducción de hacienda, lucha de sobre-vivencia o preeminencia entre entidades productivas de un mismo ramo, la permanente necesidad de re-actualizarse para mantener en ejercicio las actividades, etc., etc.

El ejercicio de los factores precedente-mente citados si bien convenientemente desarrollados conducen a un siempre mas eficiente crecimiento "productivo", constituyen desde el punto de vista de acción, un abundante y fértil terreno en el cual sembrar y recoger los frutos de las mas variadas gamas de "incivilidades".

El ámbito de la productividad basada
en la legitima necesidad de proponerse como actividades lucrativas
(condición imprescindible a la subsistencia de las mismas),
se traducen de siempre en el desarrollo
de una amplia gama de variables de "incivilidad".

Durante el de-curso evolutivo particularmente en la ultima faz, ha disminuido sensiblemente la virulencia de la "incivilidad" sin dejar de estar presente en algunos sector (relaciones laborales - empresariales) de extrema importancia por la masa de personas implicadas. En contemporánea en otros sectores ha recrudecido (competitividad).

También en el campo productivo en continuo fermento de "cambio" evolutivo, la "incivilidad" ha observado la necesidad de darse nuevas formas operativas para mantener el dominio de la situación.

La capacidad de la "incivilidad" de mantener abierta las puertas de los todos los sectores productivos a la proyección de sus finalidades culturales (siempre dominantes), es demostrada por el constante clima de inestabilidad e incertidumbre presentes en el desarrollo de las actividades en general.

La inestable incertidumbre de las actividades productivas sujetas a permanentes nuevas exigencias para mantener en ejercicio la función empresarial (competición), crea condiciones a la "incivilidad" de conveniencia para intervenir como indicado imprescindible mediador.

El convulsionado campo productivo
acosado por un frenético crecimiento y desarrollo,
ha generado consecuentes
nuevas formas de manifestación de "incivilidad"
al interno de las desjuiciadas maniobras,

intencionadas
a dar curso y permitir el desarrollo de las actividades.

El continuo sucederse de nuevos elementos de consumo, del superarse de los precedentes, de ofrecer las mejores características necesarias a incrementar la venta de los artículos realizados, coloca a las actividades productivas en la constante presión de difíciles disyuntivas operativas.

Disyuntivas en tantas circunstancias de superar partiendo de medidas y determinaciones de afrontar utilizando una cierta mayor o menor "incivilidad" de sobre-vivencia.

PARTE IV

LA "INCIVILIDAD" Y LA GESTIÓN DEL PROGRESO MATERIAL.

La capacidad de "progreso" expuesta por la humanidad a lo largo de su de-curso evolutivo en el mejorar materialmente las condiciones de su forma de vida, también ha intervenido en modificar las características comporta-mentales, de convivencia y relacionales de la misma.

Las facies evolutivas iniciales dada la escasa gama de conocimientos adquiridos muestran una capacidad de progreso en lenta y fatigosa acción progresiva, continuando a expresarse dentro de esos niveles durante buena parte del precedente de-curso evolutivo.

En esas circunstancias de lento desarrollo las influencias del progreso sobre la forma de vida son absorbidas con facilidad y sin ocasionar trastornos de adaptación. Los nuevos elementos presentes en muy limitada cantidad y calidad, se incorporan al medio social en modo insensible sin modificar en algún modo determinante las formas existentes.

El ritmo expresado por el "progreso" en la actual faz evolutiva
(capacidad de proponer con continuidad e inmediatez
innovaciones en todos los campos),
se presenta en magnitud tal de modificar en rápida sucesión
la forma de vida no solo material
sino comporta-mental, de convivencia y relacional.

El nivel de adaptación a las siempre nuevas condiciones resulta difícil o mejor prácticamente imposible, dado el rápido supera-miento de estadios previos.

Dejada la trascendente progresión del progreso a su propio arbitrio, si ya las condiciones de vida se presentaban dominadas por la "incivilidad" en situación de cierta estabilidad, las influencias ocasionadas por el aflujo de desordenadas ondas de nuevos advenimientos contribuyen a incentivar el desarrollo de formas complementarias pertenecientes a ese tipo de cultura.

La ausencia de un definido programa proyectado a regir la armónica introducción en

el entero campo del medio social la incontenible continua mole de innovaciones (ha adquirido las características de invasión), proyectará a la “cultura de la incivilidad” a incrementar en el amplio espacio abierto a disposición una mas intensa acción negativa.

La humanidad es imprescindible tome plena conciencia de cuanto esta faz evolutiva en su trascendente capacidad de progreso material, necesita de una ordenada gestión destinada a establecer finalidades funcionales y normas operativas de ser respetadas en todos los ámbitos.

En su defecto a la desarticulada y arbitraria introducción de los productos provenientes del “progreso”, seguirá un dislocado proceso incentivado de la “incivilidad” predispuesto a incrementarse en tal sentido en contigüidad con los nuevos advenimientos.

Las sociedades se convertirán en conscientes
y como tal aceptadas irresponsables “parque de diversiones”,
dedicadas a afirmar con feliz convicción
el “incivil” dominio de la superficialidad del consumo.

“Parques de diversiones” dominados por una delirante “incivilidad” absoluta patrona de todo y de todos. Se confundirá bajo la guía de ese estilo cultural, “libertad” con “un disfuncional libertinaje” en complaciente degrado involucran-te los enteros cuerpos sociales.

Cuerpos sociales indignamente habituados a todo aquello de superficial propuesto en grandes proporciones por un “progreso degradado”, pues predeterminada-mente dirigido a complacer superfluas necesidades de consumo.

Progreso inducido a “producir consumo” e impulsado en tal modo a entablar una estrecha relación con la “incivilidad”, siempre dispuesta a asociarse a todo aquello dispuesto a estimular y proyectar su cultura hacia cada vez mas ambiciosas metas.

La “cultura de la incivilidad” presenta
gran capacidad para darse un propio desarrollo
y si aun lo ve facilitado por el medio,
no tarda en reproducir sus modelos
en modo particularmente activo a partir del mismo.

Cuando bajo la “cultura de la incivilidad” en una actitud del “instinto primitivo”, se propone como irracional solución la censura y control del “progreso” material (por incapacidad de gobernar-lo constructiva-mente) se cancela el único benéfico instrumento a disposición de la humanidad para mejorar sus condiciones de vida en general.

CAPITULO 11.

La “cultura de la incivilidad” y el “progreso”.

El trascendente progreso material presente en la actual faz evolutiva, es capaz de modificar mejorando pero al mismo tiempo de alterar con el inserirse de los advenimientos innovadores los mecanismos generales de la forma de vida. El “progreso” dejados a su libre albedrío constituye fuente de nuevos modelos de “inciviles” respuestas comporta-mentales.

El “progreso material” traducido en un explosivo productor de siempre nuevos artículos, artefactos, instrumentos facilitan-tes todo tipo de función, desencadena al incorporarlos a un medio social no preparado culturalmente a recibirlos; efectos derivados de imprevisibles consecuencias sobre las modalidades, hábitos y costumbres de vida.

La dominante “incivilidad” existente
estimulada a hacer uso de un constante
renovado arsenal de nuevos elementos de consumir
(siguiendo su predisposición cultural),
aprovecha tal oportunidad para dar rienda suelta
a su siempre activa intención de extender su campo de acción.

Seguramente la responsabilidad del hecho no es en algún modo de atribuir al “progreso material”, destinado a cumplir (con orgulloso reconocimiento de la humanidad) su papel de mejorar a ritmo acelerado, los múltiples aspectos aun extremadamente necesitados de ser sometidos a un profundo “cambio”.

Es función del ser humano asumir la responsabilidad de dar un justo curso a los advenimientos de innovación encuadrándolos según un adecuado ordenamiento funcional, así como preparar convenientemente a los medios sociales a hacer el mejor uso (preventivo programa indicativo de un eficiente utilizo) de los nuevos elementos.

La determinante influencia adquirida por el “progreso material” de condicionar por cuenta propia la forma de vida (capacidad de recrear permanentemente todos los ordenes de actividades), lo ubica en una tan dominante posición como aquella sostenida de la “incivilidad”.

La diferencia y ventaja del “progreso material”
sobre la “incivilidad”
es en el indudable valor benéfico de sus efectos
(permite mejorar)
utilizado con racionalidad.

En cuanto a la actitud a seguir es también sumamente importante regir el “progreso” culturalmente con sentido de eficiencia, pues dejado a su libre albedrío caerá irremediable y rápidamente en manos de la “incivilidad”.

Ya desde el inicio de la explosión del trascendente “progreso material”, la “incivilidad” observo cuanto este proceso destinado y capacitado a recrearse sobre si mismo, constituía un polifacético instrumento necesitado de ser convenientemente conducido.

El progreso material no es interesado a establecer quien se ocupa de la gestión de

gobernar su de-curso operativo.

La “incivilidad” comprendiendo
la simple bono-mía del monstruo “progreso material”,
dispuesto a ofrecerse en cuerpo y alma
a quien le dejase el campo libre
de mejorar las cosas en todos los terrenos,
aceptó sus condiciones bases para reconducirlo a la propia cultura.

Por otra parte no encuentra oposición en algún intento de otro tipo de gestión. El ser humano se presenta a la incesante descarga de nuevos advenimientos con la irresponsabilidad o quizás mejor la inconsciencia, de quien muy erróneamente no siente la obligación de ordenar un proceso dejado en manos de la productividad y el consumo.

La “incivilidad” seguramente se ocupará en tratar de inmovilizar la actitud de inconsciencia preventiva, dentro de cuyo contexto el ser humano advierte la presencia del “progreso material” en esta faz evolutiva. Ello esfuma el otorgarle al proceso la precisa ubicación de trascendencia (capacidad de embestir las condiciones de la forma de vida).

El futuro destino del ser humano
se presenta como una indescifrable incógnita
dominado a este punto,
de la “cultura de la incivilidad”
y también por aquella del “trascendente progreso”,
sin alguna capacidad de regirse a si mismo.

Resulta difícil convalidar como positivo pero de reconocer del todo factible la asociada dominante conjunción “cultura de la incivilidad - progreso material”.

En tal caso de acción conjunta, si se tiene en cuenta la notable capacidad de crecimiento y desarrollo de ambas componentes y considerando al ser humano mero y simple observador, su pasiva posición parece condenarlo a terminar por ser triturado por las partes en continua expansión.

En efecto si la “cultura de la incivilidad y el progreso material” continúan a desarrollar su constante expansión asociada, el ser humano pasivo entre las dos componentes (sin reaccionar), es sometido a cada vez mas extremas presiones. Finalmente será comprimido y consecuentemente destruido sin que las partes intervinientes hayan demostrado alguna intención en hacerlo, simplemente han cumplido sus propias funciones con eficiencia ignorándolo por completo.

Si el progreso material en esta faz inicial de su trascendente dominio, es trajinado por la “incivilidad” a formar parte de su cultura para posteriormente configurar una entidad asociada en sus finalidades, sin una concreta, decida y determinada acción finalizada a evitar esa conjunción, el ser humano habrá dictado su sentencia de especie cancelada.

El “progreso material” en acción trascendente
asociado a la cultura de la “civilidad”
es el prologo de un portentoso
mejoramiento del ser humano en todos sus planos.

La “cultura de la civilidad mas progreso” significaría la posibilidad de alcanzar el mas alto nivel de digna configuración (la capacidad y cualidad humana tiene en tales condiciones seguro acceso).

El “progreso material” en su actual versión trascendente asociado a la “cultura de la incivilidad” constituye el prologo en este caso a un proceso de continuo, lento pero irrefrenable “degrado” del ser humano, al punto de conducirlo a la extrema situación de provocar su propia extinción.

El “progreso material” interviene en uno y otro caso como un interprete tan activo como indirecto de los designios, directivas y actuación de cada componente cultural (civilidad - incivilidad) en proponerse para conducir su gestión.

Es fácilmente comprensible cuanto un extremadamente desarrollado “progreso material” (en el campo de los armamentos bélicos por ejemplo) en manos de una dominante “cultura de la incivilidad”, se proyecta como cuerpo asociado de muy relevante peligro a la integridad de la humanidad.

Si lo fundamental no es atribuir al “progreso material” alcanzado la responsabilidad de la peligrosa situación, lo es delegar clara y definida-mente a la “incivilidad” el afrontar la difícil problemática.

Resulta absolutamente erróneo
proyectar sobre el “progreso material”
cualquier tipo de acusa,
cuando la misma debe recaer con todo el mas justo peso
sobre el “incivil” modo de conducirlo.

Detener el trascendente “progreso material” para evitar una catastrófica final, es reconocer la total infame impotencia de liberarse del dominio de la nefasta “cultura de la incivilidad”.

El dominio de la “incivilidad” indecorosamente aceptada como una condición en la absoluta convicción de la imposibilidad de superarla, ubica a la humanidad en la posición de una entidad de despreciar por todas sus cualidades no usufructuadas a suficiencia.

De despreciar en cuanto resulta incalificable de parte del ser humano su actitud de ignorar premeditadamente y en consecuencia renunciar a identificar y condenar así como combatir la “cultura de la Incivilidad”.

La “cultura de la incivilidad” es de combatir con todos los medios a disposición hasta despojar-la por completo de su dominante influencia.

Lucha de entablar con la empecinada convicción de extirpar su vigencia de todos sus ámbitos de desenvolvimiento; proyectada a inmolarse en una tan estrepitosa como irrenunciable batalla de sostener hasta el hálito final.

La “cultura de la incivilidad” subraya los contornos mas oscuros del ser humano. Provoca tan nefastas consecuencias como aquella de convertir el trascendente “progreso material” prestigioso producto de esta faz evolutiva, en un peligroso medio (como en las mejores ignorantes versiones medievales lo mas indicado es establecer una temerosa distancia respecto al mismo).

El “progreso material” destinado en esencia
a mejorar en continuidad el entero contexto de la forma vida,
se transforma bajo la excelsa dirección de la “incivilidad”
en un monstruoso instrumento
cuya vedada intención es eliminar el ser humano.

Si el ser humano continúa en la resignada aceptación del indefectible dominio de la “cultura de la incivilidad” (implementa sus desenvolvimientos implicando sumisión a tales condiciones), bien hará el “progreso material” llegado el momento indicado a ser él a encargarse de cancelarlo.

Al menos tal ruinoso y despreciable acto nacido, elaborado y desarrollado de la “incivilidad” sera ejecutado por un instrumento con el merito suficiente, pues producto del esfuerzo emanado de los conocimientos avalados y convertidos en bienes materiales.

El merecido castigo de la extinción por mano del “progreso”
aparece justamente formalizado,
por cuanto la deplorable condición humana
no se ha presentado capaz de regir y proyectar
tal dono en su propio “civil” beneficio.

CAPITULO 12.

Incidencia del progreso material sobre el incremento de la “cultura de la incivilidad”.

Diversos son los aspectos relacionados con la incidencia del relevante “progreso material” de la actual faz evolutiva y su consecuente influencia sobre el campo social, favoreciendo en su desarticulada contribución el desarrollo de nuevos modelos de “incivilidad”.

1.) Indiscriminada influencia del “progreso” en el ámbito comporta-mental, de convivencia y relacional.

El continuo inserirse de nuevos elementos, instrumentos, artículos destinados a los mas diversos usos cotidianos de emplear en todos los medios, reportando respuestas útiles a los mas diversos ordenes aplicativos (pero también aquellas mas superficiales y superfluas), constituye un arsenal, una interminable cadena de magnitud tal de considerarlo una masiva invasión del “progreso” sobre la forma de vida.

La invasión aborda indiscriminadamente en total desorden el completo ámbito de los medios de desenvolvimiento de la forma de vida, condicionando arbitrariamente los modelos de base de la misma.

Los modelos de acción de las tramas dinámicas individuales y colectivas de convivencia y relacionales (necesitados de un coherente de-curso), evolucionan en la actualidad siguiendo convulsionados signos proyectados según tipos de planteo en pre-valencia inconexos, dictados la mas de las veces de espontaneas reacciones (domino de la “cultura de la incivilidad”).

Si a ello se agrega la influencia generada por la intromisión del “progreso” con una invasiva introducción de productos materiales, el estado de confusión gana fácilmente adeptos.

La amplia y continua gama de nuevos productos destinados a crear nuevas modalidades comporta-mentales sustentados en: expectativas sobre la obtención de objetos dispuestos a satisfacer deseos banales, modas pasajeras a uso de consumo sin algún positivo profundo valor agregado; simplifica el camino de una cada vez mayor y mas afirmada preeminencia de la “cultura de la incivilidad”.

La arbitraria utilización del progreso material
dirigido a un superficial consumo finalizado a “degradar”
el regular ejercicio de principios básicos,
actúa respecto a la forma de vida en modo negativo y no positivo,
incentivando el desarrollo de formas de “incivilidad”.

El progreso proyectado a complacer un cada vez mas desarrollado y desenfrenado deseo de consumo (y habiendo las armas materiales para hacerlo), dirige su atención a la parte cultural mas desolada-mente decadente de la población, aquella mas despiadada-mente dominada de la “incivilidad”.

La población es tan fácilmente dominada de la “incivilidad” (es facciosa-mente adepta), como a ser inducida a seguir toda linea de conducta indicada por la misma cultura.

A cierto nivel de consumo de masa el “progreso material” permite volcar indiscriminadamente todo tipo de producto, saciando la continua sed de los mas infundados como superficiales deseos. En estas condiciones la “incivilidad” establece un directo legado con la capacidad de desarrollo ampliando su nefasto campo de acción.

Con el continuo suplantarse y sobreponerse de los modelos de consumo de todo tipo, atraídos por la irresistible intención de hacerlo, la “incivilidad” se aproxima a alcanzar una de sus importantes metas como cultura.

Revierde en el proceso la lógica y positiva dirección de la evolución (enuncia el proyectarse en progresión con la finalidad de “cambiar para mejorar”), para convertirla en la efímera, superflua, vacía intención de “cambiar por cambiar”.

Si “cambiar por cambiar”
significa hacerlo sin darle al hecho algún destino,
la humanidad bajo ese signo no propone una indolente interpretación

sino una deplorable actitud de insensible indiferencia
hacia la verdadera intención del termino.

Tal actitud rinde total sumisión y aceptación a la dominante “cultura de la incivilidad” con todas las consecuencias de ello deducibles.

La capacidad de “progreso” habiendo alcanzado un tan alto nivel de concreción en resultados materiales, no necesita ser regido en algún modo mas bien dejado totalmente libre de manifestarse según sus mejores expresiones. Esta variante decididamente positiva se hace posible si la humanidad se encontrase bajo el excelso dominio de la “cultura de la civilidad”.

Por el contrario el progreso en manos de la “cultura de la incivilidad” no se relativiza a proponerse como al menos un inicuo instrumento, asume las características de un medio de intensa acción “degradante”.

El “progreso” bajo el influjo de la “incivilidad” se convierte sin saberlo, sin siquiera habérselo propuesto, en “degradante intermediario” de las formas intrínsecas del modo de pensar, con directas o indirectas repercusiones en las actitudes comportamentales, de convivencia y relacionales al interno de los cuerpos sociales.

Si el “progreso” es puesto a disposición del consumo cuya mas próxima posición humanística respecto a sus finalidades, es aquella de tratar de bucear en continuidad al interno de los mas recónditos superficiales deseos para llevarlos a la luz y satisfacerlos; ello ridiculiza a nivel de intolerable “incivilidad” su portentosa capacidad de “cambio” para mejorar.

También el “consumo” en su desjuiciado proponerse en las mas aventuradas “incivildades”, es siempre justificado y estimulado en sus intentos de deprimente expansión.

En efecto el “consumo” es incondicionalmente apoyado y estimulado en todos los modos (publicidad), por cuanto importante resulta intervenir en la imprescindible necesidad de incentivarlo (crecimiento productivo).

Ello permite ir al encuentro del salva-taje económico del “incivil” desfajase entre gastos y entradas (enfermedad endémica de las sociedades), a sustento de los proyectos de sostenimiento de los servicios sociales.

La “cultura de la incivildad” pasa de un éxito a otro,
si el consumo indiscriminado de aquello superficial
producido generosamente por el “progreso”,
es de considerar por par-adoso
un medio de gran utilidad de recrear y estimular.

Es en el plano de la esfumada dualidad del consumo “benéfico para la economía y también para la incivildad”, donde esta cultura proyecta su capacidad para proponer las situaciones en el plano de “dar para recibir”.

En sus estratégicas y bien diferenciadas modalidades, teje tramas tan intrincadamente relacionadas para obtener resultados en su favor, como para hacer pasar desapercibida la negativa finalidad generada en el entrecruzarse de los factores.

La "incivilidad" es tan atenta y delicada en el uso del "progreso" para obtener propios beneficios de no incitarlo a activarse, se atiene a aprovechar todo aquello surgido de sus actos productivos. El proceso convertido en estímulo al "consumo" le basta para desencadenar siempre nuevas formas adeptas a su cultura.

Así configurado el proyecto:

Progreso: capacidad de materializar-se en un infinidad de productos (se desinteresa de finalidad y función).

Consumo indiscriminado: provoca benéficos resultados colectivos (económicos) estimulando al cuerpo social a incentivar la proyección de su ejercicio.

La "Cultura de la incivilidad" se dispone a tal evento complacida y asociada a estimular y complementar un sistema adaptado a acrecentar y desarrollar su dominio.

Los efectos consecuentes presentes en una dominante posición del "consumo", parecen relacionarse directa y estrechamente con una disminución en el ejercicio y adecuada manifestación de relevantes cualidades interiores (capacidad de discernimiento).

Las relevantes cualidades resultan tan imprescindibles de ser puestas en juego como irrelevantes si jugadas en aisladas, esporádicas prestaciones.

Es evidente cuanto el proyecto así realizado se propone como una exitosa tarea de la "incivilidad" en la represión de las cualidades interiores.

La masa social corre el riesgo después de haber superado los obstáculos impuestos por una ignorancia de base (carencia de posibilidades de instrucción) estipulada por el poder de conducción en facies evolutivas precedentes, de ser sometida por la "incivilidad" a un nuevo tipo de tácita acción coercitiva a otros niveles pero del mismo tipo.

Una "nueva ignorancia" es posible llegue a generarse surgida de la intención parcial voluntaria suficiente a provocarla, en ausencia de un necesario proceso ejercitante del discernimiento.

Proceso nacido de la poca posibilidad de discurrir originado por el dominante "consumo" (es dedicado la mayor parte del tiempo a disposición).

La pérdida de valores aplicativos de principios y fundamentos comporta-mentales, de convivencia y relacionales o su eventual reemplazo de re-ubicar en igual posición de importancia, a expensas del "incivil" dominio del "consumo", evidencia la presencia de un peligroso instrumento de distorsión de las instancias esenciales configuran-tes la forma de vida.

La inducción a un creciente predominio del modelo de pensar impuesto por el "consumo" en desmedro del ejercicio de cualidades jerarquizan-tes, revela la presencia de un elemento proyectado a ocasionar un evidente "degrado" al interno de la capacidad de discernimiento.

La capacidad de discernimiento si bien presente se halla con a disposición un insuficiente espacio de tiempo para ejercitarse (la mente ocupada en el consumo). Por tal razón se ve imposibilitada de desarrollarse en modo conveniente y de ocupar

el justo espacio imprescindible al mejoramiento de la condición interior del ser humano.

La importancia “del consumo” cualquiera sea la índole del mismo se ve avalada por la colaboración a incentivarlo, denominada “publicidad”.

Surgida en aporte prorrumpen-te del “consumo” aparece tan liberada de todo principio como carente de una mínima reserva ética,

La “publicidad” destinada a promover el “consumo” responde a este sin ofrecer otras mayores razones de aquella de incentivarlo. Constituye el instrumento mas avanzado, abiertamente proyectado a utilizar en el ejercicio de sus funciones por la “cultura de la incivilidad”.

La “publicidad” inmersa directamente para cumplir con sus finalidades en la “cultura de la incivilidad” se mueve dentro de ella en una de sus versiones de mayor notoriedad, aquella de “asegurar con pruebas aparentemente convincentes certezas inexistentes”.

En efecto la “publicidad” es en general un deleznable instrumento, capaz de probar cumpliendo con eficiencia sus finalidades la prevalen-te presencia y posición de la “cultura de la incivilidad”.

La institución y posibilidad operativa de la “publicidad” permite corroborar cuanta es la magnitud dominante de la “incivilidad”, al punto de apoderarse de la inteligencia humana sin que esta lo perciba o se imponga defensa alguna.

Surge así la posibilidad de configurar un segundo proyecto:

Consumo de masa. De estimular e incentivar a un continuo crecimiento pues de fundamental importancia a mantener el equilibrio económico.

Publicidad. Instrumento destinado a incrementar las motivaciones al consumo empleando todas la armas posibles (no importa cuales).

La “cultura de la incivilidad” agradece nuevos medios dispuesto a colaborar en desarrollarla.

2.) Carencia de planificación preventiva en el inserirse de las innovaciones.

El “progreso” en su avasallan-te despliegue de fuerzas esta delineando en su extendido campo de innovaciones, consecuentes recurrentes nuevas condiciones además de referidas a la forma de vida de las masas sociales, a los niveles mas elevados de la conducción del poder.

Los medios innovadores como aquellos surgidos en los ámbitos de la comunicación, de índole bélica, de la edilicia, etc. por citar algunos ejemplos, han cambiado en modo radical la forma de proponerse en sus respectivos apartados.

La gama de conocimientos generados con continuidad es tal, proyectado a tan amplia gama de sectores de obligar a permanentes re-dimensiones de todo el espectro de actividades.

El desenfrenado ritmo adoptado por la proyección evolutiva del “progreso” y su capacidad de desarticular modelos de referencia para reconducirlos sobre nuevas instancias, ha adquirido tal magnitud de reclamar para mantener un cierto orden la necesidad de “regir el proceso”.

En efecto el trascendente “cambio” de transformación operado por el “progreso” sobre la forma de vida, es dotado de tal capacidad y rapidez de recreación, de impedir por tal razón adecuados mecanismos de adaptación.

Esta situación genera bajo un régimen de movimientos ya desorganizados por el dominio de la “cultura de la incivilidad” existente (en el desorden basa sus mejores formas de ejercicio), particulares focos de peligrosa desorientación.

El incremento de la confusión y caos
ya presente en el ámbito humano
provocado y estimulado por los dominantes
distintos modelos activos puestos en juego
por la “cultura de la incivilidad”,
se traduce con gran facilidad
en mayor peligrosa profusa des-articulación.

Las inestables reglas generales siempre discutidas y en mal modo re-dimensionadas, no buscando sus mas justas y ecuas proyecciones sino tratándolas de adaptar a los propios intereses de cada sociedad (reino de la incivilidad), de poco impulso externo necesitan para entrar en crisis y rendirse inoperantes.

Probablemente en el dominio de la “cultura de la incivilidad” una correcta gestión del “progreso” resulta imposible, porque en tales condiciones se propone como una actitud directamente relacionada con censura o cancelación de buena parte del proceso.

En efecto bajo el ejido de una “cultura de la civilidad” jamas se piensa en actuar medidas destinadas a regular el desenvolvimiento del “progreso” en su normal de-curso (acelerado o menos). Bajo tal cultura el acto de regular se convierte en taxativa negativa acción de discriminación.

A nivel de “cultura de la civilidad” el “progreso” es inducido después de una muy avanzada y preventiva función de análisis de consecuencia, a una propia reguladora introducción de las innovaciones (cualquiera esta sea) en modo de proponerse en la forma mas útil al “mejor” servicio de la sociedad.

La preventiva interpretación de causas y efectos provocados por las innovaciones al interno del cuerpo social o a los niveles de conducción, permitirá preparar culturalmente a la colectividad o a dar las respuestas mas adecuadas a los planos de poder, para encontrar un justo adecua-miento funcional a los advenimientos generados por el “progreso”.

Cuanto el natural procedimiento de re-equilibrio
("civil regulación del progreso")
se revele imposible al interno de una humanidad
bajo el dominio de la "cultura de la incivilidad"
es del todo evidente.

Imposibilidad de regir bajo el dominio de la "incivilidad" no significa carecer de las capacidades y cualidades interiores para llevarlas a cabo.
El hecho depende exclusiva-mente del ente cultural del cual se es dominado.

Por par-adoso disponiendo de los instrumentos idóneos para proponer, elaborar y concretar el dominio de la "cultura de la civilidad" (existencia de las cualidades interiores), se permanece penosa e indignamente anclado por comodidad y negativo habito adquirido al versan-te opuesto.

Los aparentes beneficios inmediatos ofrecidos por la desaprensiva "cultura de la incivilidad" presenta profundas limitaciones en su progresión evolutiva.
Bajo su dominio el panorama proyectado en el tiempo se presenta confuso o mejor indescifrable, pleno de contradicciones, impreciso, incierto, sujeto a sufrir los imprevistos efectos de los advenimientos.

El panorama visto con sentido de futuro
se propone tan gobernado de instintivas reacciones
o en manos de lo imprevisible,
de proyectar a la "incivilidad" responsable
como el peor modelo cultural practicado por la humanidad
en el encarar y afrontar su camino evolutivo.

El camino evolutivo enfocado bajo el "incivil" signo cultural propone un transito cada vez mas accidentado y distanciado de alcanzar la meta prefijada (futuro).
En efecto bajo el dominio de la "incivilidad" la humanidad en lugar de consolidar un ordenado progreso utilizado a los fines de mejorar un mas seguro y eficiente tránsito hacia el futuro, prácticamente ha hecho desaparecer esta meta plena de esperanzas en el nebuloso contexto de la nefasta cultura.

El futuro se presenta como una masa informe imposible de configurar en el ámbito de la "incivilidad" reinante, así como resulta indescifrable la proyección de los acontecimientos para proponerlo como una progresión de mejoramiento.

Ciertamente las condiciones existente no permiten (pese a disponer de tantos medios útiles a desarrollarla) abrir consideraciones apoyadas en razones validas, proyectadas a seguir una bien definida linea evolutiva.

La humanidad pese a disponer en esta faz evolutiva de los mas eficientes medios y con una relevante capacidad de "progreso material" para proyectarse hacia un futuro mejor, avalada de la esperanza de netas concretas posibilidades de hacerlo; continuando a ser dominada por la "cultura de la incivilidad" anula tan digno desafío.

El caudal positivo para mejorar
constituido por progreso material trascendente

en manos de la “incivilidad”
se convierte en una peligrosa arma.
Se presenta capaz de destruir por completo
y en tan indomable dimensión material y temporal
todo lo arquitectura-do por el ser humano.

La “capacidad del progreso” de recrearse generando innovaciones dominada por la “cultura de la incivilidad” ubican a la humanidad en su tránsito evolutivo en un punto crucial.

La encrucijada es dictada por: decidir a continuar en manos de la “cultura de la incivilidad” con todas las consecuencias de ello derivadas o desprenderse radicalmente de la misma en el intento de salvaguardar la sobra-vivencia.

Las consecuencias surgidas del continuar el trayecto evolutivo bajo el dominio de la “incivilidad” puede agravarse rápidamente dado al incontenible impulso del “progreso”, quien con su constante aporte de innovaciones incrementa su presión, proyectando sobre las bases operativas las tensiones al interno y el externo del sistema de la forma de vida.

El “progreso” de alto nivel cualitativo y cuantitativo
capaz de concretarse en esta faz evolutiva,
dejado al libre albedrío bajo el gobierno de la “incivilidad”,
se proyecta no como un recurso fundamental al mejoramiento
sino a su opuesto.

El “progreso” destinado a satisfacer un “desenfrenado consumo”, a nutrir de nuevos instrumentos a los traficantes de armas, a centrar el poder económico en pocos importantes grupos facilitando el inserirse globalizado (por citar pocos factores en juego); demuestra su capacidad para producir innovación en la deprimente posición de ser utilizada en el campo de la total absoluta “incivilidad”.

El “progreso” bajo el signo de la “incivilidad” presenta las características de un peligroso “anarquice monstruo” en constante crecimiento, cuando en realidad es la carencia de gestión del mismo (orquestado en modo predeterminado por la cultura dominante), la causa de su ingobernable proyección.

La “incivilidad” imposibilitada de detener la acción del “progreso” ha volcado sobre el terreno de juego su capacidad de aprovechar de las circunstancias favorables surgidas de la no justa y correcta gestión del directo interesado. En realidad hubiera deseado inmovilizarlo para evitar con ello “cambios” dispuestos a poner a riesgo su dominio si caído en manos de la “cultura de la civilidad”.

Impidiendo el dominio de una “civil” gestión
la justa libre manifestación de las expresiones del “progreso”,
se han convertido en un abierto libertinaje
de espontanea proyección no sujeta a algún ordenado proceso.

Libertinaje en cuanto el “progreso en manos del la “incivilidad” (dadas las favorables características del proceso) ha consecuentemente favorecido la posibilidad de

promover nuevas formas de su afirmada cultura.

Dejando en manos de la “incivilidad” el “progreso”, la humanidad juega una delicada partida de sobre-vivencia con la mayor posibilidad de perder-la.

El “progreso” ha asumido un insospechado pero bien definido determinante poder radicado en la capacidad de “cambio”. Este no correctamente y suficientemente administrado, imprimirá una dirección de trágico encuentro frontal a las “inciviles” contraposiciones surgidas al interno de los ámbitos de decisión, proyectando el todo en una peligrosa prospectiva.

La actual poderosa capacidad operativa del “progreso” es el más decisivo instrumento de mejoramiento general en dotación a la humanidad, de ser utilizada en todos sus ámbitos pero bajo la no objetable condición, de ser convenientemente administrada de una “cultura de la civilidad” dominante.

Si regir el “progreso material” es de fundamental importancia para obtener los mayores niveles de mejoramiento jamás alcanzados, esa determinante función solo puede ser eficientemente ejercitada en todos sus importantes planos, bajo el gobierno de la “cultura de la civilidad”.

El “progreso material”, maltratado, vilipendiado y degradado
en manos de la “incivilidad”
llega a convertirse por paradoso
en un instrumento peligroso.
Bajo esa cultura
es y sin alguna duda indirectamente proyectado
a traducir su ejercicio
en deleznable concreciones.

Resulta extremadamente deprimente observar como un tan precioso bien como el “progreso” expresado en la actual faz evolutiva, es en buena parte “incivilmente” desaprovechado, desperdiciado al punto de convertir su enorme capacidad de producir “mejoramiento material en general” (para toda la humanidad), en una no bien definida, confusa función.

El “progreso” según es utilizado bajo el dominio de la “incivilidad” adquiere un doble rol:

por un lado se lo admira por aquello realizado a nivel de mejoramiento material.

por el otro se lo teme, por cuanto si inserido en ciertos malignos contextos, los efectos de los conocimientos por él generados pueden conducir a irreversibles consecuencias para la humanidad.

En justa defensa del “progreso” el negativo rol de latente pero evitable promotor de situaciones extremas para la humanidad, no proviene de una propia iniciativa, es el resultado del preciso “incivil” destino dado a sus sectores productivos.

3.) Arbitraria y desarticulada introducción y proyección de los nuevos recursos.

Cuando se establece la imprescindible necesidad de administrar o regular en “civilidad” el “progreso” al punto de desarrollo alcanzado, no se hace en algún modo referencia a intervenir sobre la fuente del mismo:

- generación de conocimientos,
- esclarecimientos de fenómenos,
- investigaciones dirigidas a producir mejoramientos en los distintos campos operativos, etc.

pues

una adecuada, articulada, preventiva, rigurosa y respetada gestión del “progreso” parte de las concretas disposiciones destinadas a regular las actividades productivas.

Por ejemplo:

- La caótica proliferación de productos de una misma idéntica índole, encañalados en mil distintas formas competitivas (finalmente falsamente en concurrencia).
- La cantidad de modelos diferenciados destinados a producir una misma función (automóvil) llevan a constantes cambios de las sedes productivas en búsqueda de mayor competitividad atentando contra una cierta estabilidad del trabajo en cada zona.
- La automatización industrial sin una bien definida prevención en la búsqueda de identificación y configuración de nuevas fuentes de trabajo (de no esperar lleguen accidentalmente).
- La irracional o intencionalmente diferida redistribución orgánica de las nuevas y abundantes fuentes de riquezas en modo generalizado (factibles de satisfacer impelentes necesidades primarias).
- Las extremas desigualdades generadas en el no afrontar desarrollos productivos a un entero nivel planetario.
- La dislocada momentánea de-localización empresarial destinada a obtener mayores ventajas productivas (reducción del costo trabajo).
- La excesiva burocracia improductiva de los estados proyectada a provocar déficit, injustificados promotores de la necesidad de un incremento del consumo. (empresas publicas como receptáculo de privilegios relacionales).

Los citados son algunos de los tantos fundamentales aspectos donde el trascendente “progreso” a disposición, estimula con sus notables aportes el crecimiento material y de la ”incivilidad” necesaria a hacer efectivas las maniobras.

Los importantes aportes del “progreso material”
son regidos sin algún criterio de “civilidad”
y por ello no destinados a producir un común mejoramiento
como lo merecerían.

Son dejados en manos de la diversificada ”incivilidad”
reinante en cada campo.

A este punto la total carencia de una adecuada gestión del todo orientado a ajustar el sentido de las finalidades otorgándole una índole generalizada, pone de manifiesto cuanto la extraordinaria capacidad de “progreso material” disponible de la humanidad en la actualidad, se diluye, se desperdicia, se pierde en los intrincados meandros generados por la “cultura de la incivilidad” dominante.

Cuando se utiliza el acto de administrar sin ser puesta en discusión la suficiente necesaria capacidad para hacerlo (se dispone de ella), se evita afrontar con eficientes soluciones las problemáticas presentes con la premeditada intención de mantener situaciones desarticuladas en defensa de intereses de posición. En tales circunstancias se hace necesario reconocer cuanto la “cultura de la incivilidad” domina en los altos niveles de conducción de todo tipo.

El vituperado “progreso” admirado y condenado
mientras recibe como el noble payaso
las bofetadas y los aplausos en primera persona
(todos sonríen o se conmueven),
él continua a perseguir en su firme convicción
los fines de dar el mayor esfuerzo posible por el bienestar de todos.

Cuando se defina con claridad y justicia el real valor ofrecido por el “progreso” en si, al margen de la influencia actuada sobre el mismo por la “cultura de la incivilidad”, pocas o ninguna duda restará de cuanto su operado haya sido (referido a su propia entidad) de reconocer como el mas desinteresado aporte recibido por la humanidad en estos tiempos.

PARTE V

LA “CULTURA DE LA INCIVILIDAD” Y SU IRREMOVIBLE DOMINIO EN LAS INTERRELACIONES HUMANAS.

Es en el campo de las interrelaciones de los múltiples, distintos y diversificados grupos humanos donde la “cultura de la incivilidad” encuentra menos dificultades en proyectar su dominio a lo largo del tiempo evolutivo.

Probablemente su directa colaboración en fundar las bases de configuración, crecimiento y consolidación de los grupos humanos sobreponiéndose a obstáculos de toda índole (construido en el acerbo de lo primitivo), constituye ya una guía primaria destinada a hacer desarrollar la “incivilidad” afirmada en una profunda disidencia.

La disidencia en el ámbito de la “incivilidad” relacional entre los diversos cuerpos sociales, conduce casi irremediabilmente a dos tipos de soluciones resueltas en instancias disociadoras:

- en el mejor de los casos dando lugar a una definitiva separación de las partes incompatibles, estableciendo un suficiente aislacionismo conceptual y territorial entre las mismas.
- en el peor recurriendo a crueles enfrentamientos donde la solución es la eliminación de la contra-parte.

Los grupos humanos para justificar “incivilmente” la necesidad de una condición de aislacionismo o disociación respecto a otros, invocan una cantidad de factores de reconocer del todo superfluos a los fines de una diferenciación practica a todos los efectos (formal y no real).

Tan instintivamente dominante se ha verificado desde un principio
el terreno operativo de la “incivilidad”
en el ámbito de la “disociación”
como modo de organización de los grupos humanos,
de no necesitar promover mayores estímulos
para que continuaran afirmativamente a recrearse en nuevos modelos.

En realidad la “disociación” en progresión de los seres humanos constituyendo grupos diferenciados, es solo la consecuencia de una serie de “inciviles” insidiosos mecanismos desencadenados al interno del campo relacional.

Al interno de un mismo grupo posiciones contrapuestas, rencores comportamentales, sentimientos negativos puestos en juego instintivamente, privilegios no correspondidos (celos, envidia, antipatía, odio, etc.) y sobre todo la lucha por el control del poder, instauran condiciones que si llevadas a formas extremas, conducen indefectiblemente a la “disociación”.

Fácil es concluir cuanto la “disociación” es la consecuencias de una cantidad de factores “inciviles” puestos en movimiento.

La formación de entidades disociadas (grupos diferenciados) resulta una consecuencia casi descontada de mucho mas fácil interpretación, cuando en juego esta un determinado sector de territorio sobre cuya base cada grupo sostiene haber pre-valencia de posesión.

La total incompatibilidad en la forma de pensar para el caso puede dar lugar con toda naturalidad a conjugar las consecuencias mas extremas e “inciviles” entre las partes.

En efecto la posesión no con-divisible del considerado propio territorio constituye un principio inalienable de ataque a la supuesta dignidad de cada grupo humano.

La posesión del territorio de asiento,
la defensa de la propia cultura como instrumento de identidad,
el “orgullo de pertenencia” a un cierto grupo,
constituyen atributos justamente de respetar y ser respetados,
tratando de evitar atribuir a esos hechos
una “incivil” extrema importancia .

La lógica elemental aceptación de reconocimiento hacia los atributos de grupo precedente-mente citados, no presentan alguna justa relación con promover (como ocurre en el “incivil” ámbito de la interrelaciones humanas), la propia posición a privilegiados niveles de infundada supremacía cultural respecto a otras.

La facilidad o mejor el habito a defender a ultranza el valor de la propia cultura de grupo, convertida en presuntuosa intención de destacar un supuesto privilegio de la particular dote recibida, es un espontaneo acto destinado a probar con cuanta denigra-ble irrespetuosidad cada parte encuadra la otra.

Tal actitud es el espejo del campo aun pleno de virulenta “incivilidad” presentado por la “disociación” humana.

En el plano de la in-variada “incivilidad” característica de una bien definida predisposición a la “disociación” entre los grupos y después sociedades humanas, el fenómeno se ha manifestado a lo largo del proceso evolutivo de diversas formas sin perder jamas las indicaciones bases seguidas por tal iniciativa.

Alternando periodos o faces evolutivas nutridas de mayor agresividad o menos respecto a los medios empleados para sostener propias iniciativas (defenderse de otros grupos agresores - dominar por la fuerza aquellos considerados de someter a la propia voluntad), la entera historia de la “disociación humana” en grupos esta profundamente empeñada y gobernada de la “cultura de la incivilidad”.

Con el pasar del tiempo y con un cierto mejoramientos
a nivel de las interrelaciones
(sin dejar de ser animadas por la “incivilidad”)
las reservas, la desconfianza, las dudas,
la atenta posición instintiva a la defensa,
ha siempre invariablemente caracterizado todo tipo de contacto
aun entre aquellas sociedades en mas estrecha conexión.

La introducción de la “diplomacia” como instrumento proyectado a transportar una linea finalizada a establecer mas fluidos y accesibles modelos de contacto, así como tratar de resolver por ese medio de intelectualizada intermediación problemáticas entre las partes, procura parciales beneficios en las relaciones, pero no solución radical al problema de la “disociación”.

En realidad la “diplomacia” es un paliativo, un intermediario en manos de la “incivilidad” siempre atenta a adecuarse a maniobras evolutivas. Responde aceptando el devenir de las circunstancias e infiltrando al mismo tiempo factores embebidos en su propia cultura.

La “incivilidad” reinante en el ámbito de las interrelaciones de los distintos grupos humanos, no se ha vista jamás obligada a intervenir a lo largo del entero proceso evolutivo (proyectado en la permanente presencia aislacionista), para sofocar algún intento o propuesta de poner en discusión la “prevalen-te tendencia a la disociación”.

La humanidad en ningún momento
ha considerado
la posibilidad de probar a construir un ordenamiento
donde cada una de las partes sociales,
aceptara responder en plena independencia a un orgánico cuerpo común
(integración social planetaria).

La natural tendencia humana a otorgar a sus distintos grupos una drástica capacidad de disociación unos de otros, sin dar la posibilidad de abrir o entreabrir las puertas a un mas mínimo tentativo (al menos argumental) de poner en juego algún criterio de “integración generalizada”; indica cuanto prepotente-mente dominante se presenta la “incivilidad” en este delicado campo.

En el importante campo de las interrelaciones
de los grupos, sociedades, estados
(o como se los entienda denominar),
la organización di-asociativa
permanece facciosa-mente inalterada.
Su actitud continua inmutable
ante la impelente presencia
de “cambios” radicales
al interno de la nueva disposición y organización humana,
no ya de proponerse en sectores
sino a integrarse en forma planeta-rizada.

El mantenimiento de una drástica “disociación” se presenta como una anacrónico obstáculo (dominio de la “incivilidad”), a la simple observación proyectada por la trascendente capacidad de transformación de todos los medios de comunicación en la actual faz evolutiva.

La posición conceptual y aplicativa en el campo de las interrelaciones de los distintos grupos humanos (“disociación”), permanecen aferradas en esencia y sin dificultad por propia “incivil” tendencia a sus mas primitivas formas de interpretar tal condición.

La continuidad en el tipo de interrelaciones de “disociación” impuestas como norma de la corrosiva “incivilidad” parte ya de las faces evolutivas primitivas, y permanece transmitidas en modo tan directo como in-variado sólidamente consolidada. Tal intocable posición con su herrumbrosa carga de materias sumidas en lo retrogrado corre el riesgo de comprometer seriamente la progresión del de-curso evolutivo humano.

CAPITULO 13.

Agravamiento de las interrelaciones sociales planetarias.

Las interrelación de los grupos humanos signadas de extrema agresividad en las faces evolutivas iniciales, con el correr del tiempo no sufrieron mayor corrección, mas bien se encaminaron en otras direcciones sin experimentar en realidad algún “cambio” relevante en su disposición ni conceptual ni operativa.

En las faces evolutivas mas recientemente superadas las interrelaciones entre los grupos humanos, se presentan hipócrita-mente contornadas de falsos comportamientos en la intención de complacer y demostrar una cierta capacidad de maduración en el desenvolvimiento de las mismas.

Las interrelaciones en “incivil evolución”
se convirtieron en el mejor de los casos
en típicas vistosas, suntuosas y espectaculares fiestas de corte,
bajo el reino de la ironía o la refinada culta referencia
dispuesta a proyectar el todo
en un ámbito de extrema inoperante superficialidad.

En el deplorable juego de las interrelaciones del “pasado” conjugadas en el oscuro entrelazarse de corruptos intereses de fondo al centro de los vedados acuerdos, los contactos entre grupos diversos tenían la única finalidad aplicativa de contratar ventajas y desventajas según posiciones asumidas por las partes en las cuestiones interesadas.

Los aspectos humanos desprendidos de las interrelaciones (intercambio cultural, un mayor directo contacto y conocimiento de hábitos y costumbres entre las partes a nivel de población), no merecían alguna consideración o mejor no entraban siquiera en juego.

Por otra parte los acuerdos jugados entre ventajas y desventajas dejaban un cierto malhumor o tensión entre las partes o en una de ellas, y por tanto el acto de supuesta relación en realidad era de definir “no-relación” o mejor obligado contacto.

El pasaje del tiempo evolutivo y la irremisible característica de la profunda intención “disociadora” creada y sostenida, acentuó la consolidación del crónico dispositivo, llevando a las interrelaciones entre sociedades humanas a la mas alta e inadmisibles representación de “incivilidad” de poder ser definida como juego de la hipocresía y el engaño.

La prevalen-te o mejor tacita y predeterminada “incivilidad”
en el modo de afrontar las tramas
de las interrelaciones
entre las diversas sociedades humanas,
proyecta en un terreno de estancamiento
o mas realmente de considerar de “inmovilidad”
en el encuadrar el entero proceso.

El proceso de las interrelaciones tan determinante a los fines evolutivos de la humanidad detenido en un pegajoso pantano dominado de la “incivilidad”, se presenta (de mantenerse en tal inmóviles posiciones) como un peligroso contradictorio dispositivo, predispuesto a desencadenar imprevisibles consecuencias surgidas de muy factibles disimuladas, profundas contradicciones entre partes.

Las actuales “cambiantes” condiciones de la presente faz evolutiva dispuesta a transformar en modo trascendente re-dimensionando y re-modelando el entero cuerpo de dispositivos del campo operativo, requiere o mejor exige adecuadas medidas de ajustamiento de la “disociación humana planetaria” a las nuevas necesidades.

La tajante división de la humanidad en grupos, sociedades o estados dispuestos cada uno de ellos a actuar en el bien definido propio interés, en la convicción de responder a una natural regular característica de “extrema libertad de determinación” adquirida; es una posición totalmente inadecuada o mejor desarticulada de la presente realidad en el afrontar las nuevas problemáticas surgidas de la actual faz evolutiva.

Considerar no imaginable proponer posiciones
finalizadas a un tipo de proceso
de integración de la humanidad,
re-dimensionando
funciones y responsabilidades en acción común

respetando las partes,
significa no reconocer cuanto
una “drástica disociación” como la existente
resulta anacrónica a ser ejercitada en estos tiempos.

Los “inciviles” numerosos mecanismos (giran en torno a la “disociación” presente de siempre en el ámbito humano) se han multiplicado con el correr evolutivo, adquiriendo una capacidad de incidencia negativa sobre todo el contexto. Ello incentiva seria y peligrosamente la decadencia del inestable equilibrio general de desenvolvimiento.

Si en fases evolutivas precedentes
la “incivilidad” divisionista conducía
a encarnecidos enfrentamientos,
estos se proyectaban en un campo de acción
en cuanto a su poder de destrucción humano y material
limitado
respecto a una símil propuesta en las actuales condiciones.

En las actuales prospectivas el “progreso material” alcanzado ha colocado a disposición del ser humano y a su siempre presente “incivilidad disociadora”, un poder de destrucción (de hacer efectiva entre supuestas contra-partes) de considerar imposible de proponer en cuanto a los desbastantes efectos procurados.

La continuidad de una misma posición “disociadora” traducida a lo largo del tiempo evolutivo en regulares, abiertas y convencidas reacciones de “inciviles” contraposiciones armadas (de perseguir hasta las ultimas consecuencias), es de considerar bajo toda lógica razón un tipo de general organización humana de ser substituido taxativamente por otro modelo.

El nuevo modelo contemplará por un lado los justos requerimientos de propia configuración cultural de cada sociedad o estado, pero conducida en su estrategia de “relación” por una común entidad rectora. Entidad capacitada y autorizada a regir los destinos de interrelación de una humanidad encaminada (por fuerza evolutiva) a un mas eficiente, seguro, mejor y “civil” ejercicio de sus funciones en el campo de la integración.

Una humanidad dispuesta a subordinar
su “disociación”
a una función coordinada y cohesionada de las partes,
en la justa interpretación de una respetable y respetuosa
configuración de identidades,
es el mas beato sueño
de una dominante “cultura de la civilidad”.

La “disociación” llevada al extremo de la expresión de la “incivilidad” aun presente en la retrograda configuración de la humanidad según sus partes o estados constitutivos, no habiéndose producido “cambio” alguno ha permanecido inmovilizada en una inaceptable, peligrosa posición de siempre.

La “incivilidad” no habiendo sido interpelada por algún tipo de “cambio” evolutivo en la disposición “disociada” de las interrelaciones humanas, no ha intervenido en

ningún modo sobre el tema.

Le basta mantener inmovilizado el sistema en su “disociada disposición”, así como ha permanecido rígidamente anclado a los principios generales iniciales.

Alce la mano quien puede asegurar cuanto la permanencia del imperecedero sistema disociante de la configuración humana planetaria regido por las consuetas formulas de “incivil” interrelación, no proveerá a la total destrucción si embarcado en una de sus habituales furibundas reacciones destructivas (aun increíblemente actuales).

La total destrucción es una eventualidad de tener en gran consideración porque las luchas armadas de otros tiempos (vinculados a “inciviles” argumentos), trasladados a la presente faz evolutiva alentada por el progreso obtenido en los instrumentos bélicos, difícilmente conceda éxitos parciales.

De nada vale a un modelo mas evolucionado
en el campo
de las interrelaciones haberse desarrollado convenientemente
(condescendiente, comprensivo, paciente,
participativo de las dificultades de las distintas partes en juego),
cuando aun se presenta en toda vigencia
la disociadora “incivil” organización humana planetaria,
madre estructural y funcional
de presuntuosas, pretextaras contraposiciones.

Si la contraposición es un justo derecho adquirido, proponerla desmedidamente nacida del propio supuesto poder de imponerlo a otra sociedad (posibilidad ofrecida por la condición de extrema “disociación” existente), se convierte en un tan “incivil” como peligroso instrumento.

En esta faz evolutiva se han acelerado en modo trascendente advenimientos, (comunicaciones) capaces de contribuir interviniendo en modo positivo en incrementar las interrelaciones directas entre sociedades diversas, generadas a partir de su interno y no en el específico ámbito de conducción de los poderes.

A las “cambiantes” alternativas de esta faz evolutiva, se presenta cada vez mas improbable a las interrelaciones humanas, proyectadas por el extraordinario progreso y desarrollo de los medios de comunicación (en permanente expansión), continuar a ofrecer la visión “disociada” o mejor de desarticulada configuración dispuesta a mantener una anacrónica, drástica versión divisionista.

Las nuevas problemáticas surgidas
requieren ya no soluciones
de “parte o referidas a la intervención de los estados”
pertenecientes a una humanidad disociada,
porque los hechos
directa o indirectamente interesan
ya a toda ella como entidad integrada.

En general la drástica “disociación” tiende a desaparecer rápidamente de todos los

ordenes aplicativos, impulsada por la imprescindible necesidad de componer estratos integrados imprescindibles a responder a los actuales requerimientos conjugados (adapto a las nuevas necesidades).

La permanencia de una estricta, extrema (total) “disociación divisionista” en el máximo nivel de ordenamiento de los estados planetarios, es condenado a desaparecer para ser reemplazado por un sistema integrador. Ello evitara correr el serio riesgo de localizar en la propia “disociación” (como paranoica versión fuera del tiempo), la encargada de exterminar la humanidad en un acto de “incivil” incontrolable rabia.

La “disociación como patrona” es una situación de no continuar a proponer ante la evidencia de una faz evolutiva proyectada a conectar estrechamente a la humanidad por cuenta propia. Ello significaría oponerse obstinadamente a designios de superior envergadura evolutiva, de considerar decididamente sin excepción los mas justos de adoptar.

Sin una equilibrada radical re-dimensión de la situación actual, se agravaran las dificultades en el tratar de establecer en acción “disociadora” una única y coordinada solución a siempre nuevas y mas comprometidas problemáticas de índole generalizada.

Problemáticas de índole general cada vez mas frecuentes y complejas surgidas en el múltiple e “incivil” ámbito de las relaciones entre sociedades planetarias, convencidas del valor de mantenerse “disociadas”.

El agravamiento de la permanencia
de las condiciones de disociadora “incivilidad”
de las interrelaciones
entre los diversos “estados” planetarios,
es un proceso de irreversible índole conceptual consecuente
(re-conducible a una posible exterioridad de colapso).

No percibida pero de importante acción inductiva indirecta resulta el cada vez mas marcado desequilibrio existente entre la “inmovilidad” extrema de la posición “disocian-te” adoptada por los “estados” planetarios y el continuo crecer y desarrollarse de los medios de comunicación.

El “progreso” por su cuenta se ha encargado de cancelar las distancias de seguridad que separan culturalmente en modo arbitrario, las aun mas distantes diversas sociedades planetarias.

La extrema “disociación” es menos discutible mas aceptada en su drástica “incivil” configuración aislacionista, cuanto mas factible resulta mantener una distancia prudencial entre las partes (no cuando sucede el contrario).

La drástica “disociación” es mas efectiva y plausible de concretar en su insostenible configuración argumental, evitando en lo posible un fluido contacto entre los componentes de las diversas sociedades (no cuando se hace factible lo opuesto).

Los fluidos contactos entre componentes de distintas sociedades, establecidos según los regulares modelos “civiles” de comunicación humana (dotada del

suficiente ejercicio en común de las partes en juego), adquiere la capacidad de proponerse como el principal agente desarticulante de la emblemática posición “disociadora”.

El desequilibrio cada vez mas creciente entre la inmovilidad decretada en las posiciones tomadas y sostenidas por la drástica configuración “disociadora” de los estados componentes y la movilidad de la constelación humana planetaria en la dinámica en progresión propuesta por el de-curso evolutivo (proyectado a un proceso de unificación “progreso”), obliga en razón de lógica a una de las partes a ir al encuentro de la otra.

El obstinado desequilibrio
dispuesto a mantener el “incivil” anacrónico estado de “disociación”
otorgándose las justificaciones de conveniencia
o mejor no intentando siquiera de hacerlo,
contradice la indicativa mano rectora
del de-curso evolutivo
indicador inexorable del devenir del proceso.

Finalmente el de-curso evolutivo llegado a un extremo del “disociado” desequilibrio descompensado en torno a él creado convalida la determinación:

O todo el contexto se atiene a sus inapelables ordenes de de-curso
(para el caso una humanidad dispuesta a continuar su camino
en modo unificado certificando características de mejoramiento
de configuración)

otorgando al entero contexto de sociedades o estados una mas
equilibrada forma de vida generalizada a todos los componentes.

O como agente peligrosamente distorsionante del imprescindible equilibrio
dinámico funcional del entero accionar evolutivo terrestre (la
humanidad es solo una parte del mismo), el sistema encargado de
regular su participación al de-curso del proceso es in-activado.

A este punto la humanidad dejada a su propio albedrío dominada de se “disociada incivilidad” se proyectara insensiblemente a su propia cancelación evolutiva.

Las condiciones generales evolutivas se caracterizan por una constante “cambiante” dinámica funcional de adaptación a las siempre nuevas circunstancias, para continuar a transitar en progresión el de-curso del proceso.

No habiendo respetado tales principios evolutivos (elegido la inmovilidad “disociadora”), la humanidad habiendo contraseñado su destino en forma definitiva a la “cultura de la incivilidad” también ha dado origen a un creciente desequilibrio capaz de comprometer seriamente su concreta presencia planetaria.

Solo con una radical re-dimensión de la drástica, “incivil disociación” vigente entre las sociedades o estados planetarios, sera posible re-equilibrar el platillo de la balanza extremadamente desequilibrado al punto de representar una condición al límite del “descompensado”.

Desequilibrio en el sentido de un poderoso ámbito “disociado” (el de los estados planetarios) sometido al pleno dominio de la “incivilidad”.

El re-equilibrio se hará factible abordando una única conducción genérica proyectada a resolver ecua-mente y en representación universal problemas de

índole relacional, evitando con ello peligrosas consecuencias surgidas de imprevisibles disidencias.

CAPITULO 14.

La “disociación” punto cardinal esencial del dominio de la “incivilidad”.

La instintiva tendencia “disociadora” del ser humano presente desde sus iniciales faces evolutivas, contrapone su propia prevalente individual posición en tal tendencia a la necesidad también originada en la misma fuente de conjugarse en grupo, dando lugar a una multiplicidad de “entidades diversificadas” de encuadrar en el mismo orden.

Los distintos factores capaces de provocar disensos entre los seres humanos conducidos inicialmente bajo el dominio de la “incivilidad primitiva” a una rápida “disociación”, han mantenido bajo la precisa dirección de la “cultura de la incivilidad” imperante la relevante función de sostener y afianzar esa tendencia en el tiempo.

Una vez consolidados en sus fundamentos operativos los grupos humanos crecen y se desarrollan a partir de una propia configuración de usos, costumbres, hábitos etc. construyendo una propia cultura.

La cultura adquirida propone con el tiempo particulares características de maduración, y termina por proyectar al interno del grupo una bien definida propia representación de “identidad”.

Identidad cuya capacidad de diferenciar (de las características de otros grupos) deriva en “orgullo de pertenencia”.

Dentro del regular desarrollo de estas cualidades benéficas al interno de los grupos humanos, se generan otras complementarias de negativa raigambre. En las raíces de configuración se verifica la presencia de ingredientes capaces de otorgar a la “disociación” bien definidas y dominantes características pertenecientes a la “cultura de la incivilidad”.

Considerar:

- el propio mas importante o poderoso de otros grupos.
- la propia cultura superior a otras.
- a otros grupos no merecedores de ser respetados.
- no aceptar o despreciar otros modelos de vida.
- inaceptables formas comporta-mentales distintas a las del propio grupo.
- incomprensibles las practicas religiosas fuera de la propia.

Ubica a la “disociación” en un terreno sólidamente dominado por la “cultura de la incivilidad”.

La tendencia a la “disociación de denominar normal” es el resultado de una dinámica

conjunción de factores cuya fervorosa irremisible convicción de proyectarse desarrollándose al interno de cada grupo social, preserva y re-propone con el tiempo los propios aspectos característicos.

Factores tendientes a dar una identificación a cada grupo humano cuya consecuencia es sentirse orgulloso de sentirse portador de efectos diferenciales.

Estas condiciones están refrendadas por la común ocupación de un cierto ámbito territorial considerado lógicamente de pertenencia respecto a otros grupos.

También bajo este aspecto la “disociación” se presenta como un regular devenir evolutivo humano, si la misma no condujera (por mano de una dominante “cultura de la incivilidad”) a la lucha entre grupos por la posesión de un territorio considerado mas adaptado al propio desarrollo.

El espíritu de “conquista” sobre otros territorios o grupos humanos
sometiéndolos por la fuerza a los propios designios,
es un bien definido acto de “incivilidad”
nacido de una inicial condición “disociadora” de las partes.

La intención de “conquista” constituye en general un acto destinado a traducirse en un malsano deshonesto incremento del poder del propio grupo. De allí emana una de las mas aberrantes muestras de “incivilidad” surgidas de los efectos de la “disociación”.

Si conquistar significa apoderarse del bien de otros grupos humanos y aun de ellos mismos para un propio usufructo, el termino adquiere las características de un extremo acto de “disociación” arquitectado en el ámbito de la “cultura de la Incivilidad”.

Si conquistar hace directa referencia a llegar a esclarecer plenamente las características de conocimientos u obtener metas culturales, o alcanzar preciadas metas en el campo del progreso, el termino se proyecta describiendo advenimientos encuadrados dentro de la “cultura de la civilidad”.

En el campo de la “disociación “ en grupos, sociedades o estados, el hecho es de justificar como regular si animados por la intención de dar identidad a idiosincrasias diversificadas. De ubicar en indudable terreno de “incivilidad” cuando proponen por el opuesto en modo contradictorio términos (conquista), intentando aducir con ellos la normalidad o el prestigio contenidos en el acto aberrante.

Determinantes son los aspectos “inciviles”
derivados de las formas de “disociación”
confluyen-tes a caracterizar el proceso de relación,
para dirigirlo en pre-valencia a un de-curso anómalo
dominado por el “instinto primitivo”.
Esta es la primera y lógica reacción de hacerse presente
cuando entran en juego aseveraciones
vertidas
sobre una sociedad por otros grupos en paralela posición.

No importa cuanto certeras o menos, justas o injustas se presenten las consideraciones vertidas respecto a la propia sociedad provenientes de otros estados, la primera reacción de índole instintiva conduce irremediabilmente a proyectarse en una actitud de defensa signada por la “cultura de la incivildad”.

El ataque sufrido por un grupo humano en el ámbito de la “disociación” llama en si como un reclamo onomatopéyico a una reacción instintiva de defensa al interno del mismo, reproduciendo en toda su genuino contexto el primitivo del todo “incivil” acto de sobre-vivencia.

La “disociación” en el campo de las sociedades humanas muestra también su doble faz en el ámbito de la comunicación lingual o de idioma.

La “disociación” es presente en los distintos grupos desde un inicio (instintiva “incivildad” de aplicación directa).

Separadas consecuentemente las entidades disidentes al interno del grupo, la “disociación” se concretaba (para evitar eliminarse) en una distancia territorial entre uno y otro imposible de colmar.

Posteriormente desarrollaban a su interno una propia forma de comunicación verbal totalmente diversa a las restantes, para hacer aun mas acentuada la separación.

La extrema diversificación de comunicar existente entre los distintos grupos humanos, puede considerarse un efectivo instrumentos de diferenciación aplicado a la intención de dar a ese importante factor, bien definidas características de identidad a cada uno de ellos, así como una mayor entidad a la “disociación”(“incivildad aislacionista”).

En realidad la configuración lingüística multidisciplinaria
a la orden del día de la comunicación humana
(imposibilita al acto de comunicar en común),
prueba cuanto profundo es el surco de la “incivil disociación”.

La incomunicación lingual reinante al interno de la humanidad imposibilitando de establecer algún contacto, entre la infinidad de masas populares solo habilitadas a practicar sus propias lenguas (incomprensibles a las demás) crea ya de por si una condición de “disociación”.

“Disociación” de tal envergadura de ser destinada a provocar entre los distintos entes de población situaciones de incomprensión y desconocimiento, capaz de producir verdaderas barreras de aislacionismo, de insalvable separación de los diversificados cuerpos sociales.

Si el no poder tomar contacto directo verbal o escrito o entablar diálogos relacionales o de mera información es una bien definida posición de “incivildad disociadora”, el completo aislacionismo (determinado del ámbito lingüístico), crea un no colma-ble vacío de comunicación.

El no colma-ble vacío de comunicación generado por la practica de lenguas directamente incomprensibles a los demás en el contacto directo, repercute generando desconocimiento de las características de las contra-partes y con ello un

cierto temor instintivo entre ellas.

Lo “desconocido” por ser tal
en primera instancia genera temor,
y en tal sentido la imposibilidad de un directo contacto de idioma
entre componentes de diversas sociedades
lo concreta amplia-mente y evita diluirlo.

El temor sugerido de lo desconocido (se alberga en el diverso), actúa como un determinante agente “disociador” y se proyecta a avalar concreta-mente la validez de tal situación.

La “disociación” axiomática se ha mantenida explicita-mente en “inmóvil” posición determinada por la “cultura de la incivilidad” (con estrecha y devota convicción del ser humano), a lo largo de entero de-curso evolutivo con la consecuencia de consolidar con ese determinante medio el sistema “aislacionista”.

El idioma o lengua es de considerar fundamental entidad destinada a otorgar una definida condición de identidad. Recoge los mas ricos y variados frutos dejados en el transito evolutivo por cada grupo o sociedad, proyectándose a configurar el de-curso cultural de los mismos.

Constituye al mismo tiempo por un lado una in-valorada entidad cultural, por otro dejada en primera linea en la relaciones humanas en general, un decidido instrumento de “incivil disociación”.

La dualidad de la contienda continua a presentarse
entre:

la prevalen-te conservación de propias culturas de grupo
y la
instauración de un modelo “disociador” con la capacidad de constituirse
en determinante interferencia en una posible integración humana (si
extendida a todos los niveles de masas sociales planetarias).

En el ámbito de la “disociación” el justo sentimiento de identidad, orgullo de pertenencia, “patriotismo”, exacerbados y promovidos desproporcionada-mente, se convierten fácilmente en un instrumento de “incivilidad”.

La prioritaria actitud
reservada a la propia pertenencia social
configura el anómalo hecho
de sentirse parte de ella y no de la humanidad.

Los componentes de una sociedad toman a esta como punto de referencia de la entidad de grupo, ubicando la “humanidad” en un plano secundario o mejor tan esfumado de considerar casi in-aferra-ble, distanciado, a la cual no se pertenece sino se forma parte.

La humanidad se propone como un cuerpo amorfo, indiferenciado y como tal no identificada como casa madre esencial, respecto a las bien diferencias sociedades “disociadas” capaces de exhibir concreta-mentes sus propios valores y cualidades

con quienes orgullosamente se identifica.

Cada individuo en el ámbito de la mas propia orgullosa satisfacción “disociadora”, encuentra los mejores estímulos en dar rienda suelta a “inciviles” manifestaciones de pertenencia a la sociedad no a la humanidad.

Bajo la óptica de la “incivilidad disociadora” ser parte del genero humano reviste escaso valor e importancia, en relación con aquel representado por la pertenencia a la propia sociedad, cargado de secuencias plenas de tan imaginarias como emotivas cualidades.

Las personas habituadas a disociarse
reconocen automáticamente su identidad
en aquella de la sociedad de pertenencia,
en tanto la humanidad
si bien es una realidad tanto mas importante
carece de toda fuerza representativa como efectivo cuerpo integrado.

El difícil problema de la “disociación” entre cuerpos sociales (cuya solución proyecte a la entera humanidad a un justo centro de representación privilegiada), es de afrontar y revolver en modo de atribuir a la “entidad integradora” funciones y poderes factibles de aplicar, en el “trascendente ámbito de cambios de transformación necesarios a la presente faz evolutiva”.

La “disociación en total gestión independiente de los cuerpos sociales” presentes de siempre, trajinadas repentinamente por obra y gracia del progreso en un de-curso evolutivo trascendente, constituyen con su permanencia de configuración un obstáculo insuperable a revolver las nuevas problemáticas.

La taxativa “disociación” de los cuerpos sociales en la actual faz evolutiva (las resoluciones generales deben proponer respuestas unitarias y univocas), provoca frecuentes, regulares, inaceptable situaciones de anarquía en el acto de decidir, recreadas en un terreno de peligroso dominio de la “incivilidad”.

La condición de “incivil disociación” promotora
del siempre en desarticular el desenvolvimiento de la humanidad,
ha sido en extremo superada temporalmente
a expensas de crueles e irracionales conflictos,
favorecidos en sus limitados efectos
del precario progreso existentes en facés evolutivas precedentes.

Hoy la muy diversa situación creada por el presente de-curso evolutivo no permite considerar factible afrontar con éxito las nuevas problemáticas, continuando a proponer soluciones bajo la óptica de una riesgosa “humanidad disociada”, necesitada llegado un momento de coagularse en nuevos enfrentamientos bélicos.

Para los inmersos con convicción en la “incivil cultura disociadora”
es hora de iniciar a recordarla
con la nostalgia de un modelo superado,
antes de verse obligados
a aceptar las propias culpas en sostenerla.

Culpas de reconocer cuando la entera humanidad se derrumbe indefectiblemente, apoyándose en las ruinas de sociedades degradadas por las continuas luchas de primacías, caídas bajo el imperio y obstinado orgullo de una “disociación extrema” (jamás re-dimensionada) mantenida hasta las últimas consecuencias.

Sin un radical tratamiento de re-dimensión de la “disociación” la humanidad corre el serio riesgo de ser sobrepasada de sus propias determinantes “inciviles” defecciones. El trascendente tratamiento “anti- disociación” responderá en modo responsable, respetuoso de los fundamentales atributos de preservar y transmitir surgidos de las inclinaciones del ser humano a establecer su ámbito de convivencia en grupos diferenciados entre sí, pero al mismo tiempo en la convicción de la imprescindible necesidad de suprimir la taxativa organización “aislacionista” de los cuerpos sociales.

Continuando a entablar su desarticulada
“disociada” función de interrelación,
la humanidad no superará los nuevos advenimientos
destinados en esta faz evolutiva
a transformar en modo trascendente
las condiciones de la forma de vida.

CAPITULO 15.

La “disociación” y la imposibilidad de una integración social.

Las interrelaciones humanas falseadas de la “incivil disociación” dominante, se presentan imposibilitadas e incapaces de resolver al menos en alguna forma efectiva, las múltiples problemáticas de índole general.

Las entidades planetarias destinadas a regularlas (siempre bajo esa “incivil” configuración) constituyen cortinas de humo del todo ineficientes a cumplir una función en tal sentido.

En realidad se comportan como una cobertura
de aparente civilidad a la “incivil” disociación planetaria
de los estados componentes,
condición del todo inadecuada para superar desavenencias
al interno o entre las diversas sociedades.

Los entes planetarios de regulación constituyen una de las clásicas respuestas demostrativa de lógica superficialidad, implantada por la “incivilidad” en búsqueda de mantener la situación “disociadora”. Con tal pantalla se trata de encubrir una ya insostenible incapacidad de regir problemáticas actuales generales, cundidas de candentes nuevas formas de manifestación y evolución en el complejo ámbito de las interrelaciones.

Las laboriosas y no concluyentes argumentaciones del complejo diversificado juego de las partes, al interno de las multitudinarias entidades intencionadas a actuar como reguladoras de las interrelaciones entre las “entidades disociadas”, se diluyen cortejadas por heterogéneas posiciones, capaces de proponer decisiones (no

siempre las mas lógicas y equilibradas) en casos extremos.

Es enorme masa de desconcertantes problemáticas no resueltas (llevadas en muchos casos al limite de lo inaceptable), crecidas y agravadas en su “incivilidad” en la actual faz evolutiva. Entre otras el campo genérico de las condiciones de vida de los distintos estratos humanos, prueba cuanto las entidades constituidas para cumplir alguna función re-equilibrante en tal sentido, resulten una deprimente consecuencia del panorama “disociador” ofrecido por los estados.

Cuando los estados intentan regular ellos mismos
las propias interrelaciones bajo el signo
de una dominante “incivilidad disociadora extrema”,
todo el contexto entra en el campo del ridículo.
Difícilmente las mismas partes intervinientes
en crear posibles divergencias
(defenderán propias posiciones),
se propongan con la capacidad de garantizar
la total imparcialidad en la gestión de las cuestiones.

Las entidades reguladoras constituyen una hábil estratagema de la dominante “cultura de la incivilidad” para mantener alejada (con una pantalla de cobertura), la idea justamente consecuente:

los problemas de interrelación al interno o entre sociedades o estados componentes del “disociado” ámbito planetario, solo pueden ser afrontadas y resueltas por un cuerpo u orden superior capaz de actuar por encima de las partes.

La exclusión del modelo donde cada estado disociado interviene en el campo de las decisiones de interrelación, permitirá reemplazar consecuentemente tan ineficiente e “incivil” dispositivo con un “orden y cuerpo superior” sometido a una propia declinación destinada a representar a la humanidad planetaria.

Este es el único y lógico medio de adoptar (una entidad madre y a-séptica) con la finalidad de conducir seriamente los complejos divertí-culos de las interrelaciones y obtener resultados efectivos y eficientes.

La creación del “centro superior de regulación” de las interrelaciones, significa modificar o mejor cancelar la “incivil” directa intervención de cada estado taxativamente “disociado” en el proceso.

Ello abolirá la capacidad de cada sociedad involucrada en las convencionales entidades existentes, de incidir según propios poderes, preceptos e intenciones, proyectándolas sobre las problemáticas humanas generales de índole planetaria.

La limitación de los estados en tal sentido significa mantenerse al margen de las actividades del “centro superior regulador” pues no les corresponde alguna intervención en el ámbito de la elaboración, corrección y evaluación de las resoluciones.

La “cultura de la incivilidad” siempre atenta a implementar
las condiciones necesarias para no perder su dominio,
dará seguramente dura batalla

tratando de mantener el régimen firmemente afianzado
al vigente “disociado” orden establecido.

Por otra parte dada su capacidad estratégica la “incivilidad” presentará todo tipo de obstáculo al desarrollo de un programa, destinado a modificar la condición de “disociación extrema” entre los estados componentes el entero cuerpo de la humanidad. Tal condición constituye un bastión fundamental en apoyo de su dominio.

Al momento y gracias al dominio de la “incivilidad” es de considerar imposible un proyecto integrador, porque ni siquiera mínima-mente puesto en juego o discusión modificar la posición de “disociación extrema” del orden humano general, considerado como los dogmas religiosos tan intocable como irrenunciable en sus atributos de fe.

Cualquier tipo de sugestión sobre una factible modificación de la situación de “incivil disociación extrema” (la humanidad se halla efectivamente separada radicalmente en partes), es considerado como un intolerable ataque a la sumaria decisión divina de atribuir solemne eterna permanencia a tal estado de cosas. En realidad así ha sido determinado por la “cultura de la incivilidad” sobre un fundamental factor (“disociación”), que le ha permitido extender básicamente su dominio a lo largo del entero de-curso evolutivo humano.

La anarquizada inestabilidad reinante en la anacrónica funcionalidad de la compleja e ineficiente maquina representada por los convencionales centros de determinaciones planetarias, respecto a los múltiples conflictos surgidos en el “disociado” ámbito de los estados componentes, constituye un serio llamado de atención a modificar las incongruentes reglas del juego.

Así dispuestas en su configuración estructural y funcional
las “instituciones planetarias de índole conjunta”,
no se presentan en algún modo
como entidades destinadas a proyectar sus funciones,
tomando como punto de referencia
central y absoluto la entera humanidad.

La designación de los distintos estados “disociados” según propias consideraciones (con todas las implicaciones individualizadas consecuentes), no se presentan en los justos términos para ocuparse de las interrelaciones en general pues dominados por la “incivilidad” de sus intrínsecas irrevocables posiciones.

Los estados “disociados en extremo” no liberados de los propios condicionamientos, presentan serios limites de incompetencia, en analizar, evaluar y revolver mediante justas y ecuas elaboraciones, las profundas e insolubles disidencias de las interrelaciones (intervienen afrontando problemáticas comunes también a ellos inherentes).

La tendiente dirección evolutiva no es factible de ser revertida por humanas conveniencias. Su inexorable progresión gobernada por el “progreso material” aporta importantes transformaciones en todos los ordenes de la forma de vida.

El bien definido de-curso evolutivo encuentra en la “inmóvil” retrograda disposición “disociadora extrema” adoptada por los estados componentes del complejo humano, un tan incomprensible como empecinado obstáculo a un imprescindible “cambio” de estructuración y función colectiva.

En el obstinado acto de “incivilidad” re-conducible al mantenimiento de “extrema disociación” existente:

- o la humanidad la supera actuando una convencida y radical re-dimensión de mansiones en tal sentido
- o el “progreso” con su propio desencadenado desarrollo destruirá el obstáculo y todo aquello (la misma humanidad) aun basado en torno a las primitivas anacrónicas disposiciones, incluida la “incivilidad” proyectada a defender el dominio de su cultura hasta las ultimas consecuencias.

Si se acepta cuanto esta faz evolutiva es tanto mas compleja y difícil de sostener en su de-curso respecto a las precedentes, se comprenderá con facilidad cuanto el justo y adecuado ordenamiento (radicalmente renovado) es reservado a la gestión de la humanidad al interno del proceso.

En el delicado ámbito de las interrelaciones humanas de todo tipo:

- o la gestión responde a un bien organizado de-curso evolutivo re-conducible a una integración social planetaria, con la eliminación de la “incivil disociación extrema” en vigencia, convirtiéndola en un ordenamiento eficiente a las nuevas actuales y siempre mas diversas necesidades futuras (cuerpo integrado).
- o la humanidad corre en esta faz evolutiva serios riesgos de extinción violenta (por mano de la eterna e insustituible dominante “cultura de la incivilidad “.

La humanidad si bien consciente o inconscientemente acepta en algún modo el acto de extinción (el deceso individual es uno de ellos). No puede llevar a cabo el hecho en forma colectiva simplemente impulsada por violentas mutuas represalias bélicas, nacidas de una “disociación” traducida en incontenibles e incontrolables mutuas primitivas reacciones de agresión homicida.

Llegada la humanidad al extremo del propio total exterminio provocado por una “cultura de la incivilidad” dispuesta a mantener su dominio hasta finales consecuencias (poniendo en juego sus mas negativos instintos), se revela una conclusión indigna, fruto de un no superado decadente progresivo degrado interior.

En tanto aun es tiempo de considerar la concreción del ineludible paso de un “cambio radical”, en el ámbito de la configuración conceptual del orden encargado de la gestión de las interrelaciones entre los estados o sociedades componentes el entero contexto humano.

Proceso finalizado a rescatar a la humanidad del desorganizado pantano dominado por la “disociadora cultura de la incivilidad”, y proponiendo un libre ejercicio en las interrelaciones humanas, a un fecundo terreno destinado a proyectar-la a transitar el camino del bien común recurriendo a una “civil” integración social planetaria.

La eliminación de la disposición de “disociación extrema”
en torno a cuyo desequilibrado eje
gira el serio problema
de las ingobernables interrelaciones entre sociedades,
debe asumir inmediata importancia ejecutiva.

Mantener la posición de las relaciones humanas en el diversificado ámbito de los mas altos niveles de conducción en un plano de extrema “disociación”, se presenta como un enjambre de buenas intenciones destinadas a obtener escasos o nulos resultados en campos argumentales de consistente importancia.

Por otra parte el sistema de “interrelación entre estados” por propia incompetencia no presenta la capacidad de proyectarse (dominado de la cultura de la incivilidad) en soluciones basadas en justas auto-críticas.

Auto-criticas premonitorias de trascendentes “cambios” de hacerse depositario cada “estado” en primera persona, dispuesto a otorgar verdadera eficiencia a fundamentales funciones de interrelación.

La inercia de continuidad seguido por el sistema de las interrelaciones planteadas a alto nivel de conducción, se comporta en el dominante terreno de la “disociación” como una intrascendente, inocua escenografía destinada a justificar una necesaria presencia, no interesada a “cambiar” realmente las inescrupulosas reglas de juego.

Recurriendo a “inciviles disociadas” soluciones
en la intención de actuar en el bien común,
no se piensa en la humanidad como un entero complejo
de proteger de sus propios
factores negativos e instintivos de bajo fondo.
Con ello se supera la situación momentánea
sin modificar las bien definidas “inciviles” condiciones existentes
(continúan a ser mantenidas).

A este punto en el fundamental campo de las interrelaciones humanas, las reformas no resultan ni eficientes ni suficientes a otorgar al sistema operativo una justa funcionalidad, solo factible de obtener con una trascendente transformación de profunda, reconocida incidencia conceptual y aplicativa.

Es necesario tomar conciencia de cuanto es preciso concretar en la presente faz evolutiva y probablemente en este periodo inicial de la misma, la cancelación de la “disociación extrema” reinante al interno de la humanidad, reemplazándola por una bien definida y configurada “integración social planetaria”.

EPILOGO.

En el intento de establecer las razones y frecuencia de la presencia de la “cultura de la Incivilidad” en el ámbito humano, se ha propuesto en una elemental reseña tratar de exponer las modalidades y el amplio campo de acción de su modo de exteriorizar.

La identificación de la “cultura de la incivilidad” trata de describir su exterminado campo de acción sobre la forma de vida y declararla responsable directa de trastornar en modo determinante, el digno y decoroso devenir evolutivo de la humanidad con su perjudicial dominante pre-valencia.

Se utilizan alquimias conceptuales para descubrir ocultos escondrijos bajo cuya protección la “cultura de la incivilidad”, camufla su dominante presencia ocupando inadvertidamente el entero contexto de actitudes humanas.

La existencia de “cualidades interiores” no desarrolladas capaces de hacer factible su opuesta (cultura de la “civildad”), abre las puertas a la posibilidad y a darse la obligada convicción de la necesidad de liberarse de la “incivildad” reinante.

Los detalles ofrecidos de la determinante negativa influencia de la “incivildad” y a las cada vez mas peligrosas consecuencias emanadas de su dominio, hace indispensable una prioritaria radical función formativa destinada a tomar conciencia, de cuanto necesario es reemplazarla o mejor y esencial cancelar su negativa influencia.

En realidad la humanidad ha llegado a una faz evolutiva donde por las mas variadas razones ya no le es permitido continuar a desenvolver sus movimientos inmersos en la “cultura de la incivildad”. Su cada vez mas extendido y descompensante ejercicio encamina a la humanidad a irreparables consecuencias.

A los efectos resolutorios de una situación general llegada a serias condiciones, y del desarticulado desequilibrio del entero contexto de aspectos configurantes la forma de vida, provocado por la total preeminencia de la “cultura de la incivildad”:

“se promueve la efectiva formación y desarrollo de una inexistente en la practica “cultura de la civildad” (predominio en el desenvolvimiento comportamental, de convivencia y relacional de las cualidades interiores) .

“Cultura de la civildad” de ubicar en el privilegiado plano de una impostergable instauración de una calificada, rigurosa formación humanística de índole planetaria.